



AL FINAL DEL TÚNEL

de

MIGUEL ÁNGEL CASAU

Lectulandia

Lo que en apariencia es el azar quien conduce a los tres protagonistas a un extraño bar situado en un recóndito callejón de mala muerte, repleto de escombros y basura, en realidad, nada tiene de casual. Todo es producto de un plan preconcedido. Tan solo hay que escoger el brazo de la balanza hacia el cual cada uno de los personajes se quiere inclinar. ¡Pero mucho cuidado!, una vez elegido, los engranajes se pondrán en marcha y ya no habrá lugar para el arrepentimiento...

Lectulandia

Miguel Ángel Casaú Valverde

Al final del túnel

ePub r1.0

Titivillus 13.04.16

Miguel Ángel Casáu Valverde, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM



3º Aniversario

El único modo de salvarse de una tentación es ceder a ella. Nada queda entonces más que la satisfacción o la voluptuosidad del arrepentimiento.

ALEJO CAVALIER

Alejo Cavalier aguantaba el tipo como podía agarrado a la taza del retrete. No tenía intención de perder el equilibrio ni bañarse en su propio vómito. Al menos ponía todo el empeño. Otra cuestión es que luego resbalara y se abriese la cabeza contra aquel apestoso chisme. Esa mañana las contracciones de su estómago eran demasiado violentas y cada bocanada de vómito salía acompañada de estrías sanguinolentas. Que Alejo se levantara en ese deplorable estado físico no era nada novedoso, a decir verdad. La última semana venía despertándose de la misma manera: encogido de dolor, tembloroso y con escalofríos que le recorrían el espinazo de arriba a abajo.

El alcohol lo estaba destrozando. Pero lo más curioso de aquella situación es que lo sabía, consciente de que su estado en absoluto iba por buen camino. Se había propuesto acabar con su vida, bebiéndosela a sorbos, trago a trago de suicidio intencionado, entre litros de ginebra, ron, *whisky* o cualquier otro licor de alta graduación desde que cinco meses atrás fallecieron su mujer y su hija en un accidente de tráfico.

Todo ocurrió un doce de febrero. Alejo andaba despidiéndose de Patricio Beltrán, un cargo influyente del colegio farmacéutico provincial. Acababan de cerrar una operación económica que reportaría succulentos beneficios por ambas partes, cuando sonó el teléfono de su despacho: era su esposa recordándole que debía recogerlas para irse juntos al «Marino's Club», el restaurante donde habían reservado mesa. Celebrarían el décimo aniversario de boda en familia. Cavalier pensaba tomarse el resto del día libre. A eso de media tarde, irían al cine a ver una estupenda reposición de ciencia ficción, pues Susana, su hija, era una seguidora incorregible de ese tipo de películas.

Pero muchas veces el destino se confabula con la desgracia y hace que nazcan impedimentos que son hijos del mismo Satán. Por esta razón, instantes después de la conversación con Victoria, su mujer, surgió una complicación de última hora, un asunto relacionado con la venta de una partida de medicamentos mal embalada para el Hospital de Santa Fe, uno de sus principales compradores, contratiempo que fue imposible de eludir, dejando recado a la secretaria de llamar a su esposa para verse directamente en el restaurante.

Al término de la reunión fue cuando recibió aquella llamada de consecuencias fatales. Un primo hermano de Victoria fue quien lo llamó nada más enterarse de la luctuosa noticia. Al parecer, un conductor de camión se había quedado dormido al volante y había arrollado a numerosos vehículos en el puente norte de la autovía, ocasionando un accidente de dimensiones considerables. Se produjeron algunas víctimas, entre ellas Victoria y la niña. Los nombres habían trascendido por mediación de una de las cadenas locales de televisión que estaba emitiendo imágenes

en directo.

Cavalier se quedó frío, atónito, el corazón inmóvil, el tiempo ausente. Intentó reaccionar de algún modo, pero, en aquel momento y aunque pareciera ridículo, no sabía qué hacer: si ponerse a gritar, llorar desconsolado o aporrear el teléfono una y otra vez hasta destrozarlo en mil pedazos. Al final, no fue ninguna de esas tres soluciones, sino una cuarta posibilidad no contemplada aún: la de accidentarse cayéndose al suelo y golpeando su cabeza contra el archivador metálico.

En medio de explosiones de luz, de estrellas que se precipitan desde todas direcciones en la oscuridad de unos párpados entrecerrados, de olas encrespadas y furiosas que suben y bajan, se sintió morir. Era pura locura. Su mujer, su hija. Las dos muertas. Eso era imposible. A él no podía sucederle eso, eso no... «Por favor, Dios, si existes ayúdame...», balbucía en medio del delirio. Pero Dios nunca está para esas ocupaciones, y menos aún si se trata de los muertos que más le incumben a uno.

Su secretaria, que estaba junto al organizador de carpetas en la habitación contigua, se acercó rauda al escuchar aquel ruido grotesco que le dio tan mala espina, encontrándose con el deplorable estado de un cuerpo medio doblado sobre el gres granate del piso, el cuello rígido, la boca abierta y babeante.

Y pidió ayuda.

Dos compañeros que andaban por los alrededores de la oficina sacando café de la expendedora automática se acercaron de inmediato, la ayudaron a incorporarlo del suelo y lo arrastraron como buenamente pudieron hasta el sofá, dejándolo tumbado con la cabeza apoyada en el reposabrazos y las fosas nasales despidiendo aire agitadas, como un fuelle que se va a resquebrajar de un momento a otro pero que no termina de romperse nunca. Al poco tiempo, pareció restablecerse del golpe, igual que en las escenas bíblicas el enfermo tullido sana milagrosamente, y, sin mediar palabra alguna, cegado por el sufrimiento y el dolor, se marchó de la oficina arrastrado por mil diablos.

—¡Señor Cavalier, señor Cavalier! Pero ¿qué le ocurre? ¿A dónde va?... — insistía la secretaria, que corría tras el jefe sin comprender su actitud. Sin embargo, a él nada parecía importarle.

Consiguió llegar hasta el aparcamiento situado en el primer sótano del edificio. Montó en el reluciente Jaguar metalizado de su propiedad, que parecía esperar sumiso en la plaza de garaje cuarenta y dos, asignada a su nombre, pues para eso había, sobre la columna de la derecha, una placa dorada con las letras de Alejo Cavalier componiendo un grabado de pulcra caligrafía. En otro tiempo había estado orgulloso de su coche, y también de su maravillosa casa, un moderno ático en el centro de la ciudad, y de su apartamento de lujo en la playa. Sus bienes podían ser incontables, para eso estaba el dinero que poseía, que no era escaso en absoluto. Pero ahora, sentía náuseas, o un profundo e intenso asco, no sabría bien discernir una cosa de la otra; ya que todo aquello se le antojaba recuperable. Pero su familia, no. No había dinero en el mundo capaz de recuperar a las dos personas que más amaba, que más quería, que

más adoraba. Las lágrimas brotaron de sus ojos, dos caños de agua tibia desplazándose río abajo, llorando igual que un chiquillo indefenso, sin pudor ni vergüenza. Lloraba de pura y llana desolación.

En el camino puso las noticias locales. El conductor del tráiler, que había resultado ileso, conducía a excesiva velocidad, aún no se sabía con seguridad los verdaderos motivos: si se había quedado dormido, como se aseguraba en la primera versión, o iba ebrio, que eran los rumores más extendidos en esos momentos. El camión se llevó por delante una decena de coches, incluido un autobús de cercanías. Los accesos a la zona norte y al puente estaban cortados. Se rogaba a los ciudadanos que evitaran en la medida de lo posible esa zona metropolitana. Volvieron a repetir la lista de fallecidos. No había dudas: los nombres de Victoria y Susana estaban incluidos. Las esperanzas de un posible error eran cada vez menores. Y la angustia crecía a medida que se iba acercando al lugar.

Pudo aproximarse hasta donde le permitió el monumental atasco. Efectivamente, tal y como comentaban por radio, las carreteras estaban cortadas en ambas direcciones y el desconcierto ocasionado había degenerado en caos circulatorio. Dejó el automóvil cruzado en mitad de la vía, no le preocupaba lo más mínimo lo que hicieran con él y se marchó en dirección al puente, sorteando los vehículos con toda la rapidez que le permitían las piernas.

En el lugar del accidente se agolpaba una gran muchedumbre. Rostros donde la desgracia activa la curiosidad morbosa. Se acercó y abrió paso, alterado, ayudándose con los brazos, con los codos, metiendo las piernas en cada hueco libre hasta lograr alcanzar la primera línea de fuego. Unos cincuenta metros más adelante, empotrado contra la mediana de la carretera, estaba el camión. La puerta del conductor abierta, la cabina prácticamente intacta a pesar de los estragos ocasionados. A diferencia del camión, varios de los coches aparecían destrozados, algunos a duras penas reconocibles, amasijos de hierros aplastados contra el asfalto, rastros de sangre esparcidos en el suelo. El tráiler se cebó bien con ellos. No había señal del camionero por ningún sitio. «¿Dónde estaría ese hijo de la gran puta?», se preguntó con odio encarnizado hacia un hombre que ni siquiera conocía, pero de colocarse enfrente sería capaz de matarlo.

La policía acordonaba la zona. A escasos metros, vio la fila de cadáveres tapados con sábanas inmaculadas que preservan del pecado a los más infelices. A la izquierda, sobre el arcén, atendían a los heridos. Por desgracia, a él no le importaba ese grupo. Aún así, detuvo su atención en ellos, en un último intento por aferrarse a una esperanza incierta. Y la esperanza se esfumó del todo. Volvió la mirada hacia las sábanas alineadas, reconoció el bulto de su mujer merced a la mano que sobresalía de entre la cubierta, llevaba colocada la pulsera de oro y brillantes, regalo por su cuarenta cumpleaños. Solo se la ponía para acontecimientos especiales. Y ese día dejó de ser uno de ellos, ignorante de que la muerte la iba a joder de pleno. Al lado de ella, había un cuerpo de menor volumen. No hacía falta ser muy listo para suponer de

quién se trataba. Una oleada de amargo calor penetró en las tripas de Alejo. Sus mejillas estaban enrojecidas, sofocadas, iracundas.

—¡Cabrón! ¡Hijo de perra! ¡Ven, que te voy a matar! —gritaba al aire, conmocionado, entre fuertes sollozos.

Antes de que los policías pudieran reaccionar y sujetarlo, Alejo saltó la zona de demarcación y se acercó hasta los cadáveres, alcanzando a levantar las sabanas. Las reconoció, sin lugar a dudas. Ahí estaban los dos cuerpos, con los ojos entornados y vidriosos. Aquellos ojos que tantas veces le habían mostrado afecto, ternura, amor; que le habían proporcionado inmensas alegrías y emociones; esos mismos ojos, ahora, se mostraban vacíos, faltos de vida. Una vida que se había escapado en solo unas décimas de segundo, el tiempo que se tarda en chasquear los dedos, por el descuido de un imprudente.

—¡Te mataré! ¡Juro que te mataré! —volvió a chillar.

Dos agentes se acercaron a sujetarlo. Alejo los empujó, cargado de violencia, de rencor, como si ellos hubiesen sido los responsables de las dos muertes. Y salió huyendo, escapando de todo y de todos. Sin dar tiempo a nada. Quería evadirse del mundo. Perderse, ocultarse, sin saber dónde.

Y sobre todo, olvidar.

Alejo echó mano a la botella. La alzó sobre su boca y engulló un trago con pasión enfermiza. El líquido se derramó por la barbilla, continuó a lo largo del cuello hasta desplegarse sobre su pecho como un torrente. Le vendría bien refrescarse. Hacía un calor pesado, tórrido. Apartó las cortinillas y se asomó a la ventana. Los caminos desprendían fuego. El aire estaba opaco, cargado de polvo amarillento que no dejaba entrever la línea del horizonte. Un automóvil negro pasó despacio, renqueante, dando la impresión de estar aquejado por las altas temperaturas.

Llevaba tres semanas en Cantina Blanca, un condenado lugar de treinta mil habitantes, situado en una zona desértica en mitad de ninguna parte. Había llegado hasta allí después de vagar de un lugar a otro, sin rumbo determinado. Aunque, a decir verdad, le daba igual el sitio donde acabara, todos constituían una pesadilla para él.

Cavalier era un hombre entrado en la madurez, que hacía pocos días había cumplido los cuarenta y tres. Todo un feliz acontecimiento que celebró en compañía de su marca favorita de Bourbon y de una anodina soledad. Solo que ese día y los posteriores al cumpleaños, aún bebió más para poner a prueba su resistencia. Quería beber hasta reventar, caer de bruces al suelo. Hay momentos en que no se precisa pensar, o es mejor no hacerlo. Cada cual tiene su válvula de escape, unas más peligrosas que otras, y el señor calavera, que no Cavalier, se dedica a esperar paciente con las puertas abiertas a todo aquel que desee entrar. Siempre hay invitaciones para los interesados, nunca se agotan.

Se miró al espejo: una leve sonrisa brotó de sus labios. Tal vez se rió de sí mismo. Los espejos no engañan, las imágenes no mienten. Se traicionan las personas, que prefieren excusarse con artimañas baratas a ver la realidad tal y como es. Pero la realidad resulta a veces muy dura para quienes son débiles. Alejo en ese aspecto estaba curtido en batallas, había entrado en la dinámica de la autodestrucción y no tenía ningún miedo. La ausencia de temor es difícil en muchos casos, hay que tener madera de héroe. O cojones. Incluso, para matarse. Solo hay un problema, que no es baladí ni menospreciable, que los recuerdos se enquistan en el cerebro y no hay manera de quitárselos de encima.

Él había sido un alto ejecutivo, director general de una multinacional de medicamentos, un ejemplo a seguir para los *yuppies* de su empresa, que pretendían imitarlo a toda costa, puesto que era el hombre de moda, el referente a seguir. Nada que ver con la piltrafa humana en la que se había convertido, que solo buscaba encontrarse cara a cara con la muerte.

Alejo se abrió paso en el mundo a base de esfuerzo, de constancia. Y supo luchar para encontrar el camino adecuado en la difícil jungla de asfalto en que acaban

convertidas las grandes urbes. Como él decía: «Hay que ser listo para sobrevivir, ser el mejor, saber cuándo empujar y cuándo aplastar para alcanzar el éxito, y nunca, nunca, dejarse embaucar por la ingente cantidad de charlatanes, tramposos e hijos de puta que pululan por la vida buscando un pedazo de carroña inocente donde clavar los colmillos». La desgracia de unos constituye la felicidad de otros. Eso es indudable, si no de qué, de algo hay que vivir. Aquella premisa la conocía muy bien. Por suerte o por desgracia, sabía lo que era pasar necesidad desde pequeño. Su padre había sido cartero en una época en la que el sueldo que se ganaba siendo repartidor de correspondencia no daba para muchos excesos. Su madre, ama de casa; de vez en cuando con algún que otro trabajillo eventual de costurera en el propio hogar. Por todos esos motivos, y algunos más que se quedaban incrustados en la recámara de su cerebro, al recordar a sus amigos de colegio comprarse bonitas mochilas para los libros o nuevos zapatos o uniforme de estreno, mientras él portaba una vieja cartera perteneciente a su hermano mayor, porque no podía ser de otra manera, se juró a sí mismo que en el futuro sería alguien grande, capaz de tener cuantas cosas le diera la gana. Y así fue como ese cóctel de ingredientes desafortunados fermentaron el amor propio de Cavalier produciendo un violento cambio, una transformación radical, incluso, desagradable, pues a veces hay que hacer cosas que no le gustan a uno para aspirar al podio, no hay más remedio, es cuestión de supervivencia, sacrificio y valentía. Para Cavalier toda acción cotidiana se convirtió en objetivo básico de superación: los estudios, el deporte, los juegos. Se transformó en un luchador nato, en un trabajador infatigable. Así, cuando sus amigos realizaban una tarea, él ya la había previsto, adelantándose a ellos casi siempre. Su lema era el lema de un tipo belicoso hasta la médula: «Todo se consigue si uno se lo propone, es cuestión de voluntad».

Y, poco a poco, fue adquiriendo un carisma especial. Los alumnos que estaban por encima de su curso lo respetaban, sabían que despedía chispa, que sus huevos andaban bien plantados entre las piernas a pesar de ser un mengajo todavía. Aquel chico no tenía un pelo de tonto.

Al cabo, terminó los estudios de instituto como primero de su promoción y decidió estudiar medicina gracias a una beca que le concedió el estado por mediación del director del centro. Pero, tras cuatro años de machacar sus sesos entre libros, de rescribir folios propios y ajenos, de acudir sin falta a clase, se produjo un giro inesperado en su carrera, un cambio de rumbo imprevisto, y fue que, cuando sus compañeros de facultad pensaban que en el futuro lograría ser un eminente médico, eligiendo la especialidad que le viniera en gana, Alejo decidió abandonar la universidad para siempre.

Pero ¿a qué se debía ese cambio tan drástico?

Cavalier se había percatado de un detalle importante durante las prácticas en el hospital, y era que, mientras los universitarios recorrían las habitaciones realizando sus tareas de aprendizaje con los profesores interinos, los médicos titulares que ejercían en el sanatorio eran visitados por una serie de individuos que, con maletín en

mano y bien trajeados, se dedicaban a la venta de productos medicamentosos y material sanitario, al tiempo que se paseaban por los corredores con una familiaridad descarada y saludaban a todo el personal como si fueran íntimos conocidos. Estos visitantes se dedicaban a presentar los nuevos productos salidos al mercado y remachar los que ya estaban funcionando. Los facultativos solo debían limitarse a recetarlos para su consumo en las farmacias. Así de sencillo. El gasto corría por parte del estado o del paciente, y los médicos obtenían un buen beneficio, puesto que, a cambio de esas recomendaciones terapéuticas, las grandes empresas comerciales les pagaban con viajes de placer, con asistencias a congresos nacionales e internacionales, incluso, se les remuneraba bajo mano con determinadas cantidades de dinero, a veces bastante importantes. Estas operaciones que, en apariencia, eran solo una mera transacción comercial sin importancia, una charla desinteresada entre amigos cordiales de diferentes ramos de trabajo, presentaban dos vertientes bien diferenciadas, ya que, por un lado, los médicos no se comprometían a nada de manera directa, ellos no vendían los productos, eran los farmacéuticos, claro está; pero por otro, y de manera muy sutil, era una forma de chantajearlos, pues quien aceptaba tan «suculentos regalos» quedaba pringado para siempre. Todo eso funcionaba en una aparente legalidad. Todos lo sabían, todos extendían la mano, pero cerraban los ojos ante la evidencia.

Alejo decidió dejar los estudios en el transcurso de un descansillo entre prácticas, mientras desayunaba en la cafetería del hospital. Esa mañana las mesas estaban abarrotadas de personal, convertida en uno de esos días que parece que todo el mundo se pone de acuerdo para desayunar a la misma hora. La falta de mesas libres hizo que se acercara hasta donde él estaba un hombre de mirada picarona y gesto afable, y pidiera permiso para sentarse. El individuo se llamaba Jonás García. Tenía treinta y cinco años. Ejercía como vendedor de material diagnóstico para grandes hospitales. Se veía un sujeto ambicioso a todas luces, acostumbrado al trato con gente. Su porte elegante y sus ojos inquietos lo delataban. Ambos trabaron amistad en seguida. Era como si dos tiburones se vieran en un acuario repleto de pececillos inocentes, por lo que la conversación enseguida se vio encauzada hacia donde tenía que desembocar, estaba claro: la codicia.

—En esta profesión, si te lo sabes montar bien, en seguida ganas dinero, chico; más que cualquiera de esos matasanos —le dijo a Alejo, mientras posaba el café sobre el platito de cerámica blanca—. Corren buenos tiempos en este país para el negocio de la medicina, comenzamos a estar en la vanguardia, y se desgajan los primeros trozos de una succulenta tarta. Aquí el que no corre, vuela —se le levantó una ceja de manera inconsciente—. Lo único que tienes que saber es cómo camelarte a esos sabelotodos que creen estar por encima de ti, solo porque ellos han estudiado una carrera y alguno de nosotros no —Jonás recapacitó un instante y puso cara de niño bueno—. Con esto no quiero que pienses que me burlo de ti, o que te estoy tomando el pelo, o que te menosprecio por ir para doctor, ni mucho menos, hay que

saber valorar a un hombre en su justa medida —le guiñó un ojo amigo de repente—. Hay muchos que han estudiado y son listos como zorros; pero hay otra gran mayoría que no, que lo único que hacen es limitarse a sus estudios y al trabajo, centralizando en ambos asuntos toda su puñetera vida, sin ánimo de superación; y es que son de otra madera, no les gusta el dinero, no tienen ambición, están despersonalizados. Y si me apuras, hasta te diría que follan como robots con la parienta, sin ninguna imaginación —añadió en tono despectivo—. Tú, sin embargo, por la percha que tienes, y tus ademanes, pareces estar encuadrado en el grupo de los avispados, de los triunfadores, de los buscavidas. Sé reconocer a la legua a un individuo impaciente que posee el gusanillo del dinero. Tú valdrías para este trabajo, chaval; estoy seguro de ello, totalmente seguro.

Aquellas palabras quedaron registradas de manera inmediata en el disco duro de Alejo, resonando dentro de su cabeza una y otra vez. Caminaba por las aulas como si estuviera ausente, absorto en lo que le había dicho Jonás. En realidad todo lo que fuera empezar a ganar dinero le producía un agradable cosquilleo, y si podía ser mucho dinero, con mayor razón aún. «Esta es mi ocasión», pensó. «Las buenas oportunidades se presentan una sola vez en la vida. Y la mía se acaba de presentar. O la agarras con fuerza o la dejas escapar. En encrucijadas así es donde se diferencia un hombre vulgar de un buen *olfateador* de negocio, de un hacedor de dinero. Aunque lógicamente, un cambio tan radical comporta un elevado riesgo que puede dar al traste con mi vida; pero si de antemano se conociera el triunfo, todo el mundo sería rico. Y eso, por supuesto, es algo utópico, ficticio. He de aprovechar la ocasión. Ahora o nunca...».

Transcurrida una semana del encuentro, Jonás y Alejo volvieron a coincidir en la cafetería del hospital. Alejo se fue directo hacia él, igual que un misil autoguiado.

—¡Jonás, quiero que me busques un empleo!

—¡Dios mío! No tan rápido, muchacho. Vas demasiado acelerado.

—Lo tengo decidido. He estado dándole vueltas a lo que me dijiste y al final me he convencido de que es la mejor opción para encaminar mi futuro —Alejo hizo una señal al camarero para que le trajera un botellín de agua mineral—. ¿Habría posibilidad de que me encontraras algo?

—Déjame pensar un poco. Me has pillado fuera de juego —se quedó cavilando, ensimismado unos instantes—. Hay varias cosillas por ahí. Pero dame unos días para que te vea un trabajo que quizá pueda resultar interesante. Un amigo del ramo me comentó que necesitaban a alguien emprendedor, con empuje y ganas de trabajar para llevar la zona centro del país. Es una empresa con buena proyección y futuro en el mercado. Le preguntaré si todavía anda vacante el puesto, y que tengo a la persona indicada. Pero eso sí: tendrás que entrevistarte con ellos y persuadirlos para hacerte con el cargo —Jonás le dio una calada al cigarrillo y luego lo estrujó en el cenicero con la fuerza de una apisonadora—. Aunque estoy convencido de que te lo darán. Tengo buen olfato para estas cosas.

Entró a trabajar en *Zolten Antibióticos* a los tres meses de que Jonás le comentara el asunto laboral. Pero antes tuvo que solventar unas cuantas entrevistas. Alejo pisó el acelerador a fondo y arrasó con cualquier tipo de obstáculo o suspicacia, sin que nadie lo pudiese detener en su empeño, era consciente de su ambición y cabezota a más no poder. Hasta el punto de que los propios entrevistadores pensaron que podía resultar embarazoso para alguno de los jefazos de la empresa, puesto que aquel muchacho corría demasiado deprisa. Y correr en exceso entraña su peligro. En particular, con aquellos directivos que ostentaban una ingenua superioridad, solo por estar en el cargo unos peldaños más arriba. Superioridad no exenta de frustración, pues la carga más molesta, en muchos de ellos, venía a ser la de una edad avanzada. A partir de los cincuenta, los trabajadores tienen los días contados en las grandes empresas multinacionales, acaban por acomodarse en los sillones de los despachos y no ser rentables. Y precisamente por estar demasiado acomodados, esos mismos directivos, al igual que la pescadilla que se muerde la cola, necesitan sangre nueva, revestida de espíritu emprendedor, para que les resuelvan los trabajos ajetreteados de calle que ya no se ven con fuerzas de realizar ellos mismos ni con ganas suficientes. Todo un dilema.

Alejo cumplía los requisitos con sobresaliente. Había, por tanto, que correr el riesgo de contratarlo. Los objetivos de venta debían aumentar ese año un cinco por ciento si querían hacerse con un buen hueco en el mercado.

Tras seis meses de formación empresarial donde le explicaron el sistema de funcionamiento de la compañía y las técnicas de venta más efectivas (y agresivas) para lograr los resultados apetecidos, le dieron luz verde en su nuevo trabajo. Le facilitaron un vehículo para sus desplazamientos y un listado informático con las direcciones de los médicos a los que visitar.

Cavalier se tomó a pecho su tarea, tan en serio, que los objetivos de venta los pulverizó a los doce meses de empezar. La venta de antibióticos aumentó siete puntos por encima de lo esperado. Aquello era comenzar con buen pie.

Alejo frunció el ceño; los recuerdos le traían una angustiosa desesperanza, un profundo pesar. Se llenó el vaso con pulso vacilante. El líquido rebosó los bordes. «¡Me cago en la puta de oros!», exclamó furioso al ver que se extendía por la mesa y salpicaba el suelo. Se sacudió la mano del pringoso *whisky* y la restregó por la pierna desnuda. Las lágrimas asomaron a sus ojos, surcando aprisa las mejillas, con vergüenza de saberse descubiertas. Cogió la sábana por un extremo y se los secó. Por más que bebía, no alcanzaba a olvidar. Solo cuando conseguía estar aturdido y medio

grogui por el alcohol lograba un ligero efecto anestésico. El pasado pesaba demasiado. Era su castigo, su lacra. Algo difícil de erradicar, que le acompañaría toda la vida.

¡Dios, otra vez los recuerdos! ¡Ya están aquí!

¿Que cómo logró un éxito tan apabullante en los negocios?

La estratagema era sencilla y a la par complicada, una contraposición de sentidos, no así de intereses. Blanco o negro, par o impar, no hay término medio ni matices de colores. O aciertas de pleno o la cagas de pleno. Y Cavalier tenía que tocar las teclas de su trabajo con sumo cuidado, igual que un consumado pianista se hace cargo de cada nota musical que brota de su instrumento, de ese modo lograría salvaguardar su astucia personal ante los clientes, para que las pretensiones de lobo hambriento y ladino pasaran desapercibidas bajo aquel rostro de facciones angelicales y atractivas.

Los objetivos que se impuso desde el principio los tenía claros: dedicarse a estudiar a los clientes uno por uno, examinarlos con la minuciosidad del relojero y analizarlos en sus más mínimos detalles; inclusive, llegando a espiarlos si fuera necesario, sin que ellos tuvieran la más remota idea, provocando encuentros fortuitos en los lugares que frecuentaban. Así aprendió sus gustos, sus placeres, sus distracciones; pero, sobre todo, lo que Alejo pretendía, lo que de verdad buscaba, era conocer los vicios ocultos, las depravaciones silenciosas de cada uno de ellos. Él sabía que a todo hombre o mujer, por íntegros que parezcan, le atenaza algún tipo de perversión en su fuero más interno. El ser humano es un animal débil, y como tal muestra siempre alguna forma de resquebrajamiento en el carácter, una fisura en la que meter el dedo y ahondar en la llaga. Y Alejo buscó en cada uno de los clientes el flanco más endeble por donde poder colarse, sin que por ello se sintieran violentados o amenazados. Cavalier tenía instinto depredador, empuje y fuerza, salpimentado todo de aparente inocencia, un cóctel que hacía que cayera bien a la gente. De ese modo, iba entrando en sus vidas, conquistándolos lentamente, conociendo sus intimidades, los recovecos más ocultos, que quedaban registrados de manera automática en su mente, para más adelante sacarles provecho, llevando a su terreno todo ese conjunto de circunstancias. Para Alejo, los días tenían veinticinco horas, no diez ni doce ni catorce, a la mierda el horario acomodado que todos desean. Había que robarle tiempo al tiempo, aprovechar de verdad los minutos, los segundos. Si quería triunfar en la vida tendría que batallar a diario. Cada jornada era una meta, un fin, una lucha. «Si no es así te convertirás en uno más del montón, de esos que van alardeando de cosas que no poseen, de los que van fantaseando con *gilipollec*es para no morir de la pena. La pena de unas tristes e insostenibles vidas», pensaba.

Al cabo de solo dieciocho meses de trabajo en Zolten fue ascendido a director gerente. Su nueva labor consistiría en la supervisión de los gerentes de área de una mitad del país y el fomento de su espíritu comercial; así como implantar nuevas vías

creativas para el incremento de la productividad en el mercado.

Su carrera transcurría fulgurante, imparable. Se estaba convirtiendo en alguien importante, un líder a tener en cuenta y seguir muy de cerca. Al menos, así parecían manifestarlo los laboratorios de la competencia, que comenzaban a codiciarlo y a querer atesorarlo entre sus filas. Ese joven zorro sería un buen fichaje para cualquier laboratorio importante. Y Cavalier lo sabía, por eso se estaba esforzando con toda su alma. Si quería llegar alto debía ser de esa manera; jugando a tantas bandas como hicieran falta, trapicheando, robando o matando si fuera necesario, pero siempre con la convicción del que se sabe ganador. No podía cometer ningún error. Solo yerran los perdedores, y él no estaba incluido en ese paquete.

En la primavera de 1980 fichó por «Biomedical», la multinacional más importante en el ramo de la biomedicina, ocupando el puesto de jefe nacional de ventas. Aquello suponía el logro más importante de su carrera. Todo un triunfo en las expectativas de futuro.

Inevitablemente, al principio se sintió algo desorientado, pero pronto perdió ese miedo comedido, propio de un cambio tan trascendental, y se hizo con las riendas del nuevo trabajo con inusitada brillantez, habituándose a su nueva labor más rápido de lo normal. A partir de entonces, la vida pareció sonreírle. Todo le salía bien, hiciera lo que hiciese. Su ambición se veía colmada, plena de satisfacción, pues solo la avidez de dinero le importaba, y lo poseía en cantidad: buenas sumas en el banco, buenos coches, buenas casas, buenas mujeres. Alejo era un ganador. El dinero se había convertido en su gran aliado y camarada, en su compañero inseparable, hasta que conoció a Victoria, la que sería su futura esposa.

Alejo supo sacarle partido a ese período de independencia económica, en la que derrochó formidables cantidades de dinero porque se lo podía permitir. Era una venganza frente a tanta necesidad en los años de infancia y adolescencia. Una represalia a la maldita escasez que, en cierto modo, lo había humillado en gran número de ocasiones.

La primera vez que vio a Victoria ocurrió en unos grandes almacenes. Fue mera casualidad lo que hizo que se conocieran. Una cursilada si se piensa en frío un instante, porque sucedió algo similar a como ocurre en los anuncios publicitarios de perfumes, en los que la pareja queda embriagada por la atracción nada más conocerse. Ella iba detrás de él, ambos bajaban por las escaleras mecánicas; al llegar al suelo, trastabilló y perdió el equilibrio, empujando sin querer a Alejo. Ruborizada, pidió disculpas por el suceso. Su voz sonaba torpe y azarosa. A Cavalier le gustó aquella manera inocente de excusarse. Aquella mujer podía pasar por completo desapercibida, no llamaba la atención en absoluto; tampoco era atractiva, no tenía un cuerpo especialmente bonito ni vestía demasiado sugestiva. «Si no me hubiera caído encima ni siquiera me habría dado cuenta de que existía», pensó; sin embargo, poseía una mirada noble que inspiraba frescura e ingenuidad, algo de lo que están alejados muchos de los seres humanos. Alejo no quiso desperdiciar la oportunidad, por lo que decidió invitarla a tomar algo en la misma cafetería del centro comercial. Quería conocerla, necesitaba conocerla a toda costa. No era ese el método preferido para presentarse ante alguien, estaba fuera de sus pautas de fingido comportamiento social, puesto que lo único que llamaba su atención eran los planes bien calculados, la meditación y las argucias, pero aquella situación se hacía distinta y ardía en deseos de averiguar quién era esa mujer que le originaba tan singular fascinación.

Victoria trabajaba de empleada en una tienda de regalos. Llevaba cuatro años viviendo en la capital desde que un día decidiera marcharse de su pequeño pueblo natal asfixiada por la falta de oportunidades y el aburrimiento. Recién llegada, se alojó en casa de unos familiares. Salió adelante a costa de pequeños trabajos que le permitieron cierto desahogo económico. Más tarde se mudó a un reducido apartamento de alquiler. No era gran cosa (los alquileres eran excesivamente caros en la capital), pero se apañaba de buena manera. No era una muchacha que se relacionara mucho; al contrario, tenía una vena solitaria, taciturna y algo despistada. Tan solo algunos amigos, vinculados a su ámbito profesional, lograban sacarla los fines de semana a tomar una copa, al cine, al teatro o a escuchar un concierto de música, su pasión preferida junto con la lectura.

—La timidez me pesa demasiado —le dijo con aquel mirar pudoroso.

Alejo se preguntó si esa mujer no enamoraría acaso a todo hombre que pasara por su lado y se apercibiera de sus ojos, si no lo hechizaría con aquella mirada ingenua. Mirada que al propio Alejo, con el transcurrir del tiempo, le haría recapacitar y ser consecuente consigo mismo, para llegar a la conclusión de que su interior atesoraba una gran ruindad. Victoria arrastraba con su personalidad y su forma de ser todo un mundo de honestidad, sencillez y gratitud. Cavalier se sintió transformado desde que

hablara la primera vez con ella y ya no pudo dejar de verla. Resultaba una droga para él. Y descubrió que, además de su propia persona (orgullosa y egoísta a más no poder) estaba Victoria; y que ella era capaz de dar sin pedir a cambio, de preocuparse sin buscar otro objetivo que su sola disponibilidad, de mostrar verdadero afecto sin esperar nada. El amor lo inundó bruscamente y ya no lo abandonó ni un segundo; echó raíces en sus arterias, en sus tripas, en su corazón. A los siete meses se casaron. Fue una boda íntima, ausente de lujos de ningún tipo. Solo los más allegados fueron invitados a la recepción.

La luna de miel fue en Roma por deseo expreso de Victoria que, desde chica, había anhelado visitar la antigua capital del imperio. Al contrario que en la ceremonia, el viaje fue todo lujo y placer. Se alojaron en los mejores hoteles, fueron a comer a los restaurantes más importantes, no dejaron un monumento por visitar. Cavalier no escatimó en gastos; le preparó las rutas turísticas más completas, sin faltar de nada. Quería sorprender (y lo consiguió) a Victoria. Y que aquellas cortas vacaciones fueran inolvidables para ella.

Alejo vivió su época más dulce y cautivadora. Se había convertido en otro hombre, mucho más humano y encantador. Nada quedaba ya de la bestia devoradora de conciencias de meses atrás. Al cabo, vino Susana, su querida hija, una niña preciosa, de ojos azules y grandes como dos lunas llenas. Las atenciones para con ella y su esposa eran constantes; ambas constituían una combinación de familia perfecta. Susana creció rodeada de cariño. Su madre le dedicaba casi todo su tiempo; había dejado el trabajo días antes de la boda; y Cavalier, aunque pasaba gran parte de la semana fuera, ocupado en asuntos comerciales, en cuanto disponía de un hueco se reunía con su familia para divertirse juntos.

Todo parecía ir sobre ruedas. Constituían una familia feliz. Una familia realmente feliz y dichosa.

Hasta que quedó trunca por ese maldito accidente.

Fue entonces cuando decidió huir, dejándolo todo tras de sí, abandonando cuanto poseía, rompiendo con su vida de una forma radical. El corazón se le quedó vacío, lleno de nada, como si se lo hubieran arrancado de cuajo. Alejo se transformó en un muerto en vida, en alguien que deambulaba sin reparar en lo que tenía enfrente. Solo la nostalgia, que quizá era aún peor que ese vacío, lo invadía de cuando en cuando, y entonces le pasaba por la mente tirarse desde una azotea, colgarse de un árbol o arrancarse la cabeza. Cualquier cosa era mejor que aquella horrible sensación de angustia que le minaba el alma.

Comenzó a beber sin parar; una costumbre que para nada lo había acompañado hasta entonces, tragando una copa tras otra, hasta que caía anestesiado al suelo. Algunas veces, las menos, había almas caritativas que lo ayudaban a incorporarse y lo atendían, o lo llevaban al hospital; otras, las más, lo tiraban a la calle, o en medio de la carretera, u, oportunamente, junto a un cubo de basura:

—¡Ese es tu lugar, hijo de puta! ¡A ver si aprendes a beber y no das más por culo,

cabrón!

Y allí se quedaba tendido, rodeado de porquería, al tiempo que su boca se entreabría y liberaba un líquido espeso y amargo con el olor enrarecido de la bilis y el alcohol. Buscaba la muerte, encontrarse con ella cara a cara para poder decirle que se lo llevara de una puñetera vez, que no quería seguir viviendo sin su familia. Y que ya no podía más.

Un estruendo rompió el silencio de la habitación. El viento soplaba recio y se precipitaba por la ventana, refrescando el interior, de por sí cargado y seco. En otras circunstancias, las tormentas de verano le habían gustado, pero aquella no le agradaba lo más mínimo. Ni los truenos ni los violentos rayos que caían en la tierra llamaban su atención. Alejo permanecía ausente de la tempestad, ajeno a cuanto le rodeaba, igual que un hipnotizado no puede ni quiere despertar del sueño profundo. Podía sucumbir en un terremoto o caerse por un precipicio sin que en ese momento tuviera conciencia de ello.

En un momento de lucidez, se dirigió al lavabo, abrió los grifos, picados por el óxido, el tiempo y el descuido, y se lanzó agua sobre la cabeza, salpicando el suelo en todas direcciones. Necesitaba refrescarse, quitarse el bochorno de encima, espabilar un poco ese cuerpo castigado al que cada vez costaba más poner en marcha. Y no era para menos, pues solo tenía que echarse un vistazo, aunque fuera de pasada, para darse cuenta de lo desmejorado que andaba últimamente: el rostro abotargado, dos bolsas violáceas afianzadas bajo los párpados, una barba rala, de seis o siete días, y el cabello, entrecano, que comenzaba a escasear. No era ya, ni por asomo, la sombra de hombre moderno y con encanto de otros tiempos. Sintió lástima de sí mismo. Todo aquello resultaba lamentable, impropio de quien había saboreado las mieles del triunfo.

A tientas, recogió la toalla para secarse. Junto al lavabo había un perchero de madera. Agarró la camisa de tonos mostaza pálida, su color preferido; también es cierto que la única que estaba colgada. A pesar de la lluvia, saldría a tomar una copa. El *cutrerío* de la habitación se le venía encima, lo asfixiaba. Sus paredes de papel pintado con ramos de flores descoloridas, pasadas de moda, no podía soportarlas. Bajó y dejó las llaves en recepción. La cincuentona de morros carnosos, coloreados de carmín *putonero*, le lanzó una mirada lasciva a la entrepierna. Cavalier hizo caso omiso del mensaje.

En la calle caía una tromba de cojones. Las gotas se amontonaban en el asfalto y producían un sonido agudo e insistente al percibir las su oído. Extendió uno de los brazos para humedecer la piel. No se veía un alma a derecha e izquierda. Parecía haber desaparecido todo el pueblo de repente, salvaguardándose del diluvio amenazador. Deambuló durante algún tiempo de un lado para otro. Eso de deambular sin rumbo fijo sabía hacerlo muy bien estos meses atrás. Al final, terminó en un callejón sin salida, estrecho, de casas viejas y ruinosas, posiblemente, abandonadas. Dos balcones se habían desprendido y sus escombros se esparcían amontonados por el suelo. Los contenedores estaban atestados de desperdicios, con aspecto de llevar allí más tiempo de lo debido. Olían a ratas muertas. No obstante, Alejo se sorprendió

al divisar, entre tanto descuido, un cartel luminoso, azul violáceo, que parpadeaba intermitentemente a pesar de no haber oscurecido todavía. Parecía un oasis entre pura inmundicia, un paraíso en medio de tanta miseria:

Bar Escorpión

El letrero, sin embargo, no parecía hacer referencia al nombre, puesto que aparecía una serpiente que se introducía dentro de una manzana y sacaba su lengua bífida por el otro extremo del agujero.

Corrió hasta aquel lugar como si fuera el único habitado del mundo. Llegó a la puerta con las ropas empapadas. En el local sonaba un tema de Miles Davis, *Summertime*. Dentro, la luz era tenue. Unos focos de color amarillento descargaban resplandores rectilíneos sobre la barra. La atmósfera infundía intimidad, refugio. El camarero levantó el rostro. Tenía una barba larga, grisácea, que le colgaba hasta el pecho. A Cavalier le recordó a uno de esos motoristas de los ángeles del infierno que se exhibían en sus pesadas y aparatosas *Harleys* por las carreteras del estado. Estaba anotando algo en una libreta; cuando terminó, se colocó el lápiz sobre la oreja y lo miró discretamente de pies a cabeza. Apoyó las manos en el mostrador y dio unos golpecitos con los dedos. En el bar solo estaban ellos dos y una mujer que no alcanzaba a ver con claridad, en el otro extremo de la barra. Era una barra sinuosa, que formaba semicírculos, colocándose en una de las concavidades. Se sintió así más protegido.

—¿Le sirvo algo, caballero?

—Quiero un *Four Roses* en vaso largo hasta arriba, sin hielo, por favor; y después, otro con mucho hielo en vaso de boca ancha, gracias.

El camarero no inmutó el gesto tras escucharlo. Los preparó con rapidez, tal y como le había indicado. Alejo agarró el primero y lo levantó sobre su boca nerviosa y excitada, bebiéndoselo de un trago. Cualquiera hombre se hubiera quemado la garganta. Él parecía tenerla dormida. Las luces brillaban ahora con más intensidad, llenas de un resplandor mágico; es muy posible que fuese el *whisky* lo que le hacía ver mejor. Había diez mesas con sus correspondientes sillas colocadas boca abajo, señal inequívoca de que estaban todas libres. Una lámpara colgaba sobre cada una de ellas, apagada. Echó un vistazo a la mujer de enfrente: una buena mata de pelo caía sobre sus hombros. El color no alcanzaba a distinguirlo. La mujer lo estaba mirando. Una sonrisa se dibujaba en el rostro. Ella cogió su vaso y se acercó hasta Cavalier. Contoneaba la cintura, armoniosa e incitante, era una yegua templada, a la que no le hace falta doma. Distinguió por fin el color del cabello, que era de un negro brillante. La sonrisa cada vez se hacía más amplia, más amigable.

—¿No eres de por aquí, verdad? —le preguntó la morena al colocarse a su lado.

Podía notar la respiración cálida de ella. Permaneció en silencio, miraba los cubitos de hielo. No había tenido ningún contacto con el sexo opuesto desde la muerte de Victoria. Tampoco se sentía con ganas. Siguió callado.

—¡Oye, que no te voy a comer! Solo quería charlar contigo, eso es todo —la chica no hizo amago de marcharse; al contrario, se sentó sobre el taburete más cercano.

El camarero estaba junto al fregadero. Con un trapo sacaba brillo a los vasos, luego los miraba al trasluz y soplaba. Andaba concentrado en la operación. La conversación no iba con él. Dejó un momento lo que estaba haciendo para subir el volumen del aparato. Ahora lo que sonaba era Kenny Barron, el tema: *Drew Drop*.

—No. No soy de aquí —dijo con sequedad. La voz de Alejo salía quebrada, ronca, producto de unas cuerdas vocales curtidas por los desmanes.

—Ya lo imaginaba. Conozco a los hombres de este lugar. Nunca olvido una cara. Me llamo Livia, ¿y tú?

Alejo jugueteaba con el vaso de boca ancha. Agitó el hielo, que, en su tintineo, sonaba a música celestial y luego se volvió para mirarla con más detalle. Era una chica joven. No tendría más de veintidós años, muy atractiva. Sin embargo, los ojos los tenía tristes. Ojos de haber vivido demasiado rápido, de haberla baqueteado mucho la vida, de haber pasado lo indecible. Ojos de desencanto y desengaño. Cavalier tenía un sexto sentido cuando veía a una persona, una especie de fognazo le iluminaba el cerebro de súbito. Y al verla supo que era una infortunada de la vida, una desgraciada como él.

—Me llamo Alejo. Alejo Cavalier.

Ella soltó una carcajada al oírlo. Le sonaba algo cómico.

—Disculpa. No estoy acostumbrada a oír ese nombre.

—El tuyo tampoco es que sea muy común —añadió sin tono de reproche.

—Lo sé. Aunque no es mi auténtico nombre. El verdadero no me gustaba en absoluto. Un día decidí cambiarlo por las buenas. Nadie me puede obligar a no cambiarlo, ¿verdad? —Agitó la copa en dirección al barman—. Ponme otra de lo mismo, ¿quieres, corazón?

Asintió con la cabeza, igual que un robot. Alejo apuró la suya de manera mecánica y la posó con un golpe seco sobre la tarima.

—También para mí. Pago yo.

—¿Puedo preguntarte qué haces en este pueblo, olvidado de la mano de Dios?

—No. No puedes preguntarme. Lo que haga o deje de hacer es cosa mía —la contestación fue tajante. Pero no lo dijo de una forma censurable o crítica. Simplemente no quería que se metieran en su parcela más íntima. Protegía con celo su terreno. Era suyo, de nadie más. Levantó el *whisky* en señal de brindis—. Quizá pueda parecerte una persona poco sociable, y con razón. Hace tiempo que no hablo con nadie, o por lo menos no más de lo imprescindible —Alejo le pasó un dedo por las mejillas, rozándolas suavemente. Era su forma de dar las gracias, de comunicarse sin mediar palabra.

Livia agradeció ese gesto cariñoso, exento de sexo. Estaba acostumbrada a que los hombres la sobaran con grosería a la primera de cambio, o le palparan el culo,

tanteando la mercancía. Aquel hombre la respetaba, guardaba las distancias, y eso le gustaba. Estaba harta de que la trataran como a una vulgar puta.

Ella se merecía algo más.

LIVIA

Con anterioridad había sido Carmela Estevill, pero odiaba ese nombre terriblemente. La hería en lo más profundo de su ser con solo pronunciarlo en voz alta. Le recordaba una parte de su existencia que la dejó marcada para siempre.

Livia había sido una niña bien, bastante caprichosa. Procedía de familia acomodada, con unos padres encantadores y maravillosos; tanto, que se podían considerar «modélicos». A todo ello se unían unas amigas estupendas, de buena extracción social. Y, como guinda coronando la tarta, estaba Livia, convertida en la chica mimada por las circunstancias, el entorno y los billetes de papá. La guapa de la pandilla, la que se llevaba de calle a los chicos más interesantes. Por aquel entonces era alguien con estrella, que no estrellada. Y su primera etapa de vida transcurrió, como suele decirse, entre vastos colchones de algodón, sin nada más que resaltar que no fuera que tenía cuanto quería.

Hasta que cumplió los diecisiete años.

Ese año celebraban una fiesta en los salones del colegio privado. Normalmente se realizaba todos los fines de semana, de ese modo sacaban dinero para el viaje de estudios. Querían ir a París. En realidad, no les hacía ninguna falta el dinero, para eso estaban los papás, pero siempre quedaba bien eso de sacarse un dinerillo extra buscándose la vida.

Allí fue donde por vez primera vio a Sergio. Venía con cuatro chicos más a los que tampoco conocía. Era el muchacho más atractivo que había visto en su vida. Su príncipe azul. El chico con el que había soñado siempre.

—Ese es mi hombre ideal —le dijo a sus compañeras algo ruborizada, viendo que él también había posado la mirada en ella, justo en el momento que hacía el comentario.

Esa noche, Livia y Sergio se convirtieron en dos imanes de polos puestos que se buscan en la distancia hasta entrar en contacto. Algo inevitable. A partir de ahí permanecieron juntos el resto del baile. Sergio tenía veintidós años y vivía con sus padres. Trabajaba en una cadena de electrodomésticos y productos multimedia, por lo que se podía permitir una relativa independencia.

Livia comenzó a salir con Sergio al siguiente día de la fiesta; enamorándose perdidamente desde el inicio. Ya la noche en que se conocieron no pudo conciliar el sueño como debiera. Los indicadores de febrilidad amorosa habían tocado máximos, y eso que apenas sabía nada del chico, pero su imaginación, desbordada, idealizaba a Sergio como la persona más maravillosa del universo. Y ese amor, con el transcurso de las semanas, fue transformándose en fe; en confianza ciega en él, en religiosidad apasionada y devota, en dependencia enfermiza. Llámese como se quiera, pero el resultado siempre era el mismo: Sergio. Sergio como único centro de atención en el

que radicaba la vida de Livia. Dejó, como consecuencia, de ir con sus amigas, de ir al instituto. Se olvidó por completo de los estudios. Por su casa paraba lo imprescindible. Aprendió a engañar a sus padres, cosa que nunca había hecho con anterioridad. En cuanto tenía ocasión preparaba una excusa para no ir a dormir. Sergio alquiló un apartamento barato en un barrio de las afueras que les servía para los devaneos amorosos. Allí fue donde Livia conoció el sexo en su totalidad y en su complejidad. No quería ser una remilgada con su chico ni defraudarlo por nada del mundo, por eso se afanó aún más en aprender sexo. Él era un buen amante, a pesar de su corta edad y contaba con bastante experiencia a sus espaldas. El típico hombre en el que se fijan las mujeres en cuanto se lo cruzan por la calle, lanzándole miradas de admiración y de lo que no es admiración. Gracias a esa facilidad con la que contaba para ligar habían sido muchas las hembras, tanto jóvenes como adultas, con las que se había acostado.

Según le dijo a Livia (a él no le importaba contar sus aventuras eróticas; al contrario, alardeaba de ello con pasmosa facilidad), la primera experiencia la tuvo con catorce años. Fue con una divorciada que vivía dos pisos más arriba. Ella contaba treinta y seis años, y unas ganas impresionantes de follar. Sin poner trabas a nada. Para ella no existía agujero en su cuerpo que se le resistiera. «Los orificios los puso allí Dios para algo», decía la muy descarada; luego, soltaba una risa escandalosa y socarrona. El sexo era para la divorciada su *modus vivendi* para alcanzar la plenitud. «Vivirás más si follas más», le decía. Por eso Sergio aquella frase se la tomó al pie de la letra y aprendió a follar; no a hacer el amor, se negaba con rotundidad a esa cursilería, aquello quedaba relegado a las películas americanas en donde los gemidos de los protagonistas servían de acompañamiento a la banda sonora original para bordar la escena y que quedara perfecta. La aventura de la divorciada terminó cuando su familia se mudó de casa, que fue un año más tarde. A partir de ahí, conoció a otras muchas mujeres. Y Sergio tomó para sí la sugerente afirmación de la divorciada. Quería llegar a los cien años.

Al cabo de un tiempo, decidieron vivir juntos en aquel pequeño apartamento de las afueras. Livia había cumplido los dieciocho años y, pese a la negativa de sus padres, no pudieron hacer nada por impedirlo. El día de su marcha, Sergio fue a recogerla con el coche de segunda mano recién comprado la semana anterior. Se quedó abajo esperándola. Prefería guardar las distancias estando las cosas caldeadas como estaban. El padre bajó hecho una furia y se puso a discutir con Sergio que, engreído y presuntuoso como era, no consintió en escuchar ni un segundo más las protestas y le asestó un puñetazo en un instante de calentura que le partió la nariz. Ya tumbado, lo pateó con fuerza: en la cabeza, en el pecho, en el estómago. La sangre fluía de boca y oídos, formando un espeso charco en el asfalto. Acababa de reventarle los tímpanos a ese hijo de puta.

—¡Estás muerto, cabrón, como se te ocurra volver a acercarte a mí! —le gritaba, mientras cogía de la mano a su chica con la seguridad de un salvador de almas.

Salieron *cagando leches* de allí. Y ella nunca más volvió a saber de sus padres.

Al principio, Sergio y Livia creían amarse. Sobre todo Livia, que nunca lo dudó, aunque fuera un amor que bordeara la locura. En cambio, lo de Sergio era más bien un juego como tantos otros, pese a que creyera por propia irresponsabilidad inicial que iba en serio. Solo que ese juego de convivencias a diario podía convertirse en algo peligroso. La diversión iba cediendo paso al compromiso, a la regularidad de horarios, a la imposición de normas, día tras día, y eso a Sergio no le agradaba en absoluto, pues se encontraba con el hándicap añadido de que a partir de ahora ya no solo era él mismo de quien se debía ocupar, sino que había que contar con otra persona diferente. Y eso daba al traste con sus «otros planes», ya fueran mujeriegos ya de amigotes. Progresivamente, las atenciones de Sergio se fueron diluyendo como cubitos de hielo en un vaso de ginebra. La impetuosidad inicial se transformó en dejadez, luego en aburrimiento y, más tarde, en algo con tintes más escabrosos, pues la relación comenzó a tomar visos de vejación.

Sergio llegaba con desgana a casa. Otras noches ni llegaba. Livia, acurrucada en la cama, esperaba impaciente todas las noches, sufriendo en silencio, padeciendo la soledad. Lo quería, no podía evitarlo y aguantaba las inconveniencias de su relación contra viento y marea. Las discusiones comenzaban a ser moneda de cambio habitual. Y las peleas. Un día le pegó, y le puso el ojo izquierdo como una pelota de goma negra. Fue la gota que colmó el vaso, la que abrió la caja de los truenos. Porque, a partir de ahí, Sergio le perdió el respeto por completo. Las palizas se sucedieron en el tiempo y en el espacio, y se hicieron más frecuentes.

Un sábado por la noche apareció con otra mujer, llevaba la cara maquillada en exceso y dejaba en el aire un rastro plúmbeo a perfume de mercadillo. Vestía una camiseta roja con falda muy ajustada y corta. Parecía una prostituta, otra pobre víctima de las circunstancias como ella. Las obligó a acostarse juntas, mientras él miraba lujurioso. Iba borracho. Los instintos encendidos. Babeaba igual que un verraco cuando lo trasladan al potro de inseminación. La prostituta se colocó encima de ella. Comenzó a lamerle el cuerpo. Tenía la lengua reseca, áspera, con un leve olor agrio. Livia aguantaba estoica. Las lágrimas reflejaban la humillación en silencio. Sergio se masturbaba frenético, arriba y abajo, arriba y abajo, sin conseguir empalmarse del todo. A los veinte minutos, la mujer se levantó de la cama y se fue hasta él para chupársela. El muy imbécil fue incapaz de eyacular. Cuando se desesperó de que la chica bregara con su polla, la apartó de un manotazo, quitándosela de encima. Luego, le dio un billete. La puta se lo guardó en el sujetador y se marchó sin mediar palabra.

La relación entre ambos (si se podía llamar de algún modo a aquel infierno) se transformó en una forma de sumisión y esclavitud. Sergio hacía lo que le venía en gana, sin contemplaciones ni miramientos. Y ella se convirtió en una autómatas, en

una mujer de reflejos condicionados. Perdió el amor propio, incapaz siquiera de reflexionar o argumentar ideas coherentes. Dejó de cuidar su bonita figura, su bella cara, ¿para qué?... Si a ese monstruo al que irremisiblemente amaba o creía amar le daba igual. Pasaba hora tras hora encerrada en aquella cárcel de cuatro paredes y muebles desvencijados, tumbada en cualquier rincón, vegetando; condolida y quejosa casi siempre por las palizas propinadas. Solo quería que el tiempo transcurriese monótono, aburrido, eso por lo menos significaba que el monstruo andaba lejos. La suciedad comenzaba a hacer acto de presencia en la casa, arremolinándose por las esquinas, igual que las bolas de rastrojo salpican el desierto. En rigor, las habitaciones estaban hechas una pocilga. Y Livia no tenía ganas de nada. Por no tener, no tenía ni ganas de vivir.

Un sábado por la noche, Sergio trajo a tres desconocidos. Livia dormía en la alcoba del fondo. Se despertó nada más oír las voces irrumpir en casa, arrinconándose en un extremo de la cama, hecha un ovillo, con las sábanas a modo de escudo protector. Tenía miedo. O más bien pánico. O puro terror. ¿Qué más da?

La puerta tenía el pestillo colocado. La forcejearon. Al final, pegaron una patada y los goznes saltaron de la madera. Ella dio un alarido. Pidió ayuda. Pero daba lo mismo. En aquel barrio de mala muerte estaban acostumbrados a escándalos mayores. Otra pelea más en el vecindario. ¿Acaso le importaba a alguien?

Los hombres iban peor que cubas, de la borrachera que llevaban. Alientos pestilentes a tabaco y alcohol. Entre dos de los individuos la sujetaron con firmeza, haciendo inútil los intentos por escapar. Uno le tapó la boca para que dejara de chillar. Otro la agarró de los brazos. El tercero, un gordo repugnante, de barriga untuosa y blanda, se despojó de los pantalones vaqueros y los dejó tirados en el suelo. El cabrón llevaba colocados unos calzoncillos ajustados rojos con dibujitos de estrellas amarillas. Pensaría que así resultaba más atractivo. Tras aferrarla por las piernas, exclamó con obscenidad:

—La puta de tu mujer está hecha un bombón. Vaya tetas que tiene la condenada. Sí que merecía la pena venir —se relamió los labios de gusto—. ¡Y son solo para mí! ¡Solo para mí! ¡Para eso he ganado la mano!

Livia se alarmó más aún cuando oyó las palabras del energúmeno aquel. Constituían una aberración. Esa bestia atroz de compañero afectivo se la había jugado al póker. Sergio, para colmo, sumido en el mayor de los silencios, permanecía a los pies de la cama, sentado en una silla, que hacía las veces de perchero, indiferente, sereno, como si aquel asunto no fuera con él.

«Seguro que el cabrón disfruta mirando», pasó por su aterrada cabeza.

Quiso gritar y no pudo. Luego vendrían los otros dos a repartirse el pastel. La tenían bien trincada de las extremidades. Intentó zarandearse, escapar. Imposible. Optó finalmente por quedarse quieta y dejarse hacer, cuanto antes terminaran con aquellas embestidas cobardes, mejor. Antes concluiría la pesadilla.

Livia encendió un cigarrillo. El humo zigzagueaba hacia los focos instalados sobre la barra. Por instantes, la humareda pasaba de la tonalidad blanca a la amarilla hasta que lograba superar las luces, desdibujándose entonces en el techo en delicados filamentos.

—Por lo menos tiene un destino —dijo Livia señalando hacia arriba en referencia al humo desvanecido—. Nosotros ni eso. Es su forma de tocar el cielo.

Le ofreció el paquete de tabaco para que fumara. Alejo se colgó uno de la boca y le prendió fuego. Señaló los vasos vacíos al de la barba para que pusiera una nueva ronda.

—El mundo es cruel. Quizá demasiado —añadió Cavalier con la voz algo quebrada—. Pero si el hombre supiera adónde va tras su muerte, este juego no tendría gracia. Dejaría de ser un juego entonces —le dio un golpe al cigarrillo y un puñado de ceniza resbaló al suelo—. No se puede apostar siempre a caballo ganador.

—¿Y, entonces, todos los grandísimos hijos de perra que hay sueltos por ahí, qué? —preguntó irritada—. Creo que nos merecemos un cielo y un infierno. Que quien la haga la pague para los restos. ¡Eso es! ¡Ojo por ojo, diente por diente!

—Por desgracia no opino así. Si te mueres, te vas a tomar por culo. Lo único que cuenta son los gusanos que se ceban con tu carne, y luego adiós. Si te he visto no me acuerdo.

—Pues yo creo que Dios está ahí arriba observándonos con lupa. Y que nos pasará factura por cada una de las faltas cometidas —se calló unos segundos, meditando, con la copa entre las manos. Se estaba poniendo melancólica. Le cambió el tono de voz, se hizo más suave, como arrepentido—. Bueno, la verdad es que me gustaría creerlo. No hay nada malo en ello, ¿no es cierto?

—Claro que no, mujer. Cada uno es libre de pensar lo que le venga en gana. Porque nadie tiene ni *pajotera* idea acerca de Dios.

Tras aquellas palabras, Livia pareció alterarse, agitándose nerviosa en el taburete, como si hubiera recordado algo importante y le hubiera venido de pronto a la mente. Se incorporó con brusquedad del asiento.

—Si no te importa, discúlpame un momento, voy al baño.

Alejo asintió con la cabeza, sin mostrar extrañeza alguna por aquella precipitación tan repentina.

La chica se dirigió al aseo y de su bolso extrajo una pequeña cajita de alpaca. En el interior había una cucharilla y una navaja en miniatura. Con una meticulosidad cercana a la perfección, se preparó una raya de coca que ocupaba todo lo largo del espejito que había en la cara interna del estuche. Cada vez que se ponía triste, necesitaba meterse un tiro de cocaína por la nariz. No podía remediarlo. Era su vicio

oculto. Más que eso: un objeto de veneración. La única alegría que aún le quedaba en el mundo.

La única.

En una de las escasas salidas que realizaba del claustrofóbico apartamento decidió comprar en el mercado de abastos. Llevaba colocadas unas gafas oscuras de montura exagerada, que le circundaban gran parte de la cara, disimulando así los moratones del ojo izquierdo y la zona superior de la mejilla.

Sentía temor cada vez que bajaba a la calle, se había acostumbrado a permanecer escondida en el agujero, aislada entre las cuatro paredes de su habitación, sin ver más gente que su propia presencia frente al espejo. Salir al exterior era como salir a otro planeta.

Le acecharon vagos recuerdos de sus amigas. Y de sus padres. Vivencias de cuando era una cría. Todas escenas gratas y divertidas. Qué bien que lo había pasado. Livia, una chica alegre y simpática, y en cierta manera alocada e infantil. Cómo echaba de menos todo aquello. Pese a que no había transcurrido mucho tiempo desde su marcha, veía aquel mundo tan distante, tan lejano, tan imposible, que se difuminaba como vapor de agua.

En rigor, ya no era la misma, ni mucho menos. Había cambiado por completo, situándose a años luz de su anterior forma de vida y de ser. Aunque en el fondo, aún quisiera aferrarse al melancólico pasado y pensar que no era así. Pero ya era demasiado tarde. Y si no ahí quedaba el ejemplo de lo que le sucedió en la anterior incursión que llevó a cabo al exterior (era su manera de definir el salir a pasear o ver qué se cocía en el mundo), cuando se cruzó con una antigua amiga. Se llamaba Julia. Venía en dirección contraria, por la misma acera. Fue imposible evitarla, la vio cuando estaba a cinco metros de ella. Livia se sintió indecisa, avergonzada. ¿Qué pasaría ahora? Se cruzaron las miradas. No había duda alguna: se reconocieron. Su amiga, sin embargo, hizo un gesto inconsciente de contrariedad, de fastidio. Torció la cabeza a un lado, evitándola, como si Livia fuera una apestada que contagiara el virus desde la distancia. Experimentó odio y abochornamiento al mismo tiempo. Después de tantas ofensas recibidas, de tantas humillaciones, solo le faltaba que los demás la trataran con desprecio. Se dio la vuelta. Estuvo a punto de injuriarla. Se contuvo. No quería, encima, tener que darle la razón a aquella zorra.

Entró en un puesto de verdura. Se quedó mirando unos tomates. La alimentación de las semanas últimas había sido desastrosa. Una auténtica porquería. Sergio portaba a duras penas por casa (y cuando lo hacía tocaba paliza, como la del día de antes). Y ella no se sentía con ganas de comer. Estaba adelgazando con una rapidez extrema. Se lo notaba sobre todo al colocarse los viejos vestidos, que le quedaban demasiado holgados de pecho y cintura. A ese ritmo tendría que comprarse trapos nuevos. ¿De dónde sacaría el dinero? Tendría que aprovechar para cuando el hijo de puta llegara

borracho y se quedara *sobado* y medio inconsciente en la cama; entonces tendría ocasión de cogerle algo de pasta. A la mañana siguiente ni se acordaría.

Cogió un tomate y lo apretó suavemente con la mano; los prefería de tacto firme, que no estuviesen muy maduros. Pensó en hacerse una ensalada. Algo ligero y refrescante que entrara suave en el estómago.

—Yo de ti escogería estos de aquí —se oyó tras sus espaldas.

Livia se dio la vuelta sorprendida. Quien se había dirigido a ella era una mujer joven, de unos treinta y pocos años, muy atractiva. Mostraba una sonrisa abierta, amigable.

—Disculpa mi atrevimiento. Pero creo que esos que ibas a coger no tienen calidad suficiente. Prueba esos de la otra caja.

—Gracias. Te lo agradezco —añadió cohibida por el hecho de que una persona ajena a su mundo se hubiese dirigido a ella, mostrando un mínimo de interés por lo que hacía. Es más, le resultó tan extraño que su respiración se volvió agitada. Tanteó nerviosa los tomates que le había indicado. Parecían mejores, cierto. Cogió unos cuantos y los echó en la bolsa. Se los tendió a la mujer del puesto para que los pesara.

—¿Eh? ¿Pero qué veo? Ese pómulo tiene muy mal aspecto —la mujer la miraba con cordialidad, al tiempo que mantenía un tono de voz melodioso, igual que si se estuviera dirigiendo a un pariente querido. Livia, en un acto involuntario, se cubrió la mejilla con los dedos. Le dolió al hacer presión y soltó un lamento. En otras circunstancias, quizá hubiese salido por la puerta asustada, huyendo, pero aquella vez no, era diferente, como si se conocieran de tiempo atrás. Le resultaba agradable de veras—. Te tienes que haber hecho mucho daño en la caída. ¿No es cierto?

—¡Oh, claro que sí! —mintió de pronto—. Me resbalé en la bañera. Y Menos mal que la cosa quedó ahí. Pude haberme roto la cabeza.

—En el fondo tuviste suerte —la mujer hablaba sin romper la armonía de la escena. No había exabrupto ni precipitación en las maneras de comportarse que pudieran ahuyentar a Livia—. ¡Ah, perdona! Todavía no nos hemos presentado, qué despiste el mío. Me llamo Raquel. ¿Y tú? ¿Puedo saber tu nombre, si no es mucha indiscreción?

—Soy Carmela —Livia todavía usaba su antiguo nombre. Lo cambiaría más adelante cuando, en un libro de novela histórica, el cual no terminó nunca de leer, lo vio y decidió hacerlo suyo.

—Carmela... Carmela... qué buena sonoridad posee, ¿no? —Raquel iba elegantemente vestida con un traje oscuro ceñido que insinuaba una bonita figura. A eso había que añadirle una melena rizada, castaña; una mirada afilada e intensa; una nariz pequeña y unos labios gruesos y carnosos que a ojos de extraños se convertían en sensuales y apetecibles—. Qué te parece si tomamos un café juntas y me cuentas más cosas sobre ti.

Se sentaron en una soleada plaza, donde confluían numerosas cafeterías y bares de la ciudad, cerca del mercado de abastos, bajo una sombrilla de tonos verdes

relajantes. La temperatura era primaveral, casi pecaminosa. Al acomodarse en los asientos provocaron la mirada de varios hombres que estaban en mesas próximas. Raquel se dio cuenta enseguida, estaba acostumbrada a ese tipo de miradas.

—Quizá pueda parecerme una osadía el haberme dirigido a ti con tanta desfachatez, pero es que al verte de espaldas creí por un instante que eras una chica a la que conocí hace algún tiempo y de la que no tenía noticias. Por eso me acerqué con tanta decisión. Luego, al ver que estaba equivocada, decidí de todas maneras darte mi modesto consejo sobre los tomates, que, dicho sea de paso, no tenían buen aspecto. Soy una persona a la que le gusta con locura las verduras y hortalizas y eso me animó a decírtelo.

Raquel tenía una saludable verborrea, además de poseer otras cualidades muy ventajosas: belleza, educación, don de gentes. Livia, sin embargo, prefería no hablar, pero no porque no tuviera ganas, sino porque no sabía realmente qué decir, ni cómo expresarse. Se veía tan insignificante, tan poca cosa comparada con Raquel... Además, ¿qué podría decirle?... ¿Que tenía un novio que la maltrataba y la humillaba, y dejaba que unos desconocidos la violasen sin el menor resquicio de humanidad? ¿Que siempre estaba encerrada y que ya no tenía amigos? ¿Que había perdido totalmente la dignidad como individuo?

¿Le diría eso?

Su existencia estaba vacía, hueca; convertida en una especie de túnel oscuro que se adentraba en la más terrible de las miserias.

No obstante, la personalidad de Raquel le infundía una creciente confianza, nunca experimentada hasta entonces. Sin saber bien los motivos, se sentía extrañamente protegida, cobijada con aquella mujer. Hasta el punto que esa radiante mañana fue abriéndose su corazón, igual que el azul del cielo se abría, inmaculado de nubes, sobre sus cabezas, desapareciendo ese recelo primario que la mantenía atemorizada las veinticuatro horas del día, impidiéndole comunicarse con los demás. Por fin se rompió aquella coraza inflexible que la atrapaba. Y en poco rato terminó por confesarle a Raquel muchas de las humillantes vivencias de los últimos meses: los golpes, los improperios, las degradaciones a las que fue sometida. Livia se confesó como quien se confiesa ante un sacerdote: con la necesidad de recibir la absolución. Y lo más curioso fue que, conforme más en profundidad hablaba y más detalles escabrosos proporcionaba, más desahogada se sentía, más liberada al fin de los fantasmas internos, y de los miedos, y de las frustraciones que venía arrastrando en las últimas fechas. Hacía mucho tiempo, mucho quizá, que no hablaba con nadie como lo estaba haciendo ahora.

Raquel, con esa confianza insólita que parecía emanar por los poros de la piel, le dijo que no volviera a casa, que ella tenía un lugar donde refugiarse y estar segura.

Livia aceptó, sin detenerse a pensar un instante en futuras consecuencias. Sus ilusiones estaban rotas y nada podía perder ya.

—Y si lo deseas te puedo dar un trabajo —terminó por decirle.

—¡No me digas! ¿Y qué clase de trabajo es?

—Tiempo al tiempo, Carmela. Te lo explicaré más adelante, en cuanto te instales en tu nuevo hogar —Livia se alegró mucho al oír esas esperanzadoras palabras, aunque un oscuro destello atisbó en la mirada de Raquel que la hizo alarmarse breves segundos. Luego, dejó de darle importancia, y volvió a relajarse, emocionada de su futura situación, que prometía ser interesante. Se abría una puerta al optimismo. La suerte por fin iba a cambiar para ella.

Livia se sonó varias veces seguidas. La sensación de adormecimiento de la nariz y el labio superior la entusiasmaba, le provocaba un vivaz cosquilleo que se deslizaba por el pecho hasta asentarse en el estómago. Sacó un lápiz de ojos y se los pintó ligeramente, luego aplicó colorete sobre las mejillas. Los aseos del Escorpión eran amplios, limpios, iluminados, proclives a entretenerse un tiempo con el maquillaje. Después, se lanzó un beso en el espejo. Había un alacrán rojo con el aguijón a punto de picar grabado en la esquina de la derecha. «Te lo mereces todo, nena. Eres la más grande», dijo dándose ánimos, al tiempo que se lanzaba un guiño provocador.

La coca la ponía a cien. La hacía encontrarse más atractiva, interesante y ocurrente con los clientes. Todo un cóctel de explosividad para poder trabajar con mejor pie. O por lo menos eso creía ella. Porque solo así podía tener luego la sangre fría suficiente para acostarse con los tipos que la rondaban en las esquinas de las calles o los bares. Tenía que mantenerse viva de alguna manera en ese océano de mezquindades, de usuras, de infamias. Los hombres, en su totalidad, eran unos puercos mentirosos. Ninguno se escapaba, ni el más educado en apariencia. Y había que hacer de tripas corazón, y poner buena cara al mal tiempo, actuando contra ellos con sus mismas armas: las del engaño y la falsedad. Con todos operaba así, con idéntica filosofía barata e hipócrita, desde el fulano más repugnante al guaperas narcisista que las conquista a todas, o al feo que se cree con derecho a todo por el mero hecho de pagar, o al viejo rijoso que solo utiliza la boca, incapaz de enhebrar otras armas. La calle la había aleccionado bien, constituía una buena escuela y, gracias a ello, conocía los diferentes estereotipos masculinos que enredaban la fauna social, empleándose con todos ellos de la misma manera: gimiendo simuladamente en cada cópula, estremeciéndose hasta la saciedad. Si la vida era una mentira, ella iba a convertirse en la más mentirosa del mundo, con el único objetivo de ganar dinero y continuar enganchada en la coca.

«Conmigo se ha corrido dos veces. Y no ha fingido... En serio, tío. A esa puta le ha gustado lo que le he hecho», decían muchos de los clientes, recién acabados de follársela. Qué infelices, ¿no es cierto? La mayoría de hombres piensa que son magníficos, que su aparato es fulminante, irresistible, una máquina de hacer gozar a las mujeres. Qué mejor receta que esa para satisfacer su ego, cuando la realidad es otra: pura degradación. Pero los billetes son los billetes, y la vida no está para ir con remilgos, que piensen lo que quieran o lo más conveniente, mucho mejor para ella. Livia ya no era la pajarita infeliz de antes, la niña ingenua e inexperta que no había roto un plato. Se tuvo que endurecer a costa de recibir palos y más palos. Estaba cansada de que se aprovecharan de ella infinidad de veces.

Si bien, de cuando en cuando, muy de cuando en cuando, se cruzaba con alguien

que merecía la pena, alguien que tenía cosas que ofrecer o que decir. Personas interesantes, a veces enigmáticas, que ayudaban a una a expandirse interiormente. Gentes que llevaban el conocimiento sin saberlo. Que eran libros de la vida, relatos abiertos que estaban aún por descifrar o comprender. Como Alejo Cavalier, que sin decir nada, decía mucho. Y eso la animaba un poco. Cosas así eran las que le ayudaban a seguir en el desagradecido camino de la existencia.

Y es que Livia, en lo más íntimo de su alma, quería que el mundo fuese mejor, lo deseaba infinitamente.

Pero el mundo era una pocilga.

Examinó a Alejo mientras regresaba a la mesa. Sujetaba el vaso con devoción, sin desprenderse de él un segundo. «Ese es su objeto de adoración, igual que el mío es la coca», pensó irónica. Echaba humo por la boca como una vieja locomotora, con la mirada perdida a un lado de la barra, meditabundo, pensativo. ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿Por qué no le quería contar nada sobre su vida? Ella, que conseguía normalmente que los hombres tomaran pronto confianza y le contaran sus contrariedades, tanto cotidianas como personales, penetrando en su círculo íntimo, casi de corrido. Este sin embargo no quería hablar. Guardaba con gran celo sus problemas para él mismo. ¿Qué le habría ocurrido?

Le apeteció de pronto retomar la breve conversación que habían dejado colgada con anterioridad. Temas de los que muy rara vez solía hablar, puesto que no tenía oportunidad. Y el caso es que le gustaba hablar de ello, le preocupaba el destino, o mejor dicho: su destino. Era tan desalentador, que alguna vez tenía que mejorar o... ¿es que esto iba a ser siempre así? «La vida no puede ser tan cutre, tan deprimente y hueca. Tiene que haber algo más. Y si no es que Dios es un cabronazo hijo de puta por permitir todas estas desgracias, por lo menos la mías».

Livia se arrepintió por el insulto. «Si existe me castigará», pensó. En realidad, le preocupaba su mundo, y no el de los demás. Era una egoísta, como lo había sido Alejo. A los demás que los partiera un rayo.

Raquel la llevó a un extraño y recóndito lugar. Un lugar que resultaría sospechoso para cualquiera que tuviese los pies en la tierra. Pero para Livia no fue así, no preguntó nada al principio. Quizá se debiera al entusiasmo que suponía el cambio drástico de su situación, tan novedoso y emocionante al principio, como la causa principal de que no percibiera ningún detalle anómalo.

Sin duda, si se hubiera detenido a reflexionar por unos instantes, hubiera intuido algo. Lo que planteaba ser una simple casa, tenía más posibilidades de parecer una fortaleza carcelaria que otra cosa, puesto que el recinto estaba blindado por un cerco de hormigón de varios metros de altura en el que destacaba una puerta de recia madera, con un ventanuco de barrotes cruzados por el que se podía asomar la cabeza. Atravesaron el portalón, penetrando en un corredor transversal que lo separaba de una

vivienda de tres pisos de altura. Había dos entradas. Raquel y Livia se adentraron en la más alejada y subieron al piso superior.

La habitación era espaciosa, confortable, con las paredes revestidas de madera hasta los techos, sobre los que colgaban varios cuadros con imágenes de cuerpos desnudos. Había también grabados orientales con hombres y mujeres en diferentes posturas sexuales o lamiéndose el sexo. Sobre la cama había un espejo cuadrangular. Y, anexo al dormitorio, un gran cuarto de baño con bañera redonda de hidromasaje y amplios ventanales por los que penetraba la luz del sol.

—Bueno, tú dirás. ¿Qué te parece la habitación? —preguntó Raquel, sin darle mayor importancia al decorado.

Livia se quedó en una esquina petrificada, pues ahora sí que comenzó a plantearse interrogantes. La decoración era demasiado alusiva al respecto. Raquel la había llevado a un lugar de citas, a un lupanar, a una maldita casa de putas. El nombre daba lo mismo. La había engañado. Se puso a llorar de pronto, incapaz de gesticular una palabra.

—Pero bueno... ¿Qué te pasa?... ¿Por qué lloras de esa manera?... ¡Anda! Estate tranquila, tonta. Aquí no se te va a obligar a nada que tú no quieras. Te he traído hasta aquí para proporcionarte alojamiento y cobijo. Nada más. No tienes por qué preocuparte. Estás en buenas manos.

El poder de convicción de Raquel pudo con la desconfianza inicial de Livia. Y esta, aunque sentía en el fondo un poso oscuro de temor, se engañó a sí misma, convenciéndose de que aquel sitio era mejor que estar en compañía del monstruo de Sergio.

Se quedó a solas en lo que parecía iba a ser su futuro hogar por un tiempo, sentada en los pies de la cama. Rompió de nuevo en aparatoso llanto. Eso consiguió tranquilizarla un poco. En el rincón de la esquina había una estantería con un único volumen. Se acercó hasta él. Su título: *Yo, Claudio*. Comenzó a hojearlo. Sería la novela inacabada por Livia, la que nunca terminó de leer. Le pareció demasiado confusa por la cantidad de personajes que aparecían en la historia. Pero una cosa sí sacó en claro: el nuevo nombre. «A partir de ahora me llamaré Livia. Carmela ha muerto para siempre».

Permaneció encerrada en aquella habitación mucho tiempo, tanto que perdió la noción de los días y las noches. Raquel iba a visitarla todos los días a la hora del desayuno, la comida y la cena. Ella misma le llevaba la bandeja con los alimentos, que resultaban ser siempre de su gusto. Livia pronto comenzó a ganar peso. No tenía otra cosa mejor que hacer. Raquel, además, se empeñó en curarle ese ojo hinchado. Le compró una pomada especial que ella le aplicaba personalmente.

—¿A que ahora te duele menos, corazón? —le preguntaba en tono afectivo.

La razón por la que debía mantenerse recluida, según Raquel, era porque Sergio la estaba buscando. Y si daba con ella podría ser bastante perjudicial para su integridad física. Los ratos en que Raquel le hacía compañía hablaban de cantidad de

cosas. Ella era el único contacto que mantenía con la civilización (salía de un encierro para meterse en otro. El destino siempre da las mismas vueltas de rosca cuando se trata de la misma persona). Aun así merecía la pena, por lo menos podía hablar con alguien, contarle cosas, desahogarse. Y eso Raquel lo sabía hacer muy bien, ella era una excelente oyente y una no menos conversadora. Le explicó en qué consistía ese lugar. Era ciertamente un lugar de citas. No tenía por qué ocultarlo.

A través de la ventana enrejada, Livia veía pasar a chicas jóvenes por el corredor de abajo. Se introducían en la otra entrada, que conducía a una barra americana, de la misma manera que si vinieran de un patio de colegio y se incorporaran a las clases. El alborozo que producían en el trasiego de un lugar a otro era ensordecedor, hablaban en voz alta, unas veces eran chillidos y otras risas estruendosas y procaces. No entendía casi nada de lo que decían, por el acento dedujo que la mayoría eran brasileñas.

—Yo no hago nada malo, Livia (Raquel la llamaba ya por su nuevo nombre). Solamente les proporciono un trabajo. Ellas en su país se mueren de hambre. Y aquí ganan dinero, mucho dinero. Al menos le pueden enviar una parte a sus familias para que vivan mejor —Livia asintió con la cabeza, convencida, encima de todo, de que cumplía con una buena labor, labor altruista y desinteresada. Raquel se sacó una papelina del bolsillo, la abrió y echó el contenido sobre la mesa de cristal—. Mira lo que te he traído —dijo señalando el contenido, cortándolo meticulosa con una tarjeta de crédito—. Por si quieres un poco: Es coca. Pruébala. Te quitará el aburrimiento de tantas horas de encierro, y te hará ver las cosas desde una perspectiva mejor. Ya verás lo mágico que te resulta. Hazme caso y no seas tonta, te hará sentir bien. Esto es el mejor invento del mundo.

Livia accedió sin trabas de ningún tipo. Era increíble la facilidad con la que se dejaba manejar por esa mujer. Parecía estar embrujada, poseída por su misteriosa personalidad, como ya le sucediera con Sergio. Hay cosas que no cambian. Los errores se suceden, atrapados en los mismos corredores y salidas de un laberinto endemoniado denominado existencia.

Aquel día, al aceptar de buena gana la coca, conoció su perdición. Y lo que empezó como un juego divertido y alegre, un reírse entre ellas de forma amigable e incondicional, se transformó en una transacción comercial y especulativa. Creía que se lo estaban regalando todo, que era un acto de buena fe. Pero no, Livia estaba muy equivocada. Raquel le pasaría factura más adelante. Todo eso costaba dinero, mucho, y debía pagarlo de algún modo. ¡Pobre desgraciada! Tenía que empezar a trabajar. Y no sabía hacer nada.

Cogió dos sillas y las colocó formando ángulo de noventa grados entre ellas. Llamó a Alejo para que se sentaran en la mesa donde había llevado a cabo la determinación geométrica. Era maniática en algunos aspectos y cada cosa debía estar en el lugar adecuado. A otros les daba por no pisar las rayas de las baldosas. Sonaba un tema de John Coltrane: *Locomotion*. Livia no quiso encender el foco de luz que gravitaba del cable nacido en el techo. Tendrían una mayor intimidad. Su gran obsesión era sentirse protegida, amparada, mimetizada otras veces, pasar inadvertida cuando lo deseara. Por eso dejó en paz el foco perturbador. Alejo trastabilló al acercarse hasta la mesa. Sabía aguantar el alcohol, habituado a consumirlo en exceso, pero en esta ocasión comenzaba a surtir más efecto de la cuenta. Cuando logró sentarse, Livia le acarició la mano. Alejo la miró con los ojos entornados y brillantes.

—No deberías meterte esa mierda por la nariz. Algún día tus neuronas terminarán por estallar. Eso si antes no te arruina el bolsillo.

Se sintió sorprendida por las palabras de Alejo. Debió de observar algún gesto anómalo en ella que le hiciera sospechar de su adicción a la cocaína.

—Y tú me hablas de que deje esto. Tú que te estás matando con tanta bebida. No te entiendo en absoluto. Tienes los ademanes de un hombre seguro de sí mismo, sin embargo te comportas como un suicida, como un individuo al que ya nada parece importarle.

Alejo entrecerró aún más los patéticos ojos y lanzó una sonrisa áspera al aire. Parecía estar midiendo sus próximas palabras.

—Hay una diferencia muy simple entre los dos —comenzó a decir con lentitud, arrastrando la lengua en cada sílaba—, pero que nos distancia todo un abismo. Tú eres aún una persona joven y te queda mucho por recorrer, por hacer, por luchar. Otra cosa muy distinta es que luego pelees por lo tuyo o, en cambio, no quieras hacer nada —Cavalier le dio una intensa calada al cigarrillo que sujetaba entre los dedos. Livia se quedó mirando la brasa incandescente—. Yo, sin embargo, aunque no soy ni mucho menos un viejo, sí que me siento viejo: viejo de dolor, de sufrimiento, de hastío. Porque estoy desengañado de la vida, decepcionado y, sobre todo, cansado. Y, ¿por qué? te preguntarás. Es muy sencillo Livia, todo en esta puta existencia es sencillo, aunque *a priori* pueda parecer complicado. Cuando una persona ha vivido todo lo que quería vivir, y ha logrado lo que quería alcanzar, y ha cumplido las metas que se había propuesto realizar; cuando una persona ha luchado hasta la saciedad, y al fin, ha creído encontrar la felicidad, tocarla, agarrarla con fuerza entre sus manos, y, de repente, todo eso le es arrebatado y arrancado de raíz, perdiéndose en una décima de segundo lo que constituía su mundo, su universo, su verdadero paraíso... —se interrumpió para carraspear, debido a que su tono de voz, cada vez más elevado,

denotaba una tremenda angustia. Los recuerdos estaban a flor de piel—. Cuando eso te sucede, solo te queda un deseo, Livia: morir. Morir como sea, a toda costa. Porque el hombre se queda vacío, y esa vacuidad ingrata, que genera angustia, es imposible de extraer, por mucho que uno dé coletazos de rabia o de inconformismo. Y esa cólera al final se enfría, y queda un sedimento estancado, una esencia de puro sufrimiento que siempre te acompaña. Por eso ya no lucho. Mi contienda ha terminado. Solo me queda esperar a que llegue la muerte. Ella se convertirá en mi mejor aliada.

Livia no se movió un milímetro de su asiento, escuchaba con atención, absorta. Las palabras de ese hombre reverberaban en sus oídos, desprendían una inmensurable amargura. Y Livia sufrió por ella misma, por el camino que aún no había recorrido. Al menos, él parecía haber conocido el éxito, la fortuna, la felicidad, aunque somera y efímera. ¿Pero ella, qué había logrado en su vida? ¿Qué le quedaba por hacer? Estaba en el primer peldaño de la escalinata. Ni siquiera había comenzado a ascender. Y dudaba de que lo consiguiese. Siempre dudaba. Se sentía derrotada desde el principio.

Livia entró en la coca con la misma naturalidad que se echa una meada, se come, se bebe o se caga. Meterse polvillo intranasal se había convertido en un acto fisiológico más. Quizá fuese la necesidad de autoengaño ante tantas situaciones ingratas con las que se tropezó, o quizá por la creencia errónea de conseguir una vida mejor, de alcanzar un cielo en la tierra lo que aceleró el proceso de enganche. Raquel, que era una zorra curtida en batallas, que se las sabía todas, le fue proporcionando las dosis necesarias, aprovechando sus particulares charlas en la habitación, para que se sintiera más aligerada de mente y abierta de carácter, más espléndida y generosa. De esta manera, Livia esperaba ansiosa la llegada de su amiga y le contaba en muchas ocasiones intimidades que serían difíciles de contar en circunstancias normales y corrientes.

La factura pendiente fue incrementándose hasta cantidades exorbitantes. En eso tuvo mucho que ver Raquel, desde luego, y trató de convencerla de que debía ponerse a trabajar en la prostitución si quería saldar la deuda contraída. No había otra salida.

—No seas tonta. Se ganan grandes sumas de dinero en un corto período de tiempo. Tú misma, una vez que hayas pagado, decidirás cuándo irte. Pero seguro que deseas quedarte, cariño. Ninguna quiere abandonar este lugar; a todas les resulta al final cómodo y agradable. ¿No ves que resulta un trabajo fácil? Todas hemos hecho lo mismo y, mira por dónde, después de tanto tiempo, aquí me tienes, trabajando aún y ganando una buena pasta.

Así fue como se vio envuelta por los suburbios marginales del sexo. Y comenzó a trabajar en su lujoso cuarto, puesto que, de momento, no le permitían las salidas de la habitación.

—El hombre para el que trabajas, que es un buen hombre, y el que te proporciona estos costosos caprichos, todavía no confía en ti, le debes mucho dinero al negocio. Y más de una ha intentado irse sin costearse sus gastos... Que aquí todas son muy listas... Y eso no está bien. Además, ese novio tuyo te sigue buscando. Y quién sabe si un día no aparece por aquí e intenta de nuevo hacerte daño.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió entre la duda y la curiosidad.

—Pues el dueño de todo esto. ¡Quién iba a ser si no! Aunque él nunca viene por aquí, tiene cosas más importantes que hacer, otras actividades de mayor envergadura. Yo soy la que está a cargo de todo, la responsable inmediata de que el negocio vaya bien —dijo muy segura, mientras le preparaba una raya a Livia—. Poner en marcha este negocio costó mucho esfuerzo, además de una fortuna, y hay que amortizarlo. Pero descuida, aquí el dinero sobra, hay para todos en cantidades universales.

En sus inicios, los hombres subían a la habitación. La mayoría tenían una edad que rondaba entre los treinta y los cincuenta años. Todos gente de empresa, individuos pudientes, con buenos recursos económicos, que se desmarcaban de vez en cuando de sus familias para echar un polvo lo más relajado y tranquilo posible.

Livia no tenía idea de lo que cobraba por el servicio, Raquel no se lo dijo nunca, pero debía cotizarse cara por los comentarios que hacían los clientes. «Con lo que me has costado debes de montártelo de miedo». Ella era la única chica blanca del club, además de ser una preciosidad. Raquel, sabedora del tesoro que poseía, la tenía apartada a buen recaudo. Constituía un servicio especial de la casa. Y Livia se esforzaba, como buena alumna que era, por hacerlo bien, independientemente del asco que sentía por dentro. Solo así podría salir de ese lugar lo antes posible. Había que pagar la deuda y de paso marcharse con unos buenos ahorros en el bolsillo.

Muchas veces, cuando estaba trabajándose a un cliente, ambos recostados en la cama, en la bañera o acomodados en cualquier otro lugar de su grato apartamento, cerraba los ojos y pensaba en los buenos momentos que había pasado con Sergio, aquellos instantes que, aunque fugaces en el tiempo, había disfrutado de verdad, cuando todavía el amor y el sexo se entrecruzaban y daban la mano. Livia entonces se dejaba llevar por aquellos recuerdos repletos de carne y lujuria, actuando con sus clientes de igual manera. Sabía ponerlos a cien durante esas representaciones. Era su técnica secreta.

De manera gradual, la clientela se fue haciendo más numerosa. La publicidad de sus trabajos bien hechos corría de unos a otros: «En el Status hay una perita en dulce que se lo hace de miedo».

El Status. Así se llamaba el lugar donde trabajaba.

Viendo Raquel que la chica ponía de su parte, trabajaba bien y dejaba bastante complacida a la clientela, se fue ganando la confianza de la *madona* hasta el punto de permitirle el traslado a la zona de abajo, lugar en el que se ubicaba la barra americana.

No obstante, seguía sin poder salir del puticlub. No se lo permitían. Y Livia

empezaba a desesperarse. ¿Por qué no la dejaban salir? ¿Hasta cuándo continuaría esa situación? Las dudas se multiplicaban con cada día que pasaba. Comenzó a sospechar que aquel encierro iba más allá de la simple protección y del propio asunto de negocio. Aún no había visto un euro. Siempre la misma historia de que debía dinero. Si bien Livia se metía bastante por la nariz, ella sabía que las ganancias de su trabajo rebasaban con creces el desembolso económico que había de efectuar por el consumo de cocaína. ¿Dónde estaba entonces el dinero que le pertenecía? ¿Cuándo se lo darían? ¿Y si estaba secuestrada o, peor aún, era una especie de esclava en los tiempos actuales?

Las aparentes buenas palabras e intenciones de Raquel ya no terminaban de convencer a Livia. Era evidente que aquella situación resultaba ser una gran farsa, por lo que debía de urdir con rapidez un plan para poder escapar. Allí estaba prisionera y no saldría mientras interesara al negocio y, por desgracia, sus curvas sensuales eran objeto de gran interés por parte de este. La primera idea que se le ocurrió fue la de decírselo a alguno de los asiduos que la visitaban, pero pronto descartó esa solución, sería cometer un grave error. Ninguno de aquellos tipos se metería en complicaciones. En el fondo eran todos demasiado pusilánimes como para querer ayudarla. Al Status iban a echar un polvo, a olvidarse de las preocupaciones del trabajo, de los problemas y asuntos del día a día, y no a involucrarse en lo que podía resultar un tema muy delicado. ¡Ellos!, honrados padres de familia que nada tenían que ver con el corrompido mundo de los bajos instintos. ¡Pobres desgraciados! Ellos, que se creían al margen de esa miseria que es la prostitución, eran todavía peor que ella por utilizarla. «Ojalá sus esposas les pusieran unos grandes cuernos. Se lo merecían por puteros y por cobardes».

Tras darle muchas vueltas a la cabeza, decidió que la solución para escapar de allí se la tenía que proporcionar alguien que tuviera una ocupación dentro del mismo club de alterne, una persona de mucha confianza y peso en la empresa, que dispusiera de las llaves del portalón principal y, por supuesto, que fuera un hombre. Descartó a los camareros: no tenían autoridad suficiente; eran simples empleados, sin voz ni voto. ¿Quién podía ayudarla entonces? ¿Quién?

—¡Bingo! —exclamó Livia de pronto, embargada por la emoción—. ¡Ya lo tengo! —añadió. ¡Qué tonta había sido! ¡Cómo no había caído antes! El elegido sería Carlos, el encargado de la seguridad del club y lugarteniente de Raquel las escasas veces que ella se ausentaba. Él tenía las llaves de todas las dependencias y podría sacarla de allí. Pero antes tendría que engatusarlo muy bien. Seguro que a Carlos le pagaban bastante dinero por hacer su cometido. Se trataba de la típica persona que, en apariencia, jamás se involucraría en asuntos de faldas con las chicas del local. Livia, al menos, no lo había visto con nadie de allí ni escuchar de su boca algún comentario grosero sobre alguna de ellas.

Carlos dormía normalmente fuera de las instalaciones, salvo algún que otro día, que se había quedado allí por circunstancias diversas. Era joven y soltero. Y no estaba

mal. Por lo menos no era el típico hijo de la gran puta que actuaba con prepotencia y altivez por el solo hecho de pagar con visa oro y creerse con derecho a cualquier cosa. Ese sería su nuevo objetivo.

Alejo tenía los ojos emborronados de lágrimas; espejos enturbiados, producto del llanto contenido, del sufrimiento, de las alucinaciones, del alcohol. Le pareció de pronto ver la cara de Victoria, su mujer, asomar por la puerta del Escorpión y levantar la mano enviándole un cariñoso saludo: «Susana está bien. No te preocupes por nosotras, estamos a salvo y en buenas manos. Te queremos».

Se frotó los ojos y volvió a mirar. La imagen había desaparecido.

Pero, por un momento, fue tan real...

Todo esto ocurría en silencio, un silencio desangelado, anodino. Un solo de saxo rompió la fría soledad del ambiente. Livia lo miraba. Él estaba ausente, a miles de kilómetros de allí, perdido en las sombras del recuerdo. El camarero continuaba fregando vasos, imperturbable, los revisaba bien y de nuevo les pasaba el trapo, luego los colgaba en ganchos que pendían a un metro de altura en el aparador de la barra. Lo hacía con un automatismo digno de la mejor tecnología asiática.

A Livia le hubiera gustado infundirle ánimos, aunque se sentía incapaz, torpe. Para ella, representaba, a pesar del aspecto desaliñado, un ser todavía fuerte, y justamente la fortaleza que manifestaba aquel hombre era la causante de hacerle desear la muerte, de buscarla sin descanso. Él por lo menos sabía lo que quería con una certidumbre digna de elogio. Había sido capaz de alcanzar la lucidez al saber que la balanza de su vida estaba desequilibrada hacia el lado de la adversidad. Podría haber elegido otros caminos. Pero no los quiso. Otros no pueden elegir. Livia decidió romper el mutismo de alguna manera. No sabía cómo. Así que comenzó a hablar de lo primero que se le vino a la mente.

—¿Sabes una cosa, Alejo? A veces sueño que estoy en una playa desierta, rodeada de agua y arena hasta donde me alcanza la vista. Y me tumbo junto a la orilla, y el mar me acaricia y refresca. Y entonces mi cabeza arrincona todos mis pensamientos, se queda en blanco y me olvido de que existo. Y mi cuerpo entra a formar parte de la naturaleza. Me convierto en agua, en arena, en piedrecilla, en espuma de mar. Pierdo el uso de la razón. Soy parte de la tierra. El universo y yo. Yo y el universo —Livia se lo contaba como si en realidad lo sintiera, como si estuviese hecha de cualquier cosa menos de carne, hueso, nervios y tendones—. Te preguntarás seguramente a qué viene que te cuente esto: pues porque a veces me gustaría ser un objeto inerte, sin vida, una partícula que no fuera consciente del entorno. ¿Y para qué? Para no depender de nadie ni de nada. Desde bien pequeña hasta hoy siempre he dependido de alguien: de mi madre, de mi padre, de mis amigos, de la embaucadora de Raquel y, sobre todo, de Sergio, mi gran amor. ¡Ah, disculpa! No te he hablado aún de ellos... tal vez lo haga en otro momento —añadió tratando de justificarse. Se pasó la mano por la frente para quitarse el sudor, los nervios le estaban jugando una

mala pasada—. Quiero ser libre, Alejo. Y lo peor es que no puedo. No soy capaz. O no sé. Me gustaría tener carácter, capacidad de decisión, de reacción, pero me es imposible. Es una cuestión que no me deja tranquila y me agobia, odio el estar siempre a expensas de otra persona. ¿Sabes lo que es que te cuenten mentiras, y lo sepas, y aún así te dejes manejar? ¿O no saber decir no? ¿Te imaginas, corazón, lo malo que puede llegar a ser todo eso? —El pulso le temblaba. Se sacó otro cigarrillo y se lo llevó a los labios. El anterior todavía humeaba en el cenicero de latón—. Es un terrible castigo depender de lo que te diga el compañero que en ese momento está a tu lado, porque no sabes lo que hacer ni cómo actuar, estás limitada y eso te hace vacilar aún más. Y siempre espero al día siguiente, y me digo que todo va a cambiar. Pero el día siguiente es igual al anterior. Y así un día tras otro. Y lo único cierto que me queda al cabo del tiempo es que soy una puta buscavidas que se acuesta con quien puede para sobrevivir, y que se mete rayas de coca para liberarse de la infructuosa realidad. Eso es lo único cierto que me queda.

Se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva para descomprimir aquella válvula orgánica que le incomodaba en exceso.

—Livia... Mi joven Livia. No soy ningún baluarte de ejemplaridad ni tampoco el más indicado para darte consejos. Un borracho alcohólico como yo —Alejo acarició dulcemente el rostro de Livia, todo un gesto conmovedor, lleno de ternura—. Pero te diré algo que quizá pueda servirte como consejo. Seguro que han debido de ser muchas las decepciones que has encontrado, a todos nos ha pasado en un determinado momento, pero no por ello debes adoptar una postura fácil y desear por tanto evadirte de la realidad. Eso sería lo más cómodo. No, no debes hacer eso, hazme caso. Enfrentate a la vida de una vez por todas, no le temas a nada, imponte ante los demás, trátalos de tú a tú, porque si no vivirás siempre con el miedo pegado al culo, y esa es una mala compañía, pues no te dejará vivir ni hoy ni mañana ni nunca. Eres aún joven y maleable, y puedes cambiar. Estás a tiempo, Livia.

¿Enfrentarse a la vida? ¿Ella?

Una vez lo hizo: cuando planeó huir del Status. Pero más que un enfrentamiento fue una artimaña, una jugada engañosa, en cierto modo cobarde por aprovecharse de Carlos de mala manera. ¿Qué podía hacer? Era cuestión de supervivencia. Aunque, bien pensado, por qué sentir pena de Carlos. Tampoco él había hecho nada por ayudarla, aun a sabiendas de que estaba allí encerrada.

Livia se consideraba una persona medianamente bondadosa. Y eso no era verdad, estaba equivocada. Esa bondad que creía poseer era en realidad debilidad de carácter, conveniencia, comodidad y mínimo esfuerzo ante circunstancias adversas. Livia funcionaba como puta porque ni más ni menos le resultaba fácil vivir así. Ella hacía bien su papel y punto. Los clientes pagaban y no hacían preguntas. Se limitaban a dejarse hacer, luego follaban y, finalmente, pagaban avergonzados (aunque ese sentimiento de culpa durara milésimas de segundo, pero todos se arrepentían en su fuero más interno), cabizbajos, con ganas de marcharse, como arrepentidos por haber

cometido una falta grave. Probablemente muchos recordaran a sus esposas e hijos instantes después de la breve eyaculación, o tuvieran la vergonzosa sensación de que sus familias estaban en la puerta de la calle esperando a que saliesen. Otros saldrían con el sentimiento oculto de haber cogido una enfermedad venérea o lo que era peor: el Sida. Y se marchaban con la idea de no aparecer nunca más. Pero siempre regresaban. Siempre. Cuando les picaba de nuevo la polla. Es como el drogadicto que vuelve a necesitar su dosis.

A Livia le resultaba paradójico esos hechos en sí mismos, pero la vida es un juego con casillas blancas y negras, de números pares o impares. Habían sido muchas las personas que habían abusado de ella, que se habían aprovechado, pero, si se paraba a pensar un instante, también Livia había realizado su propio juego, el que más le convenía. La vida era un juego entre unos y otros, una serie sucesiva de jugadas a la ruleta. Por un lado estaban los ganadores y por otro los perdedores. Triunfadores y vencidos. Conquistadores y conquistados. Esos eran los resultados, últimos y definitivos.

Se dedicó a vigilar los pasos de Carlos, a seguirlo con la mirada. Se fijó en sus maneras, sus costumbres, su forma de actuar, de ser, de hablar. Carlos era su pasaporte hacia la libertad y no se le podía escapar. Ni se le ocurrió siquiera mencionarle a Raquel particularidad alguna sobre la personalidad de Carlos o preguntarle cualquier detalle de este. Era demasiado lista y en seguida sospecharía algo. Tenía que enterarse de los pormenores ella sola, sin ayuda de nadie, mediante una detenida y elaborada observación.

Carlos apenas se relacionaba con la gente del Status, parecía poco hablador; pero no por antipatía o estupidez, sino porque era así de reservado. Con quien sí se veía a menudo era con Raquel. Se reunían todas las semanas. Muchas veces los veía subir a un saloncito situado en el piso de arriba. Igual estaban enrollados. Pero lo dudaba. Esos líos siempre terminan por descubrirse y esos dos parecían tomarse el negocio muy en serio.

Carlos y Livia mantenían poco contacto, prácticamente el único que llevaban a cabo era cuando ella se trasladaba de la habitación a la barra americana. Eran breves instantes, de solo unos segundos de duración. Alguna vez, de manera muy esporádica, Carlos había entrado en el local donde estaban las mujeres, y se había puesto a hablar con alguno de los camareros; pedía una cerveza sin alcohol y se daba la vuelta, dando la espalda a las chicas. Quizá lo hiciera por no poner a prueba su instinto más primario y caer en la tentación. Porque, desde luego, él sabía que podía tirarse a quien quisiera con solo proponérselo, tenía potestad suficiente para hacerlo y a las chicas seguro que no les amargaba un dulce con alguien de semejantes características.

Livia desplegó todo el potencial, usando para ello las mejores armas: su físico, su

mirada y su buen hacer. Aun así lo tendría complicado. Aquel hombre, que se mantenía a la expectativa tras la ventanilla de la puerta principal, dejando pasar a quien le viniera en gana (no todo el mundo podía entrar en el Status, el ambiente requería ser un sujeto selecto y poco conflictivo. «Reservado el derecho de admisión», se podía leer en un cartel junto a la entrada). Era un tipo demasiado sensato y cumplidor, que no se dignaba a mirarla un instante, sin darle una mínima oportunidad siquiera. Ella mantenía la vista fija en él cada vez que entraba en el local, deseando mostrarle su sonrisa más seductora y atrayente. ¡Imposible! ¡No había manera! Carlos parecía ignorarla por completo, como si no existiese. Tras varias tentativas infructuosas comenzó a desesperarse. Tomó entonces la decisión de que había que entrarle de manera directa a ese hombre, ganárselo como fuera.

Una noche que Livia estaba de faena en la barra americana, se le ocurrió la idea de sentirse indispuesta, mareada, con ganas de vomitar. Le pidió permiso a Raquel para salir a tomar el aire en el corredor. Raquel se lo dio, ligeramente molesta. Livia estaba con un cliente de los importantes, poseedor de una empresa de exportación que manejaba mucho dinero. El sujeto se enfadó en un principio. Tenía que follarse ese joven y delicado cuerpo ahora que se había tomado varias copas e iba caliente. Pero pronto se olvidó de ella, ya que Raquel, atenta y hábil de reflejos, le preparó un numerito con dos *brasileiras* que tenían un cuerpo de volverse loco. «Estás en todo, Raquel. Qué sería del Status sin ti», le dijo satisfecho mientras sus ojos se disparaban hacia los protuberantes traseros que se movían ya en dirección a las habitaciones. Raquel dio un suspiro de satisfacción por haber contentado al ricachón y hacerle olvidar el incidente.

—Espero que sea la última vez que te ocurre una cosa así. Si te encuentras mal que sea fuera del horario de trabajo, ¿me oyes bien? ¡Y si no tendrás que joderte y aguantar! Esta noche no has hecho caja. Pero ¿qué demonios te ocurre hoy? Estás tonta perdida. Si continúas así, no saldrás en la vida del Status. ¿Cómo vas a pagar la *púa* que debes? —dijo enrabiada, llena de cólera. Raquel cuando se enfadaba se convertía en una mujer de cuidado, muy peligrosa. Debía andarse con cautela. Ella había visto cómo abofeteaba a alguna de las brasileñas cuando intentaban quedarse con dinero extra de servicios que, *a priori*, no estaban concertados con los clientes y lo proporcionaban secretamente en la intimidad de los dormitorios. Pero tarde o temprano, Raquel terminaba por enterarse. Las chicas a la más mínima rencilla se solían vengar entre ellas hablando claro por esa boca. Era la fórmula más sencilla para hacerse daño.

Livia, muy sumisa, le pidió disculpas y se marchó afuera. Eran las dos de la madrugada y pocos clientes vendrían ya. La hora de cierre se producía a las dos y media. En el portal quiso encenderse un cigarrillo. El mechero, ¡qué casualidad!, no funcionaba; solo saltaban infructuosas chispas del pedernal. La luz en el corredor era demasiado tenue para verle la cara a Carlos, que se mostraba de perfil mirando hacia otro lugar.

—¡Eh, Carlos! —lo llamó de lejos, sin levantar en exceso la voz, como no queriendo molestar—. ¿Puedes darme fuego? Mi encendedor se ha quedado sin una gota de gas —añadió muy correcta.

—¿Sí? —preguntó desconcertado, como si aquellas palabras que sonaban en la oscuridad de la noche no fuesen con él—. Pero ¿quién es? —continuaba aturdido, sin saber de quién se trataba. Se dio la vuelta y se dirigió despacio hacia ella, intentando reconocerla—. ¡Ah, eres tú, Livia! —dijo dándose un golpecito en la cabeza para entrar en razón—. Perdona, es que a veces estoy demasiado ensimismado, ¿sabes?

—Digo que si llevas fuego. Mi encendedor no funciona.

—Claro que sí —dijo con cortesía mientras sacaba el mechero del bolsillo de la chaqueta.

Nunca había mantenido una conversación de más de tres palabras con Carlos. Aquella era la primera vez y no resultó desagradable, en absoluto, como pensó en un principio; y no por nada, sino porque temía que reaccionara con tirantez, rompiendo el tono de cordialidad, que era fundamental mantener para que sus planes evasivos no se fueran al traste. Los nervios de Livia se apaciguaron. Había dado el paso más difícil y la cosa no parecía ir del todo mal.

—Hace una noche realmente bonita, ¿no te parece? —dijo Livia, al tiempo que exhalaba humo por la boca. No sabía qué decir, y se le vino esa frase hecha a la cabeza. «Que estúpida soy. Lo voy a estropear todo», pensó para sus adentros. Carlos levantó los hombros sin decir palabra—. Algunos dicen que eres un antipático, pero yo sé que no es verdad, que están equivocados —quiso tragarse las palabras que se le habían venido a la lengua sin quererlo. «Ahora sí que la he cagado hasta el fondo. No volverá a dirigirme la palabra y se marchará a su puesto».

—¿Antipático?... Sí, es posible que pueda parecerlo. Soy algo tímido, y eso hace que parezca un presuntuoso cuando no se me conoce bien. A la gente no le gusta hablar conmigo por ese motivo —Carlos dijo todo aquello como si tal cosa, sin molestarse para nada por el comentario de Livia; al contrario, parecía estar agradecido de que se lo hubiera dicho con sinceridad. Lanzó una sonrisa amistosa.

«Parece que ha tragado el anzuelo», se dijo Livia. Carlos sería un tímido; sí claro... pero un tímido *hijoputa* cuando sabía que la mantenían recluida desde meses atrás y no había movido un dedo por evitarlo. «Tú estás en el ajo como todos los que trabajan aquí. Y no les importo una mierda a ninguno». ¿Cuántas chicas habrían pasado por aquella misma situación antes que ella? ¿Y qué habría sido de ellas? Una sombra oscureció su pensamiento. Temió de forma inconsciente por su vida. Rápidamente lo desechó, lo apartó a un lado y recobró la serenidad de golpe, se estaba jugando mucho en ese momento y no podía fallar.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó Livia, preocupada en ser amable y que sus verdaderas intenciones no se conocieran.

—No gracias. Siempre llevo fuego en el bolsillo, pero no fumo, nunca he fumado, es un mal hábito que debes dejar —añadió con un deje de inocencia.

A Livia le extrañó que, después de tanto estudiarlo días atrás, de tantas cavilaciones sobre su persona y sus maneras, al final se viera sorprendida por la poca complicación que se estaba presentando. Aquel tipo estaba resultando demasiado crédulo y fácil de ganar. ¿Y si fuera una treta de Carlos? Pero ¿por qué diantre iba a serlo? Y, ¿para qué? Si solamente le había pedido fuego. No podía sospechar nada el muy *julandrón*.

—Haces bien en no fumar. Si yo pudiera hacer lo mismo lo dejaría cuanto antes.

—Solo es cuestión de voluntad.

Alargaron la conversación unos minutos más, hasta que fue interrumpida por Raquel, que había ido en su busca. En ese corto espacio de tiempo no hablaron de nada interesante, las típicas formalidades que se dicen para pasar el rato y poco más. Pero lo importante es que se había producido un primer acercamiento, fundamental para los planes de Livia.

A partir de aquel encuentro nocturno, se ganó una pequeña parte de su confianza. Carlos, por lo menos, sabía que Livia existía, que no era una más del montón, que tenía un nombre y que era diferente a las otras chicas. Así, cuando Livia se dirigía del dormitorio a la barra para realizar su trabajo, las miradas de ambos se cruzaban buscando el saludo, la sonrisa amable. Livia descubrió en el tono de voz de Carlos, en la fugaz forma de saludarse, que había algo más que simpatía, llámese afecto, cariño o buenas vibraciones. Además, por esas fechas, la suerte la acompañó, pues la fortuna quiso que Raquel se marchara una semana de viaje por temas de negocio, seguramente para traerse una nueva remesa de chicas. Y Carlos, por lo tanto, tendría que quedarse a dormir allí.

En cuanto Carlos se quedó a cargo del Status, Livia sintió una mayor proximidad afectiva por su parte, un nexo de unión prendido en el aire. Ambos se hablaban con la mirada. Se desfogaban con la pasión contenida de lo que todavía era simple pensamiento, fantasía y sensualidad. Livia había perdido el miedo, rotas las barreras represivas impuestas por la bruja de Raquel, y tuvo la absoluta convicción de que Carlos era una presa cazada. Solo era cuestión de espera y de disimulada provocación.

Una noche, al fin, terminó por presentarse en la habitación. Llamó primeramente a la puerta, esperó unos segundos, educadamente, y luego abrió con la llave. Carlos se sentía tan confiado que no echó siquiera el cerrojo una vez dentro. Livia había sido precavida y unos días antes le había comentado a Carlos que no podía dormir, que se desvelaba cada dos por tres de madrugada y le resultaba imposible conciliar el sueño, dando vueltas en la cama sin cesar. Ni mil palabras más. Esa misma tarde, Carlos le proporcionó una caja de cierto medicamento que la ayudaría a dormir, un ansiolítico de rápido efecto. Livia siempre tenía preparadas varias cápsulas disueltas con un poquito de agua en uno de los vasos de bebida. A diario cambiaba el brebaje y volvía a repetir la mezcla, esperando la inevitable visita de él.

Lo primero que hizo cuando lo vio aparecer fue besarle con una pasión desatada,

había que dar la impresión de que los días de instintos contenidos llegaban a su fin. Luego, fue a preparar una copa, la que le proporcionaría la salvaguardia. Se dirigió al minibar, cogió el vaso que contenía el brebaje y lo mezcló con una cerveza, la única bebida que soportaba Carlos fuera del horario de trabajo. Ella se preparó un dedo de JB sin hielo y una quilométrica raya de coca que colocó encima del cristal de la mesa. Quería estar despejada para poder actuar con claridad. Le ofreció un poco. Carlos negó con la cabeza; le pegó un gran trago a la cerveza y le dio una breve disertación sobre los efectos nocivos de la cocaína en el sistema nervioso central. Ella le dijo que lo hacía porque se encontraba sola y sin ayuda de nadie, pero que ahora que estaba él, se veía con fuerzas de dejarlo.

Carlos la agarró por la cintura, la elevó del suelo con suma ligereza y la besó. Las lenguas se encontraron, batiéndose en una especie de pulso de fuerza, entrelazándose como serpientes apareadas, gozosas por estar unidas. Ese tío sabía besar, pero Livia no estaba receptiva, no en ese momento. Su mente solo pensaba en escapar de aquella prisión en la que llevaba meses sin salir. Lo único que quería ahora era que ese tipo se desmoronara de sueño.

«Ojalá le hagan pronto efecto», pensó esperanzada.

La llevó hasta la cama, pero una vez allí, se limitó a abrazarla y quedarse apoyada sobre su pecho. Carlos parecía desinflarse por momentos. El ímpetu del futuro revolcón disminuía gradualmente.

—En mi vida me he sentido tan bien, Livia. No tengo ganas de nada. Solo me apetece estar abrazado a ti —le aseguró. Y no era para menos. Las cinco cápsulas comenzaban a ser absorbidas por las paredes del estómago, surtiendo los resultados apetecidos.

Ella le acariciaba el pelo, le masajeaba paciente la cabeza, con la seguridad de que no tardaría mucho en quedarse dormido.

—Deja que te quite la ropa. Estarás más cómodo, cariño —insinuó, mientras se incorporaba sobre la cama y le desabotonaba la camisa—. Me encanta el pecho musculoso que tienes; se nota que eres un hombre fuerte y haces ejercicio, ¿eh? —asintió con un leve y lejano susurro. Sus horas de gimnasio le habían costado y estaba orgulloso por ello. Livia Comenzó a frotárselo muy despacio—. ¿Estás tranquilo, verdad? ¿Te sientes relajado? Pues prepárate que te voy a dar un masaje espectacular, como nunca has probado otro.

Antes de comenzar, se fue al extremo de la cama y le quitó el pantalón. Con disimulo tanteó el bolsillo al colocarlo sobre el sillón. Ahí estaban el resto de las llaves. Carlos se dio la vuelta. Murmuró varias palabras, apenas imperceptibles al oído de ella. A los pocos segundos comenzó a oírse un suave ronquido. Livia miró al cielo, agradecida. Todo marchaba según sus planes. Esperó un cuarto de hora para estar segura de que Carlos iba entrando en un profundo sopor, del cual no despertaría. Lo miraba y remiraba de pie junto a la cama por si acaso abría un ojo. Pero no. No iba a despertar. Cada vez aumentaba más la duración de los ronquidos, se hacían más

cavernosos, guturales. Le pasó la mano por el rostro. No se inmutó. Seguidamente, se acercó hasta el pantalón y buscó las llaves. Parecían estar deseando que las recogiera. Tanto tiempo esperando este momento. Las tanteó con alegría, orgullosa de su victoria. No estaba soñando, ni mucho menos. La escena era real. Livia agarraba las llaves nerviosa, temía perderlas o que se le cayeran y no las encontrara. Eran su pasaporte para un viaje que estaba a punto de iniciar, de descubrir.

Miró por última vez el rostro de Carlos, que permanecía imperturbable sobre la cama, roncando con la boca entreabierta, apoyada sobre el almohadón. Del otro bolsillo sacó un fajo de billetes. Los que nunca le habían dado y que se los merecía de sobra. Carlos resultó ser tan imbécil que llevaba la caja de ese día en el pantalón. «Exceso de confianza», pensó. «Que te jodan».

—¡Y a ti también Raquel: que te jodan! ¡Que os jodan a los dos! ¡Que os pudráis de por vida en este asqueroso agujero! ¡Yo me voy! —Acabó de decir con saña y rencor.

Y Livia salió por la puerta del gran portalón igual que un caballo desbocado. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda justo al atravesar la barrera fronteriza que la separaba del exterior, como si a última hora fuera a sonar una alarma que daba aviso de fuga, o alguien fuese a retenerla del brazo, impidiéndole marchar. Miró hacia atrás atemorizada y vio que estaba sola. Dejó la puerta abierta a conciencia, por si alguien más quería escapar de esa cueva de los horrores. Y salió corriendo. Agitada. Nunca más volvería allí, se juró a si misma.

—¡Que os den por el culo, cabrones!

Una vez libre no quiso acudir a la policía y poner una denuncia. ¿Para qué? El mundo era de los señores influyentes, muchos de los cuales se habían revolcado con ella en algún momento de sus vidas y a buen seguro hasta le habrían contado sus problemas más íntimos. La *pasma* no le haría el menor caso. Y encima, se reirían de ella. Estaba claro: era solo una puta solitaria. Pero, al fin y al cabo, una puta libre.

A la sazón, vagó de ciudad en ciudad, dando bandazos de un lado para otro, rodando de bar en bar, de hotel en hotel, de hombre en hombre. Quería ser independiente, autónoma. Aunque ella sabía que no podía ser así, porque en el fondo dependía de cualquier extraño que mostrase firmeza de carácter y mano ligera. Era una mujer débil, se achicaba enseguida y terminaba por ahogarse en su propia resignación. Cuando ya no podía aguantar más, y la convivencia con su pareja se hacía insoportable, volvía a escaparse como una fugitiva, la única forma de verse liberada durante un corto período de tiempo hasta que caía cautiva en las redes de otro nuevo pependenciero.

Pero, al margen de esas historias con sus adorados hombres, chuloputas, mantenidos o como se quieran nombrar, lo cierto es que Livia realizaba con destreza su ardoroso trabajo, sacándose una buena pasta. Era evidente que no le iba a faltar dinero para vicios ni tampoco para caprichos. El comercio de la carne, si tenías un buen cuerpo, como era su caso, proporcionaba bastante desahogo en cuestión

monetaria. Y así, cuando llegaba a una nueva ciudad, alquilaba casa, y lo primero que hacía era contactar con el camello de turno para que le pasara coca de buena calidad. Luego, una vez resuelto el pequeño escollo de la droga, venían las citas con los clientes, que las realizaba en la misma casa alquilada, previa concertación telefónica, siempre y cuando Livia diera su particular visto bueno. El tono de voz por teléfono y la forma de hablar decían mucho de la persona que estaba al otro lado de la línea. Un sexto sentido la acompañaba en esos casos y no se solía equivocar a la hora de ahuyentar problemas.

Al cabo, se dio cuenta de que su vida tristemente era un ciclo cerrado, que se repetía de forma irremisible: nueva ciudad, nuevos clientes, nuevo hombre, sometimiento temporal por su parte, sentimiento de temor, asfixia psicológica, nueva evasión; consciente de que su existencia se perdía en infinitas vueltas de circunferencia, siempre pasando por los mismos puntos, siempre tropezando con los mismos obstáculos, convertida en una desgraciada.

«Quizá», pensó, «solo aquellos que descarrilan de una vez por todas y consiguen salir del círculo, bien por valentía, bien por accidente o bien porque están hartos de todo, se vean de pronto inmersos en un mundo diferente, que no habían advertido antes. Porque cuando se ha cruzado la barrera de los miedos y las represiones, esa que impedía ver, oír o tocar la realidad de las cosas, uno termina por descubrir las grandes miserias del ser humano o las grandezas, depende de los monstruos que cada cual lleve dentro. Cielo o infierno. Pero para que algo así ocurra, el paso a dar puede resultar excesivamente costoso. Tanto, como el pago de la infelicidad más absoluta o de la propia muerte». Y Livia no estaba dispuesta a llegar a esos extremos. No tenía valor suficiente. Ni siquiera estaba preparada para ello.

Livia se encontraba ahora en ese estado de abatimiento hasta que se topó con Cantina Blanca. Llevaba un mes escaso en el lugar. Conocía todos los lugares más frecuentados del pueblo, excepto el Escorpión. Era la primera vez que iba a ese tugurio. Todavía estaba sin compañía masculina. Y ahora, al conocer a Alejo, parecía haber terminado la pesadilla. Se sentía abrigada, unida a aquel dichoso borracho de tez cetrina y ojos entrecerrados azules, al que la vida no le importaba en absoluto.

La puerta del bar emitió un chirrido al abrirse de forma precipitada. Bajo el vano apareció la figura de un hombre grandullón. Se sacudía el agua de la chaqueta con el dorso de la mano. Iba embutido en un traje azul marino de dimensiones enormes debido a la voluminosa envergadura del tipo. Llevaba la corbata descolgada y fuera de lugar. Las gotas de lluvia, absorbidas por la tela delgada, se marcaban en el traje como disparos de escopeta. Emitió un saludo tibio y cortés mientras se dirigía a la mesa que había a un metro escaso de donde estaban Livia y Alejo.

Tenía el rostro regordete y resultaba gracioso, como si acabara de contar un chiste; con un flequillo pegado a la frente que lo hacía más cómico aún y un carcomido en la mejilla que se introducía irregularmente entre la carne formando un agujero crateriforme. Los ojos caídos le daban aspecto de perro bonachón. Solo le faltaba sacar la lengua y jadear. Sus gestos eran escurridizos. Miraba sin cesar hacia la puerta, como si huyera de algo o de alguien. Pidió un ponche. Despacio, le dio un sorbo. Al cabo de unos minutos, pareció tranquilizarse. Dejó de mirar la salida del local y les envió una tímida sonrisa a los dos.

Livia le devolvió el saludo con mucho agrado. Hacía su trabajo. Y aunque no pensaba de momento ocuparse de esos menesteres, prefería tener el terreno abonado. «Nunca se sabe». Pensó en ir al aseo a meterse otra raya. La coca de Cantina Blanca era de buena calidad, se la había pasado un tipo joven que trabajaba en un taller mecánico. Esa coca la ponía muy *espitosa*. El mecánico sabía cuidar a sus clientes vendiendo cosita buena, y si la *pasma* no se lo impedía antes, a buen seguro que se haría rico y podría montar el taller que le diera la gana.

Alejo levantó el brazo y mandó un brindis al gordo.

—A su salud, amigo. ¿Por qué no viene a sentarse con nosotros? Esto está muy abandonado.

—¿De... de... verdad que no les im... impooorta? —preguntó con voz renqueante y tartajosa.

—Pues claro que no, hombre.

Se sentó junto a Livia y Alejo. Parpadeaba nervioso, abría y cerraba los ojos muy rápido. El individuo huía la mirada directa y ladeaba la cabeza a derecha e izquierda. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se secó el sudor de la frente, dándose ligeros golpecitos.

Se llamaba Isidro González. Tenía veintitrés años. Estaba de paso en Cantina Blanca e iba en busca de su mujer.

ISIDRO GONZÁLEZ

1

Se sentía extraño por estar acompañado de dos personas a las cuales acababa de conocer, pero lo que aún le resultaba más chocante era que había aceptado con total naturalidad, sin sonrojarse apenas, como si tal cosa. Sin embargo, aquella intrépida seguridad se transformó en algo efímero, puesto que a continuación comenzó a turbarse gradualmente, pasando del naranja butano al rojo intenso como tantas otras veces le ocurriera. Pero esta vez, según creía Isidro, con mucha razón: aquella atractiva chica que tenía enfrente no dejaba de acosarlo con los ojos. Sería por lo elegante del traje, imaginó. Ese día llevaba puesta su mejor vestimenta. Pensaba visitar a su adorada esposa para intentar llevar a cabo una nueva reconciliación. Se habían enfadado dos días atrás y ella se había marchado a casa de su madre. Al parecer esta vez era definitiva, según su mujer. Pero a mitad de camino empezó a caerle aquel aluvión veraniego, imposible para una correcta y segura conducción, de modo que tuvo que adentrarse en ese pueblucho perdido y aventurarse entre sus calles, sin saber exactamente por qué y para qué, hasta que en una vía perdida de no sabía dónde ni cómo, vio el cartel luminoso del Escorpión encenderse y apagarse en la profundidad del callejón y decidió cobijarse allí mismo mientras durase la tormenta. Había que hacer tiempo de alguna manera hasta que amainara. Lo malo era que casi con toda seguridad tendría que hacer noche en algún hotelucho de mala muerte. ¡Qué iba a pensar su mujer! Isidro le había dejado un mensaje en el contestador diciéndole que iba para allá sin perder un segundo de demora, con el deseo expreso de hacer las paces. «Ahora no querrá regresar conmigo. Estoy seguro». ¡Con lo que amaba a su mujer! Se quedaría solo, y eso Isidro no lo deseaba por nada del mundo. ¡Vaya suplicio! ¡Eso sí que no! «Le diré que me arrepiento de todo corazón, aunque tenga que ponerme de rodillas e implorar al cielo». Manda cojones, el origen de la discusión: Todo por un arranque de genio. El único en toda su vida, la primera vez que le había ocurrido algo semejante. Pero claro, había sucedido con el odioso de su cuñado, el hermanito preferido (y único) de su esposa, y eso Braulia no se lo perdonaría nunca. Demasiado grave el asunto. La gota que colmó el vaso. Pero resulta que Isidro estaba cansado de aguantar a ese energúmeno de cuñado, a ese bruto cejijunto y apopléjico mental, carente de un gramo de materia gris, que lo único que hacía era reírse de él a todas horas, ridiculizándolo sin parar. Ganas tenía que se muriera ese cafre que le tenía amargada la existencia. Hasta que antes de ayer, Isidro, llevado por la ira, rompió en un ataque de rabia compulsiva y comenzó a correrlo a palos con el bastón que fuera de su padre. Le pegó uno tras otro, sin darle tiempo a reaccionar. Esa inconsciente paliza era la causante de haber provocado la separación espacio-temporal del matrimonio González. Y ahora Isidro se veía en la necesidad de intentar aunar su matrimonio, de recomponerlo de nuevo, pero lo tenía muy difícil y

complicado. Casi imposible. Su querida Braulia no quería hablar con él. Nunca se ponía al teléfono y las pocas veces que lo cogía le colgaba nada más iniciar la conversación, sin mostrarle ningún respeto.

Bien pensado, tampoco era para tanto la tunda que le había propinado a ese trozo de carne con ojos, a esa rata inmunda de cloaca que tenía por cuñado. Porque la verdad, no había llegado a romperle ningún hueso, solo le había ocasionado moratones y magulladuras diversas en espalda, brazos y piernas, acudiendo al hospital simplemente para una revisión convencional. Las lesiones no revestían mayor gravedad. Eso sí, en cuanto salieron de allí, fueron directos a poner la correspondiente denuncia a comisaría. Y los dos hermanos, igual que una pareja recién avenida, se marcharon a casa de mamá. El cuñado, por cierto, vivía con ellos, mantenido por su dinero, el que Isidro llevaba todos los meses a casa con su esfuerzo y trabajo.

A Isidro nunca le había acompañado la fortuna, el pobre siempre tuvo mala suerte desde pequeño. Y estaba convencido de que se debía a su personalidad tímida, oscura e impenetrable, y a ese físico tan desproporcionado y voluminoso que le caracterizaba. Y es que a Isidro nadie lo tomaba en serio.

Isidro González era hijo único. Sus padres lo engendraron siendo ya algo mayores: su madre tenía cuarenta y cuatro años por aquel entonces, y su padre cuarenta y ocho. Fue un nacimiento inesperado, ya que después de tantísimos años de infecundidad manifiesta, la posibilidad de un neonato había sido descartada. Así que cuando a su madre no le llegó ese mes la menstruación, pensó simplemente que había sobrevenido la menopausia. Pero con el devenir de los meses, la barriga fue tomando cuerpo y volumen, por lo que el médico tuvo que certificar, no sin gran perplejidad y asombro, que aquella mujer de edad avanzada estaba en estado de buena esperanza, y que no se trataba de un cuadro de hidropesía, como sospechaba en un principio el cuerpo facultativo.

Nació Isidro un veinticinco de Diciembre, a las dieciocho horas y veintisiete minutos. El regocijo por parte de Maruja y Genaro no podía ser mayor, rebosaban satisfacción por todos los poros de la piel. Fue un parto algo complicado, más que complicado lento de llevarse a cabo, dada la edad de la paciente. Se tuvieron que utilizar fórceps para su extracción, como si Isidro se negara a salir del interior de aquella cálida barriga que le proporcionaba una gran protección. El mismo cobijo que luego le suministrarían sus padres hasta la saciedad, malcriándolo y consintiéndole todo lo que necesitaba. Ambos defectos hicieron que, con el transcurrir del tiempo, se convirtiera en un ser abúlico, apático, carente de decisión y bastante apocado.

Lo de su gordura se debía a la fijación de sus padres por la comida. Isidro tenía que comer hasta reventar, solo así iba a ser un muchacho sano y fuertote. De manera que las papillas, los zumos, los potitos, las comidas trituradas, las galletas, el

bizcocho, los flanes, los trozos de pan se los tenía que comer sin protestar. Pero lo mejor de todo era que Isidro no se quejaba, comía y comía sin parar. Y a veces prefería ahogarse, y ponerse de un intenso color morado, a verse en la necesidad de detener la masticación.

Acabado de cumplir el año, Isidro comenzó a dar sus primeros pasos. Sus piernas se mostraban firmes y decididas para mantener el equilibrio de aquella aglomeración de kilos que se acolchonaban en muslos, pantorrillas, bajo vientre y brazos.

El primer incidente grave se produjo al poco de que comenzara a caminar. Genaro, que tenía una expendeduría de tabaco, acudió al recibimiento de su hijo en cuanto lo vio aparecer acompañado de su madre. Para ello salió de detrás del mostrador con los brazos levantados, alzándolo en el aire, rebosante de orgullo, como si fuera la única criatura en el mundo capaz de realizar la proeza de moverse sobre dos piernas. «¡Este es mi hijo!», gritaba lleno de alegría. Y Maruja los miraba con eufórica satisfacción. Genaro, en un exceso de confianza, lo soltó para que fuera en carrerilla hasta su madre, pero Isidro se desvió repentina y trágicamente, cambiando la trayectoria de dirección hacia a la luna de cristal del estanco, rompiéndola en pedazos, con la desgracia de que uno de los fragmentos le rebanó un trozo de mejilla, lo que le dejaría una severa cicatriz. A consecuencia del susto, el corazón de Maruja comenzó a debilitarse y sentó las bases de una arritmia ventricular que la dejaría imposibilitada para los excesos físicos. Pero lo importante era que el niño había sobrevivido y que el mal no había sido mayor. Eso era lo importante.

A los veinticuatro meses vinieron las primeras palabras, los intentos de frasecitas hechas con dos o más vocablos, independientes de los sonidos guturales que Isidro profería con una voz que, para lo pequeño que era el crío, parecían de ultratumba. Pero había una cosa que no terminaba de encajar bien, una anomalía que los padres detectaron enseguida, y era que las palabras se hacían eternas en boca de su hijito, inacabables en su pronunciación. La tartamudez que siempre lo acompañaría se hacía evidente.

—Estás de paso, ¿no es así? —dijo Alejo en tono irónico, para luego añadir—: Aquí todo el mundo parece estar de camino hacia otro lugar. Esto es un purgatorio más que un pueblo.

—Shhí... Sí..., estoy de... paso, pero no po... por gusto —contestó Isidro, aferrándose con fuerza al vaso de ponche, a punto de triturarlo con sus gruesas manazas de carne.

—Claro que no, amigo. Las cosas no se hacen por gusto, se hacen porque hay que hacerlas y nada más —repuso Alejo.

—Es... eso me digo yo. Pe... pero no... no... mee vale ni me consu... suela.

Isidro estaba a punto de desmoronarse. Y todo por la angustia de verse sin la compañía de su mujer, abandonado en un pueblo desconocido, absolutamente solo. Un nudo en la garganta le sobrevino de repente, los ojos se cubrieron de lágrimas. Vio a Alejo y Livia pendientes de él. Y terminó al final por romper en llanto. No logró evitarlo. Un riachuelo de lágrimas corría por las mejillas, algunas se introducían en el cráter accidentado, formando una piscina diminuta para bañistas diminutos.

—Lo... lo siento. De ve... veras que lo sieento. Qui... quizá pueda pa... parecer un niño, pe... pero es... que mi mu... mujer me ha a... abandonado y... no puedo re... remediar la tristeza —Isidro emitía entre frase y frase, sonoros sollozos. La cara se le puso completamente encarnada. Livia sacó un *Kleenex* y se lo tendió para que se secara. Isidro se sonó la nariz, dando un estrepitoso resoplido y luego se lo llevó a los ojos para limpiárselos.

—Venga hombre, no llores más. Las cosas no suelen ser como a uno le gustarían, pero ya verás como todo se soluciona y tu mujer vuelve contigo en cuanto hables con ella. ¡Y por Dios! No llores más, que a mí también se me está poniendo un nudo en la garganta... que no sé si lo podré resistir, ¡hombre! —exclamó Livia, intentando reponerse para que aquello no terminara por parecer un velatorio.

—¿En se... serio cre... es que... que mi mu... mujer regre... será con... conmigo? —preguntó Isidro, creyendo ver una luz en tan negros pensamientos—. La qui... quiero tanto.

Alejo al oír aquella última frase se le rompió el corazón y sufrió en silencio el golpe encajado sin que ninguno se diera cuenta. Él sí que no volvería a ver a su mujer por mucho que lo deseara. Apuró el vaso y llamó al camarero para que le sirviera otro. Isidro, al percatarse, hizo lo mismo. No estaba acostumbrado a beber, pero aquel ambiente extraño le provocaba una intensa sed. Así que aprovechó y se pidió otro ponche.

—La... La cul... pa de todo la ti... tiene mi cuñado —las palabras irradiaban odio—. Es... Ese gandul vividor, se ha estado apro... vechando de mí desde que me

casé co... co... con su hermana. Si no hubiera sido po po... por él, ahora todo seguiría igual y ella est... estaría conmigo.

Alejo levantó la mirada hacia él y le dijo:

—¿Por qué no pusiste fin a esa situación si lo sabías? ¿Por qué la dejaste estar?

—Es que mi mu... mujer decía que... que su hermano era un po... pobre indefenso y que había que... que hacerse cargo de... él. Hasta que un día explo... ploté y le di u... una paliza.

—¿Qué edad tiene ese pobre indefenso, como tú dices? —volvió a preguntar Alejo. Sospechó que el pobre era Isidro y no su cuñado.

—Trein... ta y cinco años.

—Pues creo casi con toda seguridad que ese cuñadito tuyo estaba viviendo a tu costa y que es un gorrón. Así que hiciste muy bien en arreglarle el cuerpo a ese hijo de puta. Si lo hubieses matado tampoco hubiera pasado nada —esgrimió eufórico—. Hay gente que merece no haber nacido o estar muerta antes de tiempo. Y ese cabrón es uno de ellos.

—¡Pues claro que sí! ¡Bien hecho, amigo! ¡Se lo tenía merecido! —exclamó Livia, soliviantada al oír los consejos de Alejo.

Isidro se alegró al ver que los dos amigos apoyaban su decisión. La sangre comenzó a hervirle en las venas y dio un respingo en la silla, emocionado. Siempre le habían tratado igual que a un cobarde, pero esta vez no iba a consentirlo. Se sentía extrañamente fuerte.

A partir de ahora, nada le detendría.

Cuando alcanzó edad suficiente, no tuvo más remedio que ir al colegio. La educación a la sazón era obligatoria para todo el mundo. Fue una pesadilla verse rodeado de tantos niños desconocidos, que parecían mirarlo como quien mira a un hipopótamo en una pecera. Su madre lo acompañó hasta la misma puerta del parvulario, integrándose ella también en las filas de los pequeños como una alumna más. Era un espectáculo ridículo y grotesco, pero lo hacía por el niño, no fuera a perderse, o sufrir cualquier percance subiendo las escaleras, máxime teniendo en cuenta los antecedentes de caídas graves como era el caso. A Maruja le costó una gran discusión con los profesores, pero consiguió convencerles de que debía quedarse en las filas hasta que subieran al primer piso, lugar donde estaba el aula. El chico había estado a punto de quedarse inválido y no quería correr riesgos innecesarios. Y como vieron que la loca era insistente, la dejaron salirse con la suya. O eso, o llamar a la policía. Y no querían escándalos el primer día de curso.

Comenzadas las clases, Isidro sufría en silencio, un silencio sepulcral, nunca mejor dicho, porque Isidro no quería hablar. El tartamudeo se volvía delante de todos sus compañeros todavía más exagerado aún. Y en cuanto lo sacaban a la pizarra, una oleada de sudores fríos y nauseas perpetuas se apoderaba de su cuerpo. Pronto sus

compañeros le pusieron un mote, largo e inacabable: «El gordo ametralladora».

A causa de todas esas desventuras, se convirtió en un ser solitario y retraído. Y decidió crearse un mundo dentro de su mundo, amparado y refugiado gracias a sus propias fantasías. Isidro mostraba falta de interés en las tareas de aprendizaje, se volvió pasivo en cualquier actividad escolar, no digamos ya en gimnasia. Todo le daba igual. Vivía en el interior de un cascarón, su propio cascarón, que él mismo se había construido. Y no quería que se rompiera por nada del mundo. Constituía su escudo protector frente a las injurias o amenazas externas.

Si bien, cabe destacar una excepción a tanto ensimismamiento: tuvo un amigo, el único en toda su vida. Se llamaba Fernando. Ocurrió a la edad de nueve años. Un chaval que llegó a mitad de curso a la escuela. Su padre era militar y había sido destinado en aquella región. Fernando era un tipo alto, feo y desgarrado, con el cráneo más o menos cuadrado si se le miraba de perfil, y un acento norteño que resultaba antipático a los compañeros de clase. Además, hacía un ruido escandaloso con la boca y la nariz, una especie de resoplido animal. Debía de padecer vegetaciones. A consecuencia de los ruidos, le colocaron el mote de «El caballo».

La amistad surgió una mañana de recreo, fue a los pocos días de llegar Fernando. Isidro, como era habitual en él, estaba apoyado en el muro del patio, pensando en las musarañas. Fernando tampoco había hecho ningún amigo aún y, a diferencia de Isidro, que se plantaba en cualquier lugar y se quedaba quieto, siguiendo las leyes del mínimo esfuerzo o del menor gasto energético posible, él se dedicaba a recorrer el recinto, dando vueltas sin parar, hasta que sonaba el timbre para hacer filas y subir a clase. Sin embargo, aquel recreo fue diferente. Isidro sintió que le tocaban el hombro, tomando súbitamente consciencia del lugar donde se encontraba, dejando aparcados los mundos habitados por seres raros con dos cabezas, cuerpos de dragón o serpiente, que nada tenían que ver con el planeta Tierra, el mismo que pisaba con sus gruesos pies. Fernando se colocó enfrente y le sonrió. Le mostró unos dientes blancos y grandes, semejantes a los equinos (el gracioso de turno que ponía los motes estaba en todo, no dejaba escapar detalle). Congeniaron al momento, eran dos gotas de aceite en un vaso de agua, y se hicieron grandes amigos. Seres solitarios inmersos en un lugar que no les correspondía. Es posible que Dios se equivocara, confundiendo el autobús de destino para aquellos dos desahuciados. Si alguna vez Isidro dejó de tartamudear fue con su amigo, hablando con él no se atrancaba; su lengua se deslizaba en el hueco de la boca con un desparpajo y una agilidad desacostumbrada.

Fueron meses felices para Isidro, quizá los mejores de su vida. Pero todo lo bueno es frágil, quebradizo, mas suele durar poco; y, en su caso, con mayor razón todavía. Su sino no iba a cambiar para mejor. Una mañana, Fernando no apareció por clase. Isidro notó el ambiente del colegio enrarecido, alarmado; pero no tenía idea de por qué. Solo se percató de que entre el profesorado había un ajeteo desacostumbrado, un ir y venir de un despacho a otro constante. Corrieron rumores entre los estudiantes de que un alumno había muerto, pero no se sabía con seguridad quién era. Comenzó a

sospechar que se trataba de Fernando, mucha casualidad era que hubiera faltado a clase, precisamente ese día. Sus temores se vieron funestamente confirmados cuando llegó uno de los profesores muy alterado y, subiéndose al estrado con mucha afectación y dolor, dijo que el alumno Fernando Gómez de Salazar había fallecido la noche anterior como consecuencia inmediata de una meningitis galopante que se había apoderado de su frágil cuerpo mientras dormía de manera apacible, sin tan siquiera sospecharlo sus propios padres, que se lo encontraron muerto esa misma mañana al ir a su cama a despertarlo. Tras el fatídico mensaje, Isidro no pudo recordar más, se desmayó repentinamente y estuvo así durante días. Fue un duro golpe para él. La depresión hizo que permaneciera en cama tres meses, en cuyos largos e inacabables días, fue incapaz de articular palabra alguna.

Jamás pudo olvidar el suceso. Abandonó los estudios con el consentimiento de sus padres. Algo que, en cierto modo, su madre celebró y apoyó, con la falsa excusa de que el profundo decaimiento lo había dejado incapacitado para el aprendizaje lectivo. A partir de entonces, comenzó una nueva etapa de su vida: echarle una mano a su padre en las labores del estanco.

—Amigos os lo di... digo de verdad: esto que está sucediendo es in... increíble; ¡apenas tar... tamudeo! —decía Isidro, fuera de sí, pues sentía su lengua moverse con más ligereza de lo acostumbrado. Desde su infancia con Fernando no había vuelto a pasar por desenvolvimiento semejante. Quizá fuese el ponche que estaba tomando, pero no, no era ese el caso. Era aquella ridícula sensación de haber soñado esas mismas escenas en cierta ocasión, incluso el haberlas vivido. Como si estuviese a punto de saber lo que iba a pasar más adelante y no alcanzara a recordarlo por muy poco. Una especie de *deja vu*.

Isidro posaba su vista en Alejo y Livia, y los contemplaba con curiosidad. Los veía darles sorbos al vaso, hablar entre ellos, lanzarse bromas, igual que una pareja de enamorados, pero sin haber más cera que la que arde de por medio. Isidro tenía el convencimiento de que el próximo pensamiento iba a ser sobre sus padres, o más bien le parecía a él que tenía que pensar en ellos por obligación. Esas eran las reglas del juego, un juego diferente, que se escapaba de la normalidad.

El juego... El juego... Las reglas del juego extraño... ¡Tómalas o déjalas! ¡Piénsalo bien antes!

Pero ¿qué enigmático juego era ese que hacía a Isidro suponerse que todo estaba dirigido por alguien ajeno a ellos tres, alguien que no estaba sentado a la mesa y que parecía conducir la situación del mismo modo que si se estuviese filmando una película para la pantalla del cine?

Lo que estaba ocurriendo, ¿estaría premeditado? ¿Tendría alguna relación con la llegada a ese insustancial lugar que era «El Escorpión»? Si no a cuento de qué un bar tan nuevo en una calle decrepita.

No quiso preguntarse más. No, de momento. Porque en el fondo, Isidro sentía miedo. Verdadero terror. Entonces se acordó de que, según las reglas del juego, debía evocar nuevos recuerdos sobre Genaro y Maruja. Pero antes de las evocaciones, sobrevino algo milagroso, algo que no venía a cuento y para lo que no había una explicación inicial. Y fue que Isidro, de pronto, exclamó en voz alta y clara:

—El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será.

Alejo y Livia se quedaron atónitos, de una pieza, desconociendo a qué se debía la prodigiosa curación. Solo se les ocurrió aplaudir como dos párvulos. Isidro no se lo acababa de creer, lo había dicho con su propia boca. Ella solita. Eufórico, se incorporó de la silla, que cayó derribada al suelo, desplazada unos metros más allá. La primera vez en su vida que había hecho algo semejante. Se sintió un superhéroe, como en los tiempos de su niñez.

—¿Es posible que me suceda esto? ¡Ya no tartamudeo! —se subió encima de la

mesa y comenzó a dar saltos—. ¡Milagro, milagro! ¡Ya no tartamudeo!

El barman, lejos de enfadarse o sorprenderse, dejó lo que estaba haciendo por unos instantes, arrugó el ceño y dirigió una sibilina sonrisa hacia los tres que estaban en la mesa. Luego, bajó la vista y siguió a lo suyo: fregando vasos.

Isidro entró en el estanco teóricamente para aligerar un poco la faena de sus padres. Pero no fue así. Planificada la estrategia desde el primer día, decidió campar a sus anchas. Ya que ahí, en aquel lugar de paso estrecho y mostrador no demasiado alto, tras el que se situaban las estanterías de madera vieja y oscura, en las que se agolpaban bien clasificados los paquetes de tabaco y las cajas de puros, recién traídos de Sudamérica, se limitaría a realizar lo que le ordenaran los clientes, sin mediar palabra alguna. Si le pedían un paquete de tabaco, él acertaba a darse la vuelta y cogerlo de los estantes, así de sencillo. Isidro señalaba el precio, colocado justamente bajo los cigarrillos, y poco más. Eso cuando su padre y su madre, por inevitables circunstancias, debían salir a hacer la compra o realizar un recado. Si no, permanecía sentado en el viejo taburete de la trastienda y todo su alrededor se convertía en su isla privada, en la fortaleza medieval donde recreaba sus particulares historias y cuentos.

Estos pequeños detalles no pasaban desapercibidos entre la clientela, pero, como la mayoría conocía al chico desde pequeño, no lo tenían por antipático ni desagradable, sino más bien por un ser extraño e introvertido, poseedor de una leve tara psíquica, consecuencia conjunta de unos padres algo mayores y la depresión ocasionada por la muerte de su íntimo amigo.

A Isidro le daba igual lo que pensasen, no le interesaba en absoluto. Su vida interior estaba plagada de historietas y fantasías, y mientras fuera de esa manera, no le importaba otra cosa. Para el trabajo, ya estaban Genaro y Maruja, que eran los que tenían que sacar el negocio adelante, encargándose de todo. Él se limitaba a estar de cuerpo presente, que era mucho y grande, y cumplir lo justo. La ley del mínimo esfuerzo.

Pero ocurrió que un día, a la edad de catorce años recién cumplidos, se produjo un desafortunado incidente. Y fue que su padre, estando en la expendeduría, sufrió un brusco ataque de apoplejía, desplomándose en el suelo todo lo largo que era. No hubo más remedio que ingresarlo en el hospital ante la gravedad del incidente. A raíz del ingreso, la madre pasó más horas de las debidas atendiendo al padre, dejando, por imposibilidad absoluta, un poco más de lado a Isidro y al negocio. En tanto que estos avatares sucedían, y de una manera enlazada, gradual y consecutiva, Isidro, cosa curiosa, descubrió otro mundo que quizás resultase más interesante que el de las infantiles ensoñaciones y los blandos superhéroes de tebeo que imaginaba, un mundo que había permanecido dormido y que ahora había aflorado con la llegada de la pubertad: el sexo femenino. Era como si durante toda su vida hubiera llevado una venda en los ojos y no acertara a saber que existían esos seres tan hermosos. Y, ahora,

desde que se situara igual que un hombrecillo valiente tras el mostrador, con la cara regordeta, llena de granos purulentos, el flequillo aplanado en la frente, algo grasiento, viendo cómo entraban señoras y jovencitas con el pelo suelto, largo o corto, rubio o moreno, daba igual, poseedoras de unos cuerpos armónicos, esculturales y eróticos a más no poder, se le rebelaran las hormonas, antes aletargadas y dormidas, y comenzaran a rebullir en la sangre conforme las mujeres traspasaban la puerta. De tal modo que, nada más quedarse solo en el estanco, corría con urgencia a la trastienda y, a expensas de que pudieran pillarlo in fraganti, se masturbaba frenéticamente hasta conseguir la tan ansiada expulsión de semen.

Al cabo de cuatro años de seguir haciendo lo mismo con respecto a la masturbación, porque así se lo exigía su naturaleza adolescente, vino a morir su padre, que en realidad él apenas sintió. No es que le importara demasiado, el padre había pasado por su vida sin pena ni gloria, la verdad. Pero con lo que no contaba Isidro ni por asomo, era que la maltrecha salud de su madre, después de tantos años de cuidado esmerado hacia el padre, más las constantes preocupaciones y atenciones para llevar adelante la casa y la economía familiar, se resintiera más de lo debido. Y una mañana de invierno, el corazón de Maruja se cansó de seguir latiendo. Murió tres meses después del enterramiento de Genaro. En este caso, el fallecimiento de su madre sí que vino a sentirlo Isidro, aunque no por amor o aflicción hacia la figura de la difunta, sino por puro egoísmo, porque a partir de ese instante se avecinó más trabajo del deseado. Ahora tendría que hacerse las comidas, ocuparse de la limpieza de casa y, encima, gestionar él solito el negocio. Demasiada faena para una persona como él.

No obstante, dentro de las desgracias, no todo iba a ser tan malo, pues contaba al menos con una ventaja añadida: que ahora los gastos eran menores, había dos bocas menos que mantener, menos medicamentos que consumir, menos ropa que comprar y eso se notaba en el bolsillo, ahora más incrementado. Se quiso, por tanto, permitir el lujo de contratar una sirvienta, viéndose así liberado de la esclavitud que le suponían las labores domésticas.

Esta osada idea, por supuesto, no fue producto de la mente de Isidro, sino de una íntima amiga de su difunta madre, que, apiadándose del mozalbete, le buscó una chica para los trabajos de casa. Algo que resultaba impropio y vergonzoso para un hombretón como él.

Las casualidades de la vida harían el resto. Pues quien se puso a trabajar en la casa fue Braulia. La que sería su futura esposa.

Isidro notó cierta opresión placentera en el bajo vientre, como si unos dedos invisibles masajearan su pubis. Con la emoción todavía reciente del inexplicable suceso, no se había percatado de que estaba en erección. Y de la euforia consabida de poder hablar con toda naturalidad había pasado a la de una tremenda excitación sexual. La visión de Livia, sonriente y alegre, apoyando las manos bajo su delicada barbilla y pendiente de él, lo estaba matando. No podía creérselo. Con disimulo se dio un ligero apretón en la entrepierna. Ahora, sus ojos se dirigían, sin poder evitarlo, hacia el pecho de ella. Lo tenía bien puesto, la condenada, y encima, el traje negro, que se le ceñía al cuerpo como una segunda piel, le realzaba el pecho que daba gusto, pareciendo más grande de lo que en realidad era. Livia, que enseguida captaba las señales de cortejo masculinas, para eso cobraba y de eso vivía, percibió que Isidro se estaba poniendo caliente a más no poder, pero no le disgustó en absoluto, y quiso seguir la broma, provocarlo más todavía, levantándose un momento de la silla para ajustarse el vestido: «Ahora te vas a enterar tú», pensó. Con las dos manos agarró el extremo de la falda, un palmo por encima de las rodillas, y empezó a bajárselo insinuante, mientras cimbrea la cintura a un lado y a otro. Sabía que cuando hacía esto se le marcaban las braguitas de encaje que usaba. Livia se lo estaba pasando divinamente, le gustaba el ritual de la provocación en los hombres porque se erigía en protagonista, en dueña y señora del escenario. Cada vez que lo llevaba a cabo, resultaba fantástico. Al final, había decidido que se tiraría a ese tipo. Le gustaba apiadarse de los débiles de vez en cuando. Y el pobre aquel, con esa cara de palomino y el cuerpo inflado como un globo, tenía toda la pinta de haber follado bastante poco.

Alejo se mantenía al margen, como mero espectador, a sabiendas de que esos dos no tardarían en dar rienda suelta al torbellino de sensaciones que llevaban dentro. Se palpaba en el ambiente, imposible pasar por alto lo que vendría a continuación.

Livia se acercó hasta Isidro, lo cogió de la mano, mientras que con la cara señalaba en dirección a los servicios. Isidro no acababa de creérselo cuando le hizo aquella mueca, le estaba sucediendo a él, no era un sueño, y si lo fuera, no quería despertar. Para colmo, aquella mujer no era Maruja, la única con la que había practicado sexo, si se le podía llamar así a lo que habían llevado a cabo en escasas y desgastadas ocasiones.

Se metieron en la *toilette* de señoras a toda prisa. Livia lo sentó en el váter. «Espera y verás. Vete bajando los pantalones, que te vas a enterar», le dijo. Mientras, preparó dos rayas de coca. Una se la metió ella y la otra se la ofreció a Isidro, que asintió sin saber muy bien lo que era ese polvo blanquecino, tan bien alineado sobre el pequeño espejo, pero que, al poco de esnifarlo, como ella le indicó, experimentó una mayor seguridad en sí mismo. Livia se mostraba maliciosa en sus gestos,

picarona. De un solo movimiento, se levantó el vestido y, como quien se quita un guante de látex, lo deslizó por encima de la cabeza, estirando los brazos hacia arriba, insinuándose de una manera felina. Isidro mientras tanto permanecía estupefacto contemplando ese cuerpo tan perfecto, tan provocador, lleno de curvas exuberantes, que solo pensaba que existía en las revistas pornográficas americanas que numerosas veces había hojeado a escondidas en la trastienda del estanco. Se pellizcó una mejilla para convencerse de que lo que le sucedía era real. Livia se agachó y comenzó a practicarle una felación, no le disgustaba en absoluto hacerlo, sentía que estaba haciendo una buena obra, se veía tan infeliz al chico. A Isidro le fue imposible contener el aluvión de gemidos articulados por su garganta. Jamás había experimentado un placer similar, ni siquiera imaginarlo. Debido al subidón originado por la cocaína, se notaba fuerte, seguro de sí mismo. No pensaba eyacular aún, se perdería lo mejor si así fuera. Instantes después, Livia se incorporó y montó sobre él a horcajadas, cabalgando en acompasados movimientos hacia delante y hacia atrás. Ella también se estaba dando gusto y eso que en absoluto era su tipo. Resultaba sorprendente. «Continúa así, no pares», le decía. E Isidro como buenamente pudo la enganchó por las caderas, siguiendo el ritmo frenético impuesto por Livia. «Que te jodan Braulia, que te folle tu hermano». Era una venganza personal por lo que había sufrido y por lo que había tenido que pasar. «Que te jodan, bruja».

Al principio, cuando Braulia comenzó a trabajar como asistente doméstica, Isidro se sentía molesto, incómodo. Todos los rincones de su casa, junto con sus objetos más íntimos (véase por ejemplo la colección de cintas de vídeo eróticas que guardaba bajo el mueble del televisor, compradas a hurtadillas en el kiosco de la esquina y disimuladas detrás de unas cajas inservibles), estaban siendo manipulados, desempolvados y usurpados en manos de una perfecta desconocida. Braulia se estaba comiendo su espacio personal a marchas forzadas, y eso lo ponía nervioso. En particular, los días que llegaba muy temprano, pues según entraba por la puerta de casa, iba como poseída por los demonios alzando persianas, incluidas las de su dormitorio, y meneando el plumero igual que un florete de esgrima.

Braulia resultaba, a todas luces, una mujer desagradable; la miraras por donde la miraras era fea, fea. Tenía veinticinco años; probablemente con visos de quedarse soltera de por vida de no haber dado con Isidro. Gorda, bajita, con el pelo tiznado de negro, exceptuando una banda canosa que recorría su cabeza desde la frente hasta el occipital, como Cruela de Vil, la malvada protagonista de *101 dálmatas*. Y vestía horriblemente mal, con trajes pasados de moda, flores estampadas y colores chillones. Además, siempre iba oliendo a maquillaje y polvos para la cara, intentando disimular esos horribles granos que nacían en el rostro, igual que una cadena montañosa.

Ahora bien, una cosa sí que tenía a favor Braulia, pues no todo iban a ser

contrariedades tanto en apariencia como en personalidad, y es que podía ser fea a más no poder, pero era pícara e inteligente, y estaba claro que un pipiolo como Isidro no se le iba a escapar. La ocasión que se brindaba era la oportunidad de su vida. Al fin y al cabo contaba con dos bazas importantes: ser la única mujer cercana en su entorno y estar al corriente de su deficiente (o más bien nula) relación con el sexo opuesto. Factores ambos fundamentales para llevar a cabo su maquiavélico plan, que consistía en trincar un marido, con algo de dinero, que la sacara de matarse a trabajar fregando escaleras, barriendo suelos y limpiando muebles.

Braulia conocía bien los horarios de entrada y salida de Isidro en casa. Y un mediodía, quiso la casualidad que, retornando de la expendeduría, encontrara la puerta del antiguo dormitorio de sus padres ligeramente entreabierta, con Braulia vistiéndose en su interior, dispuesta casi para marcharse. Isidro se quedó paralizado y se dispuso a contemplarla, hecho un manojo de nervios, viendo cómo se colocaba la combinación blanca sobre unas bragas de espesor considerable y un tosco sujetador de color beis. Aquel cuadro, para otro patético y deprimente, le produjo un profundo azoramiento. Braulia, que sabía perfectamente que Isidro andaba a sus espaldas, se dio de pronto la vuelta y, haciéndose la sorprendida, cerró la puerta con rapidez, simulando vergüenza y engorro, rompiendo a llorar escandalosamente. Isidro, muy alterado, le pidió perdón como pudo, atrancándosele la lengua, que parecía maniatada a un poste de madera. Entonces, la puerta se abrió de repente y ella se le echó en sus brazos, lloriqueante y a medio vestir. Isidro no pudo reprimirse y, mientras intentaba reconfortarla, le lanzó un beso en los labios. Belfos sudorosos, llenos de carmín barato.

Ahí fue donde selló su perdición, porque, al poco tiempo de aquel incidente, se produjo el primer disparo de alarma: comenzar a intimar más de lo debido. Conoció por fin lo que era estar dentro de una mujer. Si bien Isidro, se sorprendió en primera instancia de que Braulia no sangrara en su desfloración, como había oído en alguna ocasión cuchichear a las amigas de su difunta madre relatando su noche de bodas. Según la versión de Braulia, ella no había conocido más pene que el suyo. «Hay casos en que se rompe sin darse una cuenta. Tal vez fue montando en bicicleta, de pequeñita», le dijo. E Isidro se dio por contento con las aclaraciones, tal era su desconocimiento sobre el asunto, y dejó de recelar con respecto a la ausencia de sangrado.

Con todas estas nuevas, estaba deseando retornar del trabajo, pues se le calentaba el pensamiento con lo que le aguardaba, y dejaba incluso mal atendido el estanco para adelantarse así a los requerimientos carnales que su obeso y joven cuerpo exigía. Braulia lo esperaba con la casa impecablemente pulcra, aseada y con la sonrisa de una mujer que aguardaba con deseo ardiente a su hombre.

No obstante, ese estado de felicidad libidinosa duró pocos meses, en concreto tres. Una mañana, nada más llegar al hogar, se encontró con Braulia llorando. Le preguntó la causa, Braulia le contestó que estaba embarazada. Esa misma mañana se

había realizado el test de diagnóstico rápido y había dado positivo. La noticia le rompió el corazón, pero Isidro que era una persona de poca experiencia y entereza, viendo el problema que se le avecinaba, le dijo, entre fuertes accesos de tartamudez, que no se preocupara, que la pediría en matrimonio, como hacen los hombres que de verdad son hombres. A Braulia se le quitaron los pesares al momento y, en seguida, empezó a organizar los preparativos de la boda, pues mujer de su virtud tenía que limpiar la afrenta de verse con un hijo y célibe. Tristemente, lo que desconocía Isidro era que Braulia se había acostado con más de uno, y más de dos, y más de tres. Era la fea del barrio con la cual muchos de los adolescentes se habían iniciado. Pero él nunca llegó a saberlo.

Se casaron pasado un mes escaso. Y lo que son las cosas: una vez firmados los papeles y demás requerimientos legales, todo comenzó a cambiar para mal con la misma brusquedad con la que se había iniciado bien: la casa ya no estaba tan limpia, los contactos sexuales ya no eran tan frecuentes; menos que frecuentes, nulos, pues podía molestar al futuro embrión que estaba anidando en el interior del vientre. Y ahí no acabó todo, sino que, al cabo de otro mes, Isidro se encontró con que se venía a vivir al piso el hermano de ella, un tipo grandote y antiestético como Braulia. El pobrecillo estaba en paro y no tenía con qué mantenerse ni sobrevivir, estaban muy mal los tiempos para encontrar trabajo. Eso sí, la llegada de su hermano se celebró con un encuentro sexual, no sin cierta reticencia por parte de Braulia; el único por el momento desde que se hubieron casado. Una vez instalado en casa el hermano, la convivencia fue todavía a peor. Isidro quedaba desplazado, relegado de los mejores rincones de su propio hogar. Comía las sobras que le dejaba el cuñado, porque él siempre se adelantaba en las comidas debido a una grave afección intestinal que, según él, padecía a raíz del último trabajo, por eso tuvo que dejarlo. Y Braulia tenía que poner todo su empeño en hacer regímenes especiales para su muy querido hermano.

Por supuesto el bebé nunca llegó a nacer. Según Braulia, una mañana se sintió indispuesta y comenzó a manchar, finalizando todo en un aborto espontáneo arrojado por el váter en un formato tan pequeño que se confundía con los grumos de sangre coagulada.

A partir de entonces, Isidro fue continuamente insultado y vejado, tanto por Braulia, como por su cuñado; sobre todo por el hijo de puta del cuñado que no cesaba un instante de meterse con él, al punto de tenerlo del todo acofado. Hasta que un día reventó cuando le dijo que no servía ni como marido ni como hombre, y que ya era hora de que su hermana se acostara con alguien de verdad que la hiciera gozar como Dios manda. A Isidro se le calentó la sangre como si le hubieran echado gasolina ardiendo, entonces cogió el bastón y le golpeó a conciencia, en un arrebato de ira. Uno por cada día de humillación que había padecido.

Ahora se encontraba hacia la mitad del camino. Se había visto obligado a recalar en Cantina Blanca sin más remedio, mientras se dirigía en busca de su mujer, una vez arrepentido de sus actos. Sin embargo, estaba sufriendo un cambio en profundidad, y sus ojos se estaban abriendo demasiado veloces a una realidad desconocida hasta entonces para él. Ya no se sentía siquiera satisfecho con el castigo infligido a su cuñado, le tenía que haber dado más todavía. Isidro estaba apercibiéndose de que el mundo no era tan simplón como pensaba. Había dejado de tartajear y conocido a otra mujer. Una bella y deliciosa mujer.

La pareja salió de los aseos del Escorpión cogida de la mano, bien apretadas las palmas, alargando el contacto de los cuerpos una vez que han terminado de acoplarse, no así de desearse, lo mismo que recién casados. Isidro la soltó un instante para terminar de recolocarse la camisa dentro de los pantalones. Livia le dio un beso en la mejilla cavernosa, e Isidro, envalentonado, le dio un apretón en el culo, lleno de picardía.

—¡Eh, barman, pon una ronda para los tres, que estoy sediento, y supongo que los demás también! —requirió Isidro, sin atrancarse, en tanto se acercaban a la mesa.

—Veo que lo habéis pasado bien allí dentro, ¿eh? —agregó Alejo, que jugueteaba con el vaso, casi vacío, haciendo tintinear los cubitos de hielo. Terminó de apurar la copa al escuchar a Isidro.

—No ha estado mal del todo —dijo Livia, orgullosa. Le dio entonces una palmadita de reconocimiento a Isidro en la espalda—. Y eso que parecía un mosquito muerto, el muchacho.

El barman llegó con los tres vasos bien cargados, recogió los restantes, ya vacíos, y se retiró por enésima vez a la barra. Isidro se quedó mirándolo de pronto, perplejo primeramente, aterrorizado un segundo después. Alejo y Livia, por el contrario, seguían distraídos, ajenos al gesto brusco experimentado por su amigo, sentados junto a la mesa, distendidos. Isidro hubiera sido capaz de jurar que había visto al barman, mientras se marchaba, darse la vuelta rápido y sonreír malicioso, con las cejas enarcadas y una siniestra mirada. Envuelta la figura en un resplandor encarnado. La imagen misma del miedo. Isidro no alcanzaba a estar seguro. Se frotó los ojos. No podía ser cierto lo que acaba de ver, pero lo había visto, aunque de una manera muy fugaz. «Serán figuraciones mías», se dijo, intentando encontrar una explicación. Luego, más reposado del susto, aunque no del todo sereno, se volvió hacia ellos y les dijo:

—A ver si fuera capaz de explicaros una cosa, por si os sucede lo mismo. Aunque no sé bien qué palabras emplear o por dónde comenzar... En fin allá voy, que sea lo que Dios quiera —dijo chasqueando la lengua—. Se trata del hecho de estar aquí sentado, en este remoto bar... No sé... —Isidro se quedó en silencio unos segundos—, pues que me resulta anormalmente raro todo esto. Extraño. Igual que un cuento de terror. Nada de esto me encaja. ¡Cómo me va a encajar, la cosa, si esto parece un disparate! Si tenemos en cuenta que, hace escasas horas, antes de llegar aquí, manifestaba ser un individuo tartamudo, amedrentado, cobarde, y para colmo enamorado de una masa infecta, que me ha estado martirizando desde que nos casamos. ¡Qué decís a eso! Y resulta que, de golpe y porrazo, me encuentro con que soy una persona radicalmente opuesta, otro hombre diferente, que nada tiene que ver con el abúlico y despreocupado Isidro de antes —se detuvo para tomar aire y proseguir—. Perdonad si no termino de explicarlo con claridad. Pero es que todo este discurso previo viene al caso para deciros que siento un inexplicable y poderoso influjo, una presencia incómoda a nuestro alrededor, como si alguien estuviera

vigilándonos, controlando cada movimiento que hacemos. No sé si lo habéis notado, o es que tal vez soy yo el único que percibe esa impresión. No me la puedo quitar de encima, ¿me entendéis?... ¿Es que no os dais cuenta de que soy totalmente distinto y que esto no es normal para nada? ¡Los cambios radicales no existen, son un fraude, un engaño! —Se fue enfadando conforme más énfasis daba a sus explicaciones. Su rostro se inundó de cólera, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿Lo notáis, podéis notarlo en el ambiente? ¡Algo está ocurriendo, que rebasa los límites de nuestra propia comprensión!... ¡Pero, no alcanzo a saber qué es!... ¡Esto, me va a volver loco! ¡Por Dios!

—¡Serénate, Isidro! ¡Por favor! ¡No sé si entiendo bien lo que quieres decir, pero cálmate! —contestó Alejo, autoritario, para acallar ese acceso de cólera repentina—. En este tipo de casos, si algo tiene que ocurrir, ocurrirá; si algo tiene que pasar, pasará. Estas son las leyes que rigen el lado más incomprensible y oscuro de la naturaleza y del universo. Así que no le des más vueltas a la cabeza y estate tranquilo. ¿No es quizá bueno para ti el que te hayas tirado a una tía de bandera, como es Livia, y que hables ahora como un descosido, después de años de abrir torpemente la boca? Pues eso es lo que te tiene que importar y hacerte feliz. ¿O acaso habías sido antes tan dichoso como lo estás ahora, aunque pueda ser algo efímero o circunstancial? ¡Cómo si te mueres dentro de un minuto! ¡A ti que más te da, no seas gilipollas! Al fin y al cabo, eres un hombre nuevo, diferente, y te sientes rebosante de sensaciones que con anterioridad desconocías. No busques más explicaciones, porque, en estos casos, intentar aclarar las ideas podría asustarte de veras. Dime acaso si es normal que miles de criaturas mueran cada día de hambre en la tierra, mientras nosotros estamos aquí, sentados, tan a gusto. Entiéndeme bien lo que quiero decirte: de-ham-bre —añadió, vocalizando sílaba por sílaba—, esto quiere decir que no pueden llevarse a la boca ni su puta mierda por comida, porque tienen los intestinos secos. ¿O es normal que se cometan los atropellos más sádicos en guerras donde un mes antes hombres y mujeres convivían con total camaradería, y luego esos mismos ilustres vecinos y compañeros del alma agarran cuchillos y se rajan las barrigas con odio encarnizado? Isidro, si hay algo que he aprendido de esta cochina existencia es que no tiene pies ni cabeza, que hace aguas por todos lados y por mucha agua que recojas, siempre habrá una vía abierta en otro lugar. Hay que sobrevivir como sea. Y si no te pegas un tiro... o como yo: que me arropo en el alcohol hasta que el cuerpo aguante, ¿comprendes?... ¡Ese es el destino, el triste destino que tenemos! ¡Lo demás son cuentos, pamplinas baratas! —Alejo hizo aspavientos para enfatizar las últimas frases, y luego se calmó.

El aire quedó rasgado. Roto por el silencio repentino. Los tres tomaron aire. Reflexionaban.

—Tal vez tengas razón —repuso Isidro, en tono más sereno—. Tal vez sea como tú dices.

Pero Isidro no se sentía del todo convencido. Continuaba con la impresión de que sus vidas estaban siendo programadas de la misma forma que las marionetas son

moviditas por hilos. «¡Pero qué tontería!», pensó de pronto. «Me meto donde no me llaman. Aunque esa mirada... esa mirada del camarero, ¿dónde la he visto yo antes?».

Y quiso olvidarlo dándole un beso a Livia.

EL BARMAN

El barman salió de repente de aquella especie de letargo que lo mantenía pegado al fregadero secando vasos y jarras de cerveza. Bajó el volumen de la música y se dirigió hasta la puerta del local. La abrió de par en par para que entrara el viento renovador de la calle. El sonido de la lluvia contra el suelo era parecido al de una caja de cartón cuando se agujerea con un afilado cuchillo infinidad de veces. Estaba diluviando. Un fogonazo iluminó el callejón. El agua serpenteaba calle abajo. Hacía una hora que había sobrevenido la oscuridad, adelantada ese día por los negros nubarrones situados sobre el pueblo.

—Espero que no tengamos que salir a nado —dijo irónico, el de la barba—. Me gusta ver cómo llueve, es tan escasa la lluvia en esta tierra; pero esto empieza a pasar de clarooscuro —era la primera vez que hacía un comentario personal, fuera del contexto de su profesión. Ya no se limitó a nombrar marcas de *Whisky*, vodka o cerveza—. Parece que vamos a estar poco acompañados esta noche. De continuar así, esto va a transformarse en una velada familiar. Y, en cierto modo, no viene mal que un hombre como yo se tome un ligero descanso, aunque sea aprovechando ocasiones de este tipo. Aquí no se cierra ni en días festivos. Y uno no está ya para tanto trote —añadió jocoso, mientras encajaba las puertas con sendas cuñas de madera.

—¿Por qué no se sienta con nosotros, amigo, y nos tomamos un trago los cuatro? —exclamó Alejo, levantando la vista hacia él.

—Excelente idea. Sí señor. Iré a por otro vaso y una botella. Esto hay que celebrarlo.

Las mejillas del barbudo mostraban dos representativos coloretos bajo una piel cetrina y acartonada. Poseía la mirada afilada de un gato, y se clavaba en cada uno de los personajes de forma muy particular. Era un rostro viejo, curtido, de muchos años, con una nariz delgada y picuda.

—A esta ronda invita la casa —volvió a añadir el barman.

—Se lo agradecemos, amigo.

Alejo se detuvo un segundo para observarlo con mayor detenimiento. De pronto le pareció familiar, sin saber con exactitud de qué o por qué. Podía haberlo visto en cualquier parte. Alguna que otra vez le había sucedido una cosa similar, pero esta vez la corazonada cobraba mayor consistencia. Quiso preguntárselo. El barman llegaba con la botella, un vaso y la cubitera de hielo. Todo en un viaje. Se sentó frente a los tres, colocando la botella en el centro de la mesa.

—Disculpe amigo, sé que es muy típica la pregunta, pero, ahora que me fijo, ¿no es posible que nos conozcamos de algo? ¿Que nos hayamos visto en otra parte? Su cara me resulta conocida.

De fondo se oyó el fragor de un trueno, aprovechando la circunstancia de que la

música apenas se oía. A Livia se le erizó la piel sin venir a cuento y se frotó los antebrazos en busca de calor.

—Pues, a decir verdad, puede ser que nos hayamos visto con anterioridad, quién sabe, el mundo es tan pequeño.

—Qué extraño —exclamó Livia de repente—. A mí me ha ocurrido lo mismo al insinuarlo Alejo. Llevo toda la tarde aquí sentada y es justamente en este preciso momento cuando su cara me resulta conocida.

—Me sucede a menudo con la gente. Debe de ser que tengo unas facciones muy expresivas y a todo el mundo le recuerdan a alguien, aunque nunca consiguen recordar.

A Isidro le temblaban las manos. Se le cayó el vaso al suelo y estalló en mil pedazos. Estaba acojonado, sin motivo aparente.

—¡Oh, lo siento mucho! —dijo levantándose de la silla, sobresaltado—. ¡Pero qué estúpido soy!

—No se preocupe —contestó el barman—, que traigo otro vaso ahora mismo y problema arreglado. Además, fíjense por dónde, creo que a partir de ahora nos vamos a divertir, tenemos mucho tiempo por delante para hablar —y se fue hacia la barra soltando una carcajada profunda y áspera.

Cuando el barman se alejó, Isidro se dirigió hacia Livia y Alejo, y, murmurando en voz baja, dijo:

—¿Veis lo que os decía? ¿No tenía razón? Ahora resulta que a este hombre parecéis conocerlo todos, ¡qué casualidad! Y encima yo metería la mano en el fuego a que hace un instante nos echó una mirada que era la maldad personificada. Ese tío nos es humano, os lo digo yo, y si no, ¿por qué estamos de repente tan inquietos y alarmados? Mírate tú, Livia, estás temblando de miedo, y tú Alejo, que lo persigues con la mirada con total desconfianza. ¿A qué se debe entonces?

—Bueno, el día tampoco es que acompañe mucho —dijo Alejo, intentando excusarse para salir del paso—, y esta mezcla de truenos, rayos y lluvia favorece que la imaginación se dispare por derroteros que nada tienen que ver con la realidad. Creo que nos estamos dejando llevar por los nervios, que no conducen a nada bueno, desde luego.

—A lo mejor tiene razón, Isidro —interrumpió Livia—, este lugar no es muy normal que digamos. En el tiempo que llevo en Cantina Blanca no lo había visto antes, y hoy, de pronto, voy y lo descubro en medio de un callejón ruinoso, entre un montón de basura y escombros... Cuando yo siempre estoy al tanto de todos los garitos al llegar a un nuevo sitio... Y, para más inri, mirad el tiempo que llevamos aquí y no entra un alma, ¿no resulta chocante?

—Más que chocante, me resulta sobrenatural. ¡Esa es la palabra! —dijo Isidro, buscando la mejor definición, mientras que un estremecimiento recorría su espina dorsal.

El barman, enfrascado tras la barra en la tarea de coger un vaso para Isidro,

dejaba transcurrir el tiempo, sabía que ahora mismo los tres estaban hablando de él. Siempre ocurría lo mismo, desde las épocas más remotas. Por eso, cuando le decían que su cara resultaba familiar, él afirmaba que probablemente. Su rostro encerraba el mal de muchos hombres, el pasado de infinitud de ellos, y era normal que se vieran reflejados en él. Dejaría, por tanto, un tiempo prudencial para que los tres debatieran sobre su persona y se fueran habituando.

Luego, abriría la tapa del juego de los deseos.

El barman no tenía nombre, lo había olvidado por completo hacía ya muchísimos años. Con anterioridad, había ejercido en casi todo tipo de profesiones: posadero, marinero, comerciante... dependiendo de la época en la que estuviera sumergido, pues, aunque pudiera resultar fantástico, lo cierto es que el barman era inmortal. Y había vivido a lo largo y ancho de la historia de la humanidad. Quizá por esa circunstancia había relegado de su memoria tantos hechos pasados.

Generalmente, su oficio favorito consistía en trabajar tras un mostrador vendiendo bebida, debido a que era en lugares como esos donde se destapaban los instintos y deseos más bajos de los individuos. Y él podía darles rienda suelta a la imaginación y satisfacerlos. Solo así podía seguir viviendo, puesto que necesitaba del mal de los demás para alimentarse y ser inmortal.

¿Que por qué?

No lo sabía con certeza, habían transcurrido demasiados siglos desde entonces. Quien lo pusiera en ese cargo debió de decirle que esa era su misión, que se limitara a ella si quería continuar con vida. En cierta manera, al barman le resultaba muy fácil contentar a los demás, no se trataba más que de deseos. Y cuando lo conseguía, sentía saciado su apetito, era como si una brisa cálida y reconfortante lo inundara de pronto. Pasado un tiempo, tenía que cometer nuevas fechorías para compensar de nuevo esa hambre de vida.

Y allí enfrente tenía a esos tres personajes, que temblaban de miedo. Miedo ante lo desconocido, ante el desconcierto de lo que se avecinaba. Pronto les pondría las cosas claras. Las cartas en su sitio. Seguro que aceptaban las condiciones. Todos cedían, pues era un arreglo ventajoso, cruel y muy provechoso. Solo que antes de llevar a cabo sus deseos, ellos debían estar seguros de que querían aceptar. Era como cerrar un pacto, sellar un acuerdo tácito, beneficiándose ambas partes: él lograba aumentar el tiempo de supervivencia y los otros complacer sus bajos instintos. Luego, lo que les sucedía lo desconocía. A lo mejor iban al infierno, si es que existía tal lugar (él ya estaba dejando de creer en casi todo), o no les pasaba nada. A él eso le traía sin cuidado, hacía su trabajo y punto.

Recordó un caso allá por el siglo XVIII en el que hacía la vez de posadero en una venta cercana a un cruce de caminos, lugar donde se reunieron cuatro hermanos para resolver qué se podía hacer con su padre, que había enviudado, vuelto a casar con una

joven mujer y concebido un hijo con esta, que ahora resultaba ser el favorito, el que se llevaría la mayor parte de la hacienda y de los bienes, pues el padre iba a preparar una nueva resolución de últimas voluntades. Ellos, lógicamente, se oponían a tal decisión, pues tenían las de perder a buen seguro.

El barman se lo puso en bandeja a los cuatro, tan solo debían darle de beber, mezclado con el vino, un extracto de plantas que él mismo sabía preparar. Así de simple. El bebedizo tardaría unos días en hacerle mortal efecto, por lo que después de tomarlo, lo más indicado era que se marcharan a otro condado durante un tiempo prudencial, así nadie podría sospechar lo más mínimo de ellos. Los cuatro hermanos preguntaron qué les costaría el misterioso brebaje. El barman les contestó que no tendrían que pagar nada, corría por cuenta de la casa. Ellos aceptaron entusiasmados y guardaron la pócima.

A los pocos días el barman sintió que se alargaba su vida. Así supo que lo del brebaje se había llevado a efecto. Aquel pobre murió envenenado gracias a su apoyo. Caso cerrado.

En otra ocasión, esto fue a principios del siglo XIX, se trató de un rico caballero que, atraído ciegamente por una bella dama, mujer casada y muy virtuosa, no podía satisfacer el deseo de acostarse con ella. Tal pensamiento no le dejaba vivir y le tenía sorbido el seso a todas horas. El caballero, que estaba en estado de embriaguez, se lo contó esa tarde. El barman le dijo que su deseo podía verse satisfecho, solo que antes le tenía que contestar que sí, que estaba seguro de que quería hacerlo. De ese modo podría regresar al día siguiente y hacer con la pareja, tanto al hombre como a la mujer, lo que le viniera en gana. Cerraron el trato. Al otro día, se presentó en la posada, encontrándose únicamente con el matrimonio sentado a la mesa y la figura del misterioso barman tras el mostrador. Al pasar junto a los dos, sacó un cuchillo de grandes dimensiones que portaba bajo la levita y cosió a puñaladas al marido hasta que cayó fulminado al suelo en medio de un charco de sangre. La esposa, igual que una hipnotizada, esperaba impasible en la silla, sorbiendo una copa de vino. Una vez que hubo acabado de darle muerte, cogió a la mujer y, precipitándose hacia una de las habitaciones, sació los apetitos carnales. Ella se prestó lujuriosa, como una perra en celo, lejos de sentirse apenada por el brutal asesinato del marido, que yacía en el piso de abajo con el cuerpo destrozado y exangüe. Satisfecho el caballero, se marchó, sin querer saber nada de la mujer, que permanecía profundamente dormida, ni del cadáver del marido.

«¡Otro más en la lista!», pensó el barman, que notaba enriquecer su vitalidad.

El barman había escogido estos dos ejemplos como podía haber tomado cientos. Después de tantísimos años de convivencia con el hombre sabía que los humanos podían ser capaces de cualquier atrocidad con su propia especie y también de lo contrario. Incluso, llevar a cabo hechos misericordiosos mezclados con brutalidades extremas. Había combinaciones para todos los gustos. Como una vez le sucediera con un misionero en África, no hacía más de veinte años, que dándole todo por sus

semejantes y despojado de todas sus pertenencias con una humildad digna de elogio, no hiciera lo mismo con un pobre individuo del poblado que en cierta ocasión le mostrara su mofa y su repulsa al evangelizador por no querer aceptar las creencias cristianas que le quería inculcar, y este, ni corto ni perezoso, aceptó el compromiso con el barman (que en aquella ocasión actuaba como cantinero en una pensión de mala muerte) para que, al poco, el negrito apareciera ahogado en el caudaloso río Congo que bordeaba el territorio. El barman, que no ejercía como juez, se limitó a ejecutar el deseo del religioso, y ahí se las apañara cada uno con su conciencia. Si bien es verdad que, al poco, el misionero apareció colgado en un árbol, arrepentido por la terrible felonía efectuada.

Así era el hombre. Así de extraño e imperfecto. Y el barman no se paraba a razonar el por qué de esas actuaciones. Él podía comprender al hombre como individuo generador de sentimientos muy diferentes, pero no entender por qué llevaba a cabo acciones tan antagónicas. El ser humano era una dualidad impredecible. Lleno de contrariedades.

El barman hoy se encontraba en el «Escorpión». Mañana podía estar en cualquier otra parte. Y como sujeto fiel y trabajador, su obligación consistía en no hacer esperar más a aquellos tres, se estaba retrasando demasiado y eso no era bueno para el negocio.

Comenzaba a estar hambriento.

Regresó a la mesa con ellos, y sin más preámbulos ni circunloquios, quiso descubrir las cartas, ponerlas boca arriba y dejarlo todo claro, como personas maduras que eran: ¿Qué harías tú, Alejo, si entrara por esa puerta el mismo hombre que atropelló a tu mujer y a tu hija? Y tú, Livia, ¿no te gustaría vengarte de Sergio, el chico que echó a perder tu vida? O tú, Isidro, ¿qué te gustaría hacerle al cabrón de tu cuñado si te lo pusieran enfrente?

Al principio, se quedaron mudos, sin aliento. Creyeron que aquel tío de barba luenga y mirada desgarradora estaba loco de atar. Pero no, ese tipo no mentía. Tenían la profunda y arraigada convicción de que lo que les estaba proponiendo iba en serio, muy en serio; y que podrían ver satisfechos sus más firmes deseos de venganza. No se trataba de dar marcha atrás en el reloj biológico y volver a empezar, eso era materialmente imposible, estaba prohibido por no se sabía quién, pero sí dar rienda suelta a los instintos, hacer lo que quisieran con aquel personaje, ruin y miserable, que en un momento de sus historias les obligó a cambiar de carril, entrando en una ruta equivocada que nada tenía que ver con lo que ellos esperaban en el futuro. Un futuro más prometedor.

Esa era la propuesta. Solo tenían que contestar con una afirmación, no había que firmar papeles ni documentos. Simplemente manifestar que estaban de acuerdo. Ya está, así de fácil.

Aceptaron de buena gana los tres, como hacían todos.

Muy pocos se resistían a las excelentes propuestas del barman, a excepción de aquella ocasión en el desierto que, tentando a un hombre, este se negara por tres veces, y eso que le puso ciudades enteras a sus pies y hombres esclavos para que le sirvieran a su plena voluntad. Todo fue inútil. No hubo manera. Cualquiera otro hubiera mordido el anzuelo. Un hombre íntegro ese *julandrón*; un tío duro, con esa mirada tan desacostumbrada e inusual en un mortal, que incluso le hizo dudar a él mismo. En un tris estuvo de abandonar el trabajo de las tentaciones y dejarse arrastrar por la seductora personalidad del individuo. Aquel fue un caso especial. Allí no hubo trueque que sirviera de algo. Al otro no le obsesionaba nada ni ambicionaba nada. Lo tenía crudo por tanto cuando recibió la orden (no sabía de quién ni cómo pero llegó a su mente con claridad meridiana) de que tenía que ofrecerle lo más sugestivo y atrayente para intentar conquistarlo. Hacer cuanto pudiera o estuviera en su mano. Si lo conseguía se alargaría su vida casi al infinito. Y el barman presentía que así era, que no era una vulgar mentira, y que aquel trabajo tenía su peso en oro como recompensa.

Pero falló. Había sido la única vez.

El barman les dijo a los tres que esperaran un poco, que su hombre debía de estar al caer. Mientras, se tomarían otro trago, volvía a invitar la casa. Esa noche, el de la barba, se mostraba generoso.

—Eso sí —exclamó tajante—, tened una cosa muy presente: no tocadle un pelo a ese hombre hasta que yo lo ordene.

Al poco de decir la frase, un rayo iluminó la entrada del Escorpión, una luz plateada que dejó sombras en la puerta. Cuatro segundos después, retumbó el trueno, haciendo vibrar las paredes y el suelo. Justo en ese instante, entró en el local un tipejo empapado de agua. Enjuto, cabizbajo, de corta estatura, con el rostro muy moreno y sin afeitar. Llevaba un mono azul, manchado de grasa. Atravesó la puerta y se dirigió hacia la barra. Dio las buenas noches con voz tímida, tan flojo el tono que los otros ni siquiera lo oyeron. Al barman se le achinaron los ojos, mostrando la más abiertas de sus sonrisas. Ojos achinados, ceñudos, de los que traman algo. Se fue tras el mostrador para servirle una copa al recién llegado. Iba frotándose las manos.

A pesar del aspecto vulgar y corriente que el hombre poseía, los otros tres creyeron ver en ese tipo a su más feroz enemigo, a aquel que les había usurpado la felicidad, la persona que cambió el rumbo de sus destinos y los llevó en dirección a un lugar maldito, un lugar cuyo nombre es tragedia. Así, Livia, veía al sádico Sergio; Isidro, al inepto conspirador de su cuñado y, Alejo, al descuidado y loco conductor que atropelló a su mujer y a su hija. Era una imagen nítida la que tenían. Los tres estaban seguros de que era él. Sin embargo, el aparente enemigo no parecía reconocerlos. «Está disimulando», pensaron. El odio de los tres era una energía contenida, situada a flor de piel, sin poder darle salida. Miraron al barman, pero este les hizo señal de que esperaran, aún no había llegado el momento.

—¿Le pongo algo señor?

El fulano levantó la cabeza, trepó por el taburete hasta colocarse encima y pidió un *brandy*. Las piernas le colgaban como a un muñeco de trapo en lo alto de una estantería. Todavía conservaba algo de dinero y había pensado gastárselo en *priva*; las tormentas le daban pánico, era un marchamo que guardaba desde crío, y quería ponerse ciego a copas, la noche sería así más llevadera. Después, buscaría algún puente o un techado cualquiera, que sirviera de cobijo para echar un sueño. Estaba calado hasta los tuétanos, necesitaba restablecerse con algo de alcohol. Mañana pensaría en arreglárselas como bien pudiera. Onofre García nunca se preocupaba por el mañana, se limitaba al día a día.

Echó un vistazo general al bar. «¿Por qué lo miraban tanto aquellos tres?». Se sintió ridículo y echó un repaso a sus propias ropas. «Sería por el mono de currante que llevaba», supuso. Estaba habituado a que lo miraran con desprecio, como a un apeestado, y tener que aguantarse. En el fondo no era más que un vagabundo que se

ganaba el sustento lo mejor que podía. En algunos lugares no le dejaban pasar. Allí, en cambio, parecía que no iba a tener problema, por lo menos el barman le estaba sirviendo el *brandy* que acababa de solicitar. De seguir en la buena dirección, se pediría todas las copas que su apretado bolsillo le permitiera.

Onofre era un fracasado. Y los sueños de una vida mejor habían pasado de largo. Ahora solo le preocupaba que su estómago estuviera contento, bien de comida bien de alcohol. Lo demás, sobraba. Porque Onofre no aspiraba a más.

ONOFRE GARCÍA

Onofre había nacido en el seno de una familia modesta. Bueno, más que modesta, comida por las deudas, que era aún peor. Su padre, persona irascible, de mal temple, había sido capataz de construcción. Pero, debido a su afición empedernida al vino y al aguardiente, lo mandó todo al carajo un día que tuvo una trifulca con uno de los chavales que trabajaba en la plantilla. Las desavenencias llegaron no porque el chico fuera mal trabajador o persona poco disciplinada, sino por ser el hijo de quien era: el vástago de un carpintero, vecino del barrio de Juan de Dios (así era como se llamaba el padre de Onofre) con quien se llevaba a matar, ya que el artesano de la madera, de joven, había sido novio de la Adelaida (la mujer de Juande y madre de Onofre) y el primero que se la beneficiara. Y eso Juan de Dios no había conseguido asimilarlo ni superarlo del todo; lo que le ocasionó, desde que se casara con ella, un serio retintín de poco hombre y mal follador. Así que un buen día saltó la chispa que complicara un poco más, si cabe, su torturada existencia. Y todo porque el chico llegó con cierto retraso al trabajo, y el hombre, que se la tenía jurada a la más mínima que hiciera por lo anteriormente expuesto, comenzó a insultarlo y a soltarle improperios de mala estofa, de tal modo que, mientras las decía, se le fue subiendo la ginebra recién ingerida a la cabeza y, sediento de venganza como estaba, le propinó tal paliza, que dejó baldado al chiquillo alrededor de tres semanas. Aquello le costó el puesto, y el que nadie lo quisiera contratar en otra obra. Desde entonces estuvo parado y sin un chavo que echarse al pantalón. A partir de ahí, se consagró a la bebida en exclusiva, convirtiéndose en un borrachuzo las veinticuatro horas del día. Adelaida, cuya inocente desvirgada supondría una cruz impuesta desde el cielo, se dedicó como buenamente pudo a fregar escaleras y limpiar casas por horas. Mas no le duró mucho la alegría del trabajo porque, debido a lo horrible de su penitencia, también se le pegó eso de empinar el codo para sentirse aliviada de las palizas del Juande y de las preocupaciones familiares, hurgando en las casas donde faenaba en busca del codiciado líquido, perdido el norte cuando la encontraban los dueños, bien en un vaivén continuo, como barco en medio de la tormenta, bien en estado de sopor, tumbada en cualquier parte. Por lo que se vio pronto en la calle, sin otra asignación ni oficio que seguir dándole al frasco a costa de pedir y mendigar por ahí.

Debido a la nefasta constancia con el alcohol, a la pareja se le fue agriando la leche de manera demoníaca y malvada, y solo la violencia desatinada e irracional con el bueno de Onofre daba cierta salida a las frustraciones arrastradas por el matrimonio, de tal modo que el crío, unas veces amanecía con quemaduras de cigarrillo en el vientre, o con moratones y lisiados en la cabeza. Por eso, desde bien pequeño las palizas que recibiera se habían convertido en costumbre, como el comer y el beber, y el día que no le pegaban, Onofre sentía como que le faltaba algo. Pero a

la larga, un día y otro y otro se hacían muy cuesta arriba, hasta que una noche, que contaba él con doce años, llegó el padre totalmente ebrio, con la cara machacada de hostias, y no se le ocurrió otra cosa mejor que pagarla con él, pero esta vez no iba a ser con las manos, a base de sencillas bofetadas o ligeros puñetazos, ni con los pies como en anteriores ocasiones, sino que cogió un cuchillo de la cocina y le rebanó un trozo de oreja porque le salió de los huevos. Su madre, que llegó cinco minutos después de sucedido el percance, ni siquiera se dio cuenta de los terribles gritos que su hijo profería por el dolor y el acojono, y se fue directamente al catre de la curda que arrastraba, haciéndose un lado como pudo junto al energúmeno de Juan de Dios.

Acto seguido, Onofre se puso un trapo en el oído para intentar detener la hemorragia. Y salió por la puerta, horrorizado, para nunca más volver.

«Esos tipos me miran demasiado. ¿Qué querrán de mí?», pensó, escamado. Una sombría intuición comenzó a nublar sus pensamientos. Los ojos que le echaban esos tres eran ojos de fieras rabiosas, hambrientas de no sabía qué. «Me daré la vuelta y evitaré así sus miradas». Por hacer algo y distraer la atención, se puso a contar las jarras de cerveza que colgaban de los ganchos hasta que consiguió calmarse; cada una de las jarras llevaba dibujado el símbolo de una marca diferente de cerveza. El barman le rellenó la copa sin que él se lo pidiera: «Invita la casa», dijo. «Menos mal que hay alguien que se enrolla aquí». Y le dio las gracias.

—¿Sabe dónde puedo encontrar trabajo? Acabo de llegar al pueblo y no conozco nada —le preguntó Onofre, agradecido todavía.

—Amigo, creo que no debe preocuparse por el trabajo, en Cantina Blanca no suele faltar. Desde luego, ha venido usted al lugar idóneo. Así que lo mejor que puede hacer es disfrutar de su copa, sin más complicaciones. Por aquí viene mucha gente que tiene negocios propios y que está deseosa de contratar a gente nueva. Es posible que trabando conversación con ellos pueda encontrar algo que le interese. Confíe en mí, ya verá como lo que le digo es cierto.

El poder de persuasión del barman y lo extremado de su magnetismo lo convenció por completo. Onofre se sintió arropado y dejó de intranquilizarse. El trabajo le llegaría solo. «Qué cojonudo que es este sitio», pensó el infeliz, «presiento que este lugar será el definitivo. Aquí es dónde voy a quedarme para siempre».

Onofre se había pasado los últimos meses buscando un trabajo con desesperación, una ocupación que pudiera sacarlo de la indigencia absoluta, aunque aún no hubiera sido capaz de encontrarlo, porque su corta edad, dieciocho años, y su aspecto frágil, escuchimizado y ridículo, hacía que lo trataran como a un pelele, y la mayoría de los que le contrataban terminaban por no pagarle. Pero esta vez, las cosas iban a cambiar, estaba seguro de ello...

Onofre, al huir aquella noche de casa, tomó conciencia de que acababa de convertirse en un vagabundo. Erró por calles oscuras, el cuerpo dolorido, el ánimo atolondrado y sin saber qué hacer. Hacia esa dirección confusa iban encaminadas sus ideas, cuando, al doblar la avenida a la derecha, se topó de golpe con un parque. En medio, había una pequeña fuente con forma de cabeza de león. De la boca manaba agua. Cogió el trapo ensangrentado y lo lavó repetidas veces. La sangre tiñó las aguas embalsadas que fluían del incansable surtidor. Al colocárselo otra vez en la oreja sintió alivio, el agua estaba tan fría que le hizo olvidar el dolor. Ahora parecía que sangraba menos la herida. Onofre no tenía idea de dónde se encontraba. Debía de

estar en la otra punta de la ciudad, a juzgar por la cantidad de pasos que había dado, y aunque quisiera regresar a casa, no sabía muy bien cómo hacerlo. De todas maneras, no pensaba volver, eso significaría su muerte, más tarde o más temprano. Esta vez había sido, simplemente, la amputación de un trozo de oreja. Quién le garantizaba a él que la próxima vez no fuese una puñalada traperera en el vientre. Sentía por sus padres un profundo odio, pero al mismo tiempo, y sin saber por qué, los necesitaba. Quizá fuera por el estado de abatimiento en que se encontraba, quizá por pura necesidad, o quizá porque no conocía otros seres humanos que no fueran sus padres.

El sueño lo estaba venciendo, molido como estaba, los párpados eran pesadas losas de mármol. Vio un barracón a la izquierda del parque en el que seguramente se llevaban a cabo conciertos musicales durante las fechas veraniegas. Se dirigió hasta allí. Entre medio del entarimado, por uno de los laterales, había una trampilla sin candado. Tiró de ella y vio que había un pequeño hueco con útiles y herramientas. Cabía dentro perfectamente, así que se acurrucó y se quedó dormido en seguida. Mañana pensaría en algo.

Se despertó al amanecer, tiritando de frío. Al incorporarse tropezó la cabeza con el bajo techo del cobertizo. Recordó que se encontraba en una especie de madriguera, a oscuras por completo. Tanteando, consiguió encontrar la portezuela y salió al exterior. Naturalmente, a esas horas, el parque estaba vacío. Se oía el trino de los gorriones. La oreja le dolía bastante más que ayer. Fue de nuevo a la fuente y terminó de quitarse los restos de sangre. Esta vez con mucho cuidado, pues se había adherido la costra.

Las tripas se contorsionaban en su vientre del hambre que sentía, y lo peor era que no había nada que echarse al estómago. Se puso a caminar sin dirección fija. Al atravesar una calle se encontró con un chusco de pan enmohecido y se lo echó a la boca. Sabía a rayos, pero no le importó, el hambre era mala consejera y quería acallarla para pensar con más calma. Siguió caminando, perdido entre calles y más calles, hasta terminar en el extrarradio, en una de las carreteras de salida de la gran ciudad. Se colocó junto al arcén y se puso a hacer autoestop. La cosa estaba un poco complicada puesto que, a las cinco y media de la madrugada, pocos coches transitaban la vía. Al cabo de una hora se detuvo un trailer de gran tonelaje. El camionero le preguntó hacia dónde se dirigía. Onofre dijo que a ningún lugar en concreto, que se iba a recorrer mundo. Le dijo que subiera. «Cuando quieras bajarte, vas y me lo dices, ¿de acuerdo? Yo voy al extranjero, así que bajándote del camión antes de llegar a la frontera, me da igual donde te quedes». Asintió con un encogimiento tímido de hombros y se puso a curiosear la cantidad de botones y palanquitas que llevaba el cuadro de mandos. A la media hora de haber emprendido el viaje se dio cuenta de que el camionero no le quitaba ojo de encima. «A lo mejor son figuraciones mías», pensó. Pero era evidente que no, que el conductor lo miraba de reojo, sin parar.

—Será mejor que nos detengamos en el primer peaje que encontremos y

comamos algo. Seguro que debes de estar hambriento, ¿a que sí, muchacho?

Oír la palabra comida sonó a música celestial. Recordó que sus tripas seguían rabiosas y desangeladas.

—Muy bien, como usted diga —contestó Onofre, muy modoso.

—¡Oh!, no tienes que hablarme de usted, eso me hace parecer aún más viejo. Llámame si quieres Marco, ese es mi nombre. En la litera llevo un par de bocadillos de tortilla de patatas, en cuanto paremos nos sentamos atrás y nos los tomamos con dos coca colas, ¿ok? —El camionero acercó la mano hasta la pierna de Onofre y le dio un suave apretón en el muslo. Este se encogió, arredrado—. Eres muy valiente viajando solo por estos mundos de Dios, ¿sabes? Pero conmigo no tienes que sobresaltarte. Soy un buen tipo —el camionero soltó una mano del volante y se dio un apretón en la entrepierna, que estaba bastante abultada y, sin quitar la vista del chico, se relamió los labios con fruición. Onofre se puso a temblar de manera inconsciente. Tenía la mosca pegada a la oreja, y no precisamente por la sangre costrosa. Comenzó a olerse que algo no iba bien.

El conductor se desvió en el primer peaje que encontró en la autovía. Aparte de su vehículo, no había ningún otro aparcado. Cuando se detuvo, Onofre intentó abrir la portezuela y salir corriendo, por si acaso, pero no sabía cómo demonios hacerlo pues la puerta se resistía con tenacidad. Las lágrimas asomaron a los ojos. Y le dijo al camionero, entre ligeros sollozos, perdida la serenidad, que por favor le abriera, que se estaba orinando y no podía aguantarse por más tiempo. Pero este manifestó que antes de eso tenía que hacerle a él un pequeño favor y que luego podría salir a orinar cuantas veces quisiera. Terminado de decir aquello, el camionero se sacó el pene, enhiesto de pura lujuria, de una horrible coloración entre violácea oscura y negra, semejante al color de las morcillas recién hechas, y, cogiendo al pequeño Onofre del pelo, se abalanzó sobre él, obligándolo a situarse en la litera que había tras los asientos; y, allí mismo, desatado el instinto de la depravación, lo puso boca abajo, le aplastó la cabeza contra el colchón, mientras que con la otra mano le bajaba los pantalones y se colocaba luego encima, dejando caer el pesado cuerpo contra el suyo, ensartándole con precipitación y brutalidad el miembro por el culo, llegando a desgarrar las paredes del ano. El camionero menospreciaba los lamentos del chico, que gritaba a rabiar por el suplicio y la tortura a los que estaba siendo sometido, rompiendo el sádico silencio del interior de la cabina del camión.

Una vez que hubo eyaculado, abrió la puerta y lo sacó de un empellón.

—Ya puedes mear todo lo que quieras. Es tu turno —le dijo con chulería y desdén al tiempo que se subía la cremallera del pantalón, salpicado por unas cuantas gotas de esperma—. Ahora me debes un favor tú a mí: Si tenías problemas de estreñimiento, ya sabes que se te han acabado —y soltó una maliciosa carcajada, lanzando el hatillo de Onofre a sus pies, al mismo tiempo que se sentaba sobre el asiento del camión. Arrancó rápido y se marchó, sin volverse siquiera hacia el chiquillo, que permanecía mirando sus pertenencias en el suelo, totalmente ido, abatido por un horrible dolor en

el trasero y con miedo de tocárselo, pues tenía la sensación de que le habían insertado un puñal afilado por el orificio.

Ni pudo ni quiso permanecer por más tiempo paralizado en el peaje, como un simple espantapájaros, y, muerto de miedo, se largó por entre medio del campo. Estuvo vagando varios días, pasando un hambre atroz, robando comida cuando pasaba cerca de un caserío o por los alrededores de un pueblo. Aprovechaba el más mínimo descuido para colarse en las cocinas y arramblar con lo primero que pillaba. Más de una vez tuvo que salir corriendo al pillarlo in fraganti, pero era demasiado veloz y nunca conseguían atraparlo debido a su complexión delgaducha y al pavor que le insuflaban sus piernas.

Así transcurrió la aventura de su éxodo campestre hasta que llegó a una nueva ciudad. Allí pensó que resultaría más fácil buscarse la vida que deambulando por entre medio de caminos solitarios y campos de cultivo.

Los primeros días se dedicó a pasear por calles céntricas, en los lugares más frecuentados por los turistas, donde la concurrencia se sentaba a tomar tapas y bocadillos. Onofre esperaba entonces a que terminaran de levantarse de sus asientos para recoger los bocados sobrantes, salir a toda prisa y devorarlos en una esquina con el ímpetu inagotable del que está en crecimiento y falta de alimento. Estaba convencido de que era menudo como consecuencia de la hambruna, las palizas y las penalidades varias que había pasado desde el nacimiento. Prefería robar comida a mendigar dinero por miedo a acabar en un correccional de menores. Eso le producía un miedo irracional. Había oído que en lugares de esa índole maltrataban a los chavales con látigos y después los metían en grutas oscuras, los encadenaban a las paredes y dejaban que se pudrieran de hambre y necesidad. Y a él le sobraban esas espeluznantes cárceles, fruto sobre todo de pesadillas solitarias y nocturnas. Además, contaba con la ventaja de que había encontrado un refugio en las afueras. Se trataba de una casa abandonada y ruinoso, pero al menos le proporcionaba cobijo y protección los días de lluvia y frío.

Al cabo de un tiempo de merodeos frecuentes por el entramado de callejuelas de la ciudad, de conocer los más escabrosos lugares de vicio y vejación, pensó que tenía que ganar un dinero si quería sobrevivir, que no era solo cuestión de llenar el estómago y mantenerlo acallado. Así fue como un día se percató de que había numerosos fulanos que salían a las calles a la hora en que la población comenzaba a bostezar. Se dedicaban a buscar cartones, papeles, metales; cualquier tipo de desperdicio en los contenedores de basura. Un oficio de desahuciados, un submundo marginal de pobreza y miseria al que no le quedaba más remedio que acceder. En dicha labor de recogida andaba un viejo enjuto, desgastados los huesos de tanto chupar calle y con pinta de loco, cuando Onofre lo abordó para preguntarle qué hacía con todos esos desperdicios que, en apariencia, carecían de utilidad. «Se los llevo a Pedro “El Usura” que tiene un almacén de cosas inservibles en la calle del Cristo desamparado», le contestó el viejo. «Yo, la verdad, que no sé qué hace con ellos,

igual los colecciona, pero a mí al menos me proporciona unas perras pá vino, tabaco y pá calentarme el estómago si me da la gana», repuso orgulloso, igual que un ejecutivo de ventas, mientras se rascaba un verruga sangrante que tenía en la sien.

A la mañana siguiente, se fue hasta una gran superficie de comestibles y, en un descuido, se llevó un carrito de la compra, herramienta imprescindible para comenzar a trabajar y pilar fundamental para su utilización como vehículo de carga pesada. Esa misma noche se puso a revisar, curioso, los contenedores de basura que le pillaban al paso; en especial los de las zonas comerciales e hipermercados, que era donde más abundaban los papeles, embalajes y cajas de cartón. Los iba prensando y colocando de manera ordenada, atándolos con cordeles que encontraba en la misma basura para aprovechar mejor el espacio del carrito, representaría más dinero cuando se los llevara al «Usura». Acabada la jornada aquel día, se sentía extenuado de tanto andar buscando contenedores, de ir alargando el cuello para meter la cabeza dentro y de tragarse los olores nauseabundos de restos en descomposición, pero cuando le entregó el material a Pedro «El Usura» y este le dio sus primeros emolumentos se le quitó de repente la incomodidad de las cervicales, la irritación de nariz y se marchó radiante a su guarida. Aunque no era mucho dinero lo percibido, podría ir ahorrando para comprarse algunas latas de conserva, embutido, pan y algo de ropa, pues la poca que llevaba consigo estaba hecha polvo. Además, se le estaba quedando chica.

Desde entonces, salía a diario a la busca y captura del cartón abandonado, contabilizando los contenedores más ricos en el codiciado material y buscando en las horas más adecuadas del atardecer o de la noche, según horario del comercio. El carrito de la compra se convirtió en una especie de prolongación de sus brazos, en una costumbre diaria, de tal modo que se sentía extraño cuando no lo iba empujando. Con el transcurrir de los días, se apercibió enseguida de que, «El Usura», cada vez le iba dando menos dinero, a pesar de recoger la misma cantidad o más de materiales de desecho que al principio: «Esto es lo que hay hoy», le decía con gesto austero y apenado, «realmente lo de los cartones y papeles se está poniendo pero que muy difícil. Esto ya no es lo que era», y se sacaba unas monedas, depositándolas sopesadamente sobre la mano de Onofre, como si de esta manera pareciera que le estaba dando un considerable capital.

La ilusión con que había emprendido la aventura empresarial fue disminuyendo en proporción directa a como aminoraba el capital percibido. Onofre se resignaba por saberse débil y no ver más salida que esa para su mejor mantenimiento.

No obstante, la fortuna quiso que dejara el trabajo de los desperdicios el día en que conoció al Bitín, un gitanillo de su misma edad, despierto y espabilado. Todo lo contrario a él. Sucedió a raíz de una disputa que tuvo con un borracho que quería sisarle las pertenencias de un contenedor. «Te voy a matar como no te largues de aquí», balbuceaba colérico, en una especie de trabalenguas pegajoso, enigmático y violento. Onofre ya estaba recluso debido a las amenazas proferidas cuando apareció repentinamente el Bitín y le dijo al embriagado que se largara de allí ahora

mismo o llamaba a sus hermanos para que le dieran una buena somanta de hostias. El borracho, que no sabía si creérselo o no, optó por escabullirse de allí, dado el aspecto agitanado y *choricero* del presunto.

Entre el Bitín y Onofre surgió pronto una camaradería sustentada por la necesidad de dinero, porque el gitanillo también se buscaba la vida por esos mundos de Dios, aunque de una forma más eficiente, y le propuso a Onofre formar un tándem de negocio. Él era el segundo mayor de cuatro hermanos de una familia calé. A su padre lo habían matado en una reyerta gitana como consecuencia de rivalidades con otra familia, y su madre estaba impedida de cintura para abajo debido a un atropello cuando venía de pedir limosna. En vista de las desdichas y el estado precario en el que se situó la familia, el hermano mayor, que contaba con tan solo diecinueve años por aquel entonces, tuvo que sacar a la familia adelante, metiéndose a *trapicheador* de hachís y marihuana. El Bitín había pasado así a convertirse, con catorce años, de chaval haragán y perezoso las veinticuatro horas del día, a camello de poca monta y brazo derecho de confianza de su hermano Gervasio, que era el que le proporcionaba el género drogodependiente. Y su cometido sería la distribución y reparto de material por lugares como institutos, colegios, salas de juegos y áreas de esparcimiento diversas. «Ahora seremos dos y podremos repartirnos las zonas mejor. Luego, a poner la mano, que el Gervasio se enrolla», le explicó.

El gitanillo le fue mostrando los puntos de venta calientes donde debía proceder al reparto, le presentó a los clientes más asiduos para que se conocieran y tomara confianza. A partir de ahora, él sería el nuevo distribuidor de estupefacientes en ese sector.

Cada mañana el Bitín pasaba a despertarlo por la chabola en ruinas y le pasaba el género a repartir ese día. Material que llevaban dividido en posturas de diferentes pesos y tamaños. «Si seguimos así pronto nos haremos ricos y dejaremos de dar bandazos como unos colgaos por la calle», le decía. Onofre se mostraba encantado de ganar dinero de una manera tan sencilla. Por cada postura o fracción vendida, el Gervasio les garantizaba un pequeño tanto por ciento, y como se vendía bien, pronto Onofre fue capaz de ir ahorrando una cantidad suficiente de dinero. Cuando daban por finalizada la jornada, normalmente a media tarde, los dos amigos se reunían en una sala de videojuegos, y después de tomarse unas latas de cerveza, se marchaban a casa del calé, donde el Gervasio los aguardaba para cerrar la caja del día, siempre a espaldas de la madre, que prefería cerrar los ojos ante la evidencia de que sus propios hijos estaban realizando un trabajo fuera de la ley. Luego, tras el reparto económico, volvían a marcharse, esta vez para dar una vuelta por ahí y entretenerse. «Vente que te voy a presentar a dos *chorbas* que son más putas que las gallinas y se dejan meter mano por cuatro perras», le dijo un día a Onofre, hecho un gallito.

A las dos chicas, que tendrían unos dieciséis años, no más, se las encontraron sentadas junto a la puerta de una conocida hamburguesería. El Bitín las llamó con un silbido y ellas, conocedoras de la señal, acudieron solícitas. «Hola, os presento a mi

amigo Onofre», dijo, sonriente, mientras cogía a una de ellas por la cintura. Decían llamarse Vanesa y Nancy, pero el gitanillo le dijo a Onofre al oído que esos no eran sus verdaderos nombres, que como todas las putas se lo habían cambiado para darse mayor importancia. «Esta es la tuya», añadió señalándole a la morena, que llevaba unas mallas azul metalizado que se ajustaban a piernas y caderas como si le fueran a cortar la sangre. Decidieron irse a celebrar la fiesta a la casa cochambrosa de Onofre, allí nadie los molestaría para llevar a cabo sus voluptuosos desmanes. Antes se acercaron hasta el supermercado y compraron un par de botellas para calentar motores, siempre sentaban bien unos traguitos, sobre todo de *Whisky*, le retrasaban a uno la eyaculación. Era un truco que se tenía bien aprendido el gitanillo.

El Bitín se situó en un colchón sin sábanas, lleno de suciedad y porquería. La chica, al igual que una profesional, comenzó a besarlo y meterle mano por encima, desabrochándole luego el pantalón con mucha urgencia para llevar a cabo una follada. Mientras, en la otra habitación, Onofre se mantenía tenso y angustiado, incapaz de que su miembro se levantara. Vanesa, por el contrario, se mostraba hacendosa trajinándole el paquete, pero era imposible enderezar aquel instrumento. Onofre lo achacó a que era la primera vez que se enrollaba con alguien del sexo contrario; pero luego, al ver que acudían a su mente imágenes en extrañas circunstancias eróticas con su amigo, donde se imaginaba a los dos morreándose y tocándose, se dio cuenta de que lo que en rigor le gustaba eran los seres de su misma naturaleza, sacando en claro que era poseedor de la condición homosexual, y que la sodomía llevada a efecto aquel espantoso día por el camionero lo había marcado para siempre.

Fue toda una sorpresa descubrir que estaba enamorado de su amigo. Tuvieron que darse aquella serie de factores y circunstancias ambientales para que se le abriesen los ojos. Onofre temió que su amigo se pudiera enterar, y decidió entonces llevarlo por dentro, en atormentado silencio. Muchos días fueron los que se mantuvo así, con el ocultamiento y la incertidumbre ante la posible pérdida de un ser querido.

Una mañana de primavera, en la que corría una temperatura más veraniega que primaveral, Onofre aguardaba, como cualquier otra jornada, a que llegara el Bitín e irse juntos de trapicheo. Pero esa mañana se estaba retrasando demasiado. Y no era normal. Su amigo era de una extremada puntualidad para el tema de los negocios y ya eran las doce del mediodía. Nervioso, aguardó un poco más, no fuera a ser que llegara por otro camino, cosa que le extrañaba mucho. Al cabo de un rato largo, viendo que no se presentaba, decidió ir a buscarlo. Se lo encontró a medio camino, en lo alto de un montículo. Lloraba desconsolado. «¿Qué te ocurre?», le preguntó, al verlo en ese estado de congoja. «Es por el Gervasio, lo ha trincao la pasma esta madrugada y le han requisao tó el material que había en la casa. Y ahora no sé de qué vamos a vivir». Onofre sin saber qué hacer ni cómo actuar, invadido por un sentimiento repentino de amor, ternura y erotismo, quiso darle merecido consuelo a su amigo, y no se le ocurrió otra cosa mejor que abrazarlo y lanzarle un deseado beso

en la boca. El gitanillo, confuso y desorientado al principio, terminó finalmente por levantarse irritado y, muerto de asco, se frotó los morros, como queriendo quitarse el virus de la peste bubónica, escupió en el suelo varias veces y comenzó a gritarle: «maricón, que eres un maricón», soltándole numerosas patadas en la cabeza con el desconcierto y la rabia de un trastornado mental. «Pero cómo estaba yo, pá no darme cuenta, *hijoputa*» y continuaba con las patadas. Onofre permanecía en el suelo hecho un ovillo, encogido, sangrando por los pómulos, los ojos, las orejas. No había zona que no estuviera lesionada. Se llevó las manos a la cara para intentar amortiguar los golpes hasta que perdió el sentido. El Bitín estaba fuera de si, enfurecido: «No quiero verte el pelo más, so maricón; si te vuelvo a ver otra vez te mato», masculló mientras se alejaba del allí. Dejando abandonado a su suerte al bueno de Onofre, que yacía inconsciente y medio muerto en lo alto del montículo.

—Aprovechando que estamos hablando de empleo, le diré una cosa, si me lo permite, que quizá le pueda interesar: por aquí viene mucho un cliente de los más potentados del pueblo —le comentaba el barman a Onofre, mientras este, atento, apuraba la copa de *brandy* de un trago—. Empezó hace veinte años vendiendo huevos por las casas. Los repartía en una vieja bicicleta, heredada de su abuelo, pues no tenía ni para comprarse una. Cada día, se recorría prácticamente todo el pueblo, llamando de puerta en puerta. Y gracias a su mucho esfuerzo y tesón logró alcanzar su sueño dorado, que era poseer una cadena de joyerías —Onofre puso gesto de no acabar de entender el mensaje. El barman se dio cuenta de ello y continuó hablando—. Usted, caballero, me dirá qué tienen que ver las joyas con los huevos. Pues muy simple. En cuanto se lo explique, lo entenderá. El individuo, en cuestión, hombre habilidoso y despierto donde los haya, al mismo tiempo que aprovechaba las visitas para vender los huevos, decidió hacerse de un muestrario de baratijas y bisutería de poca monta, compradas por cuatro perras, en la capital. Imagino que usted, a quien también se le ve una persona despierta —Onofre se sintió reconfortado de orgullo y contento ante el comentario del barman—, ya debe haber intuido que la mayoría de la clientela eran amas de casa. Y como se tenía ganada la confianza de todas ellas, resultó muy sencillo enseñarle el muestrario de joyas, sin ningún tipo de compromiso. La curiosidad de las mujeres por ver sortijas, cadenas y pendientes lograba que mordieran el anzuelo y terminaran comprando alguna que otra cosa. Y poco a poco fue ampliando el muestrario. Pero aquí no se acaba la cosa —continuó el barman—, sino que, como esta persona tenía fino olfato comercial, daba facilidades de pago para que pudieran obtener alhajas de mayor cuantía. Así pasó de las baratijas a poseer anillos y pulseras de oro de gran pureza y, de ahí, a llevar piedras preciosas y relojes de alta gama. Pasado el tiempo logró dejar las agotadoras visitas a domicilio de una vez por todas para montar su primera joyería. Luego vendrían más.

Onofre suspiró de envidia. Él siempre había deseado ser alguien así, alguien hecho a sí mismo. «Puf..., eso sería lo máximo. Salir de la nada y hacerse de oro sin tener que rendir cuentas a un superior», pensó. Pero esa idea estaba tan lejana, a tantos años luz de sus circunstancias personales, que la había desechado por resignación. Los palos recibidos, aun siendo su vida demasiado corta, habían sido muchos, y, solo en sueños, fantaseaba con historias de ese tipo. Onofre había sido despreciado por el destino, vapuleado y maltratado, y por todo ello buscaba con insistencia una salida a tanto horror. El horror del abandono, de la soledad, del castigo, de la pobreza. Quién era Dios para tratarlo de esa manera; quién se creía que era para que todo le saliera mal. Alguna vez pensó en suicidarse, pero no tenía valor suficiente ni agallas para hacerlo porque en el fondo era un perdedor.

Ahora creía poder alcanzar ese estado de equilibrio que tanto ansiaba, al menos el barman así se lo había asegurado: «Aquel era un pueblo agradecido», acertó a decirle. Onofre divisó una minúscula rendija de luz entre tanta desesperanza. «Quizá ahora cambie mi suerte, ¿por qué cojones no puede cambiar?».

En uno de los emplazamientos previos a su llegada a Cantina Blanca, consiguió encontrar trabajo en una chatarrería. El dueño, persona hipocondríaca, de unos cincuenta años, aquejada de múltiples dolencias imaginarias, le compraba a Onofre cuantos cartones, papeles, hierros oxidados y demás desechos industriales encontraba al paso. El chico había regresado a sus inicios, a sus raíces primigenias. La idea de traficar con drogas la descartó por completo, resultaba peligroso no poseer buenos contactos con el mundo el hampa que pudieran facilitar dicha tarea.

Enrique, que así se llamaba el chatarrero, se iba haciendo mayor para las labores pesadas de carga y descarga, ello suponía una dificultosa traba para la artrosis galopante que, según creía, venía padeciendo en los últimos meses. Cuando vio aparecer con cierta frecuencia a aquel muchacho que, aun siendo desgarbado y poquita cosa, podía muy bien ajustarse a sus planes, le propuso la posibilidad de convertirse en su asistente, obteniendo así un trabajo estable en una época difícil como aquella, donde los oficios escaseaban. A Onofre la idea le pareció estupenda. «Mañana mismo te quiero aquí», le dijo Enrique. «Además, si lo prefieres, puedo ofrecerte alojamiento en el cobertizo. De esta manera la chatarrería estará vigilada. Algunas veces me han entrado a robar, pero si saben que hay alguien viviendo aquí, no creo que se atrevan».

La primera noche que se quedó a dormir en la chatarrería dio saltos de alegría. Por fin había encontrado algo digno, que parecía ser serio y que pondría el punto y final a tantas penurias y lamentaciones. Se metió en el camastro, que no era tan incómodo como le pareció en principio, rodeado de ruedas de bicicleta, hierros retorcidos, trozos de chapa de coches y fragmentos de motores. Miró el mono de trabajo que le aguardaba al día siguiente. Se lo había probado con antelación y le quedaba perfecto, un poco holgado, quizá. Al poco, se quedó dormido. Soñó que la habitación se llenaba de una espesa bruma de color rojo. En medio del sueño, Onofre se despertaba sobresaltado y se incorporaba sobre el camastro. Miraba extrañado a su alrededor, no reconocía el lugar. De repente, una puerta se abría y aparecía el Bitín sonriente y, sin decir nada, se acostaba a su lado, apartando las sábanas, y le acariciaba el cuerpo, muy cariñoso. «Perdona lo de aquel día. No fue mi intención», le decía mientras sus dedos exploraban los testículos de Onofre y jugueteaba con ellos, delicadamente. Sintió que la lujuria se apoderaba de él. «Date la vuelta y déjame hacer», le dijo el gitanillo. Onofre parecía navegar en el espacio, en medio de la gravedad cero, ligero, ágil. El Bitín lo penetró despacio, sin hacerle el más mínimo daño, empujando suave, una y otra vez. «Ya nada nos separará», le susurraba al oído,

«Ya nada nos separará...».

Se despertó justo cuando estaba eyaculando. Golpeaba el miembro contra el colchón. Su esperma brotaba de forma compulsiva, en breves borbotones, dejando un reguero de manchas en los calzoncillos. «Te quiero, te quiero», decía Onofre, despertando del sueño. Abrió los ojos y no pudo ver nada. A tientas, buscó el interruptor, que colgaba de un cable junto al cabecero, y miró descorazonado la chatarra, que acaparaba todo el espacio, exceptuando los alrededores de la cama. El Bitín había sido un sueño. Un sueño bonito que nunca se haría realidad. Entristecido, se tumbó boca abajo, con lágrimas en los ojos. Y así estuvo un buen rato hasta que volvió a dormirse.

Pasados los días, a Onofre se le veía trabajar con dedicación y ahínco. Enrique se vio así más relajado, con tiempo suficiente para llevar adelante las gestiones de comercialización importantes que demandaba el negocio. A la chatarrería llegaba mucha gente buscando objetos de segunda mano que comprar. Adquirían cualquier cosa por absurda que pudiera parecer: tornillos oxidados, clavos retorcidos, aparatos electrodomésticos inservibles, carburadores de coches accidentados, parachoques abollados, rejillas para las ventanas, colañas de casas derruidas o viejos raíles de tren. Mientras Enrique cerraba tratos con los clientes de mayor envergadura, Onofre cargaba y descargaba el material que traían los camiones y las furgonetas. Siempre había que estar colocando y recolocando objetos. El caso es que no se paraba un minuto. «Onofre lleva cuidado con esa cómoda. Es de madera de buena calidad y luego se puede vender bien», le vociferaba desde el otro extremo. Enrique no es que le pagara mucho, pero como Onofre apenas gastaba, estaba a gusto en su trabajo.

A las pocas semanas llegó por allí la esposa de Enrique. Hasta entonces, Onofre no había tenido ocasión de conocerla, si bien Enrique le había hablado con frecuencia de ella, elogiándola y poniéndola por las nubes. «Tengo una mujer que muchos la quisieran. Es lo más bonito que ha parido madre», decía orgulloso. «Un día la conocerás. Ya me dirás... ya me dirás... Si no tengo yo razón».

Y ese día, por desgracia, terminó llegando.

—Te presento a Silvia, mi mujer.

Enrique no cabía en sí de gozo, exultante por lo afortunado que se sentía por estar al lado de esa mujer. Daba la impresión de no creérselo bien del todo, de estar casado con una estrella del cine hollywoodiense. Cuando la realidad era otra muy distinta. Silvia, la mujer de Enrique, era ni más ni menos que una mujer presuntuosa, engréida de su propia belleza, aunque esa belleza estuviera ausente por completo, y fueran más bien las adulaciones que le brindaba su esposo a cada momento las que le hicieran creérselo de verdad. Llevaba un vestido inapropiado para su edad, fuera de tono y lugar: rojo chillón, de dos piezas, con la falda por encima de las rodillas y unas medias negras con bordados de rombos haciendo relieve. Además, iba por entero maquillada, intentando disimular las arrugas y las patas de gallo. La definición de Onofre al verla fue la de tener delante de sí a un adefesio escapado de un centro de

salud mental. Silvia, tras la presentación, le dio dos besos en la mejilla, uno de ellos le rozó la boca. Onofre apreció el sabor del carmín, dulce y empalagoso. «Encantado de conocerte», dijo con embriagador tono voz. Onofre se percató enseguida de que una mirada furtiva se desviaba a su entrepierna, contemplando deseosa el abultamiento que se le originaba bajo el mono de trabajo. Desconcertado, se metió las manos en los bolsillos, intentando que la mujer se olvidara de aquel detalle. Enrique, ajeno a la hojeada de la esposa, comenzó a toser de repente.

—Es esta cochina bronquitis, que no me deja ni a sol ni a sombra —dijo a modo de disculpa—, uno ya no está para estos achaques.

—Ni para esos ni para otros que yo me sé —le reprendió Silvia con desdén.

—Hay que ver cómo eres, querida —repuso Enrique con entonación borreguil.

A partir de entonces, las apariciones de Silvia en la chatarrería aumentaron tanto en frecuencia, como en riesgo y peligrosidad. Aquella mujer desequilibrada lo perseguiría a cada momento, sin darle tregua. Aprovechaba la más mínima ocasión para meterle mano, sin importarle la zona. Tocaba a bulto, a ciegas. El caso era tocar carne de otro costal, y punto. «Señora Silvia, por favor, déjeme trabajar», le decía Onofre, mientras la esquivaba, como perseguido por los demonios. Y se marchaba a paso ligero, siempre disimulando para que Enrique no pudiera percatarse de los despropósitos de su esposa. «Es que estás tan bueno, cabronazo», añadía la loca.

El neurasténico de Enrique era incapaz de ver anomalía alguna en las prácticas lascivas de Silvia. Por su cabeza no pasaba la posibilidad de un adulterio. En varias ocasiones la pilló haciendo algún que otro movimiento extraño, pero la disculpaba pensando que jugueteaba amigablemente. «Yo he perdido el brío de la juventud y ella todavía es fuerte e impetuosa, necesita relacionarse con gente más joven que ella para quemar toda esa salud y vitalidad que le sobra. Y es que en el fondo continúa siendo una chiquilla».

Enrique, una mañana, sintiéndose generoso, le regaló una motocicleta que le habían llevado al desguace y todavía estaba en buen estado: «Toma es para ti, con ella podrás moverte libremente por la ciudad. Ya no tendrás que depender de caminatas ni de tomar el autobús cuando quieras darte una vuelta». Onofre se lo agradeció y pensó para sus adentros que no defraudaría nunca a su jefe.

Pero las visitas de Silvia se sucedían sin parar. Lo que llevaba a cabo esa mujer eran acoso y persecuciones implacables. Onofre intentaba esquivarla en vano, porque le resultaba materialmente imposible detener aquel torbellino libidinoso. De seguir así la cosa, Enrique terminaría por enterarse de que la buena de su esposa era una ninfómana, violadora de jóvenes. El pobre Onofre no daba pie con bola a la hora de trabajar, se equivocaba con los fardos, colocándolos en lugares en los que tenía que depositar otros. «¡Pero qué es lo que te pasa esta mañana, estás tonto o qué! Que ahí van los marcos de las puertas, joder. Que te lo tengo dicho una y mil veces», le recriminaba su jefe. «Silvia, haz el favor de no darle juego al chaval, ¡hombre! Que me lo distraes». «Tú a lo tuyo», le contestaba la esposa, «y a velar por el negocio, que

es lo único que sabes hacer medio bien». Enrique agachaba la cabeza y se marchaba humillado a atender a los clientes que, sofocados por la escena, comenzaban a entender que allí había gato encerrado, además de cuernos florecientes. En una de esas veces que Enrique salió a atender una gestión de derrumbe, Silvia y Onofre se quedaron solos. Era una mañana lluviosa. Onofre, mal que le pesase, tuvo que permanecer en la oficina, ahogándose en su propio encierro, porque veía que iba a ser asaltado y violado en un descuido. Sus pensamientos no iban muy desencaminados. Silvia en un momento de demencia senil se abalanzó sobre Onofre con la intención de sacar el pájaro de la jaula. Los dos cayeron al suelo. Onofre se resistía entre lamentaciones y gritos: «Por favor déjeme tranquilo, señora Silvia, que nos pueden descubrir». «Ahora, ahora, cuando libere el pollón que escondes bajo el mono». Silvia actuaba presa de una locura histérica, encarnizada con la bragueta del mono, con la que parecía tener una batalla campal. Onofre intentaba resistirse, pero la mujer se había colocado encima y no dejaba libertad de movimientos. «¡Ahora serás mío, solo mío!», gritaba fuera de sí. Los ojos de Silvia se movían excitados, orgásmicos, en una especie de nistagmo nervioso, y sus mandíbulas se abrían y cerraban, una y otra vez de modo frenético.

De repente se abrió la puerta de la oficina y apareció Enrique, que había regresado antes de lo previsto debido a la torrencialidad de las lluvias, encontrándose el pastel, o sea, a su esposa y Onofre debatiéndose en el suelo como dos fieras encarnizadas. «¿Pero qué sucede aquí?», exclamó alterado. Silvia, al verse descubierta, quiso quitarse el muerto de la vergüenza y el deshonor y comenzó a gritar como una histérica: «Es Onofre... Onofre, que ha intentado violarme». Y lo señalaba acusándolo con el dedo índice.

«¿Esta es la confianza que puedo deparar en ti, perro sarnoso?». Enrique, encolerizado, cogió lo primero que tuvo a mano, un rastrillo de grandes dimensiones apoyado sobre la pared, y se fue directo hacia el pobre Onofre para darle un escarmiento. «Ahora vas a saber tú lo que es bueno», vociferaba por todo lo alto. Onofre, ante lo disparatado de la situación, supo que no valdrían razonamientos de ningún tipo, por lo que decidió salir corriendo como un poseso hasta la verja del desguace, donde le esperaba la motocicleta que semanas atrás le regalara el mismo sujeto que ahora le perseguía para ensañarse con su cuerpo. Enrique le gritaba que se detuviera si era hombre, echándose mano al pecho en la carrera como si padeciera un *angor pectoris*. Onofre arrancó y salió despavorido. Lloraba a lágrima tendida por encontrarse en un mundo al que no acababa de encontrarle sentido. La lluvia arreciaba, pero no quería detenerse. Estaba seguro de que su jefe había avisado a la policía. Suerte que llevaba algo de dinero en los bolsillos. Podría echar gasolina, al menos.

Al cabo de varias horas de navegación, más que de circulación por la carretera, sobrevino la oscuridad y se topó con Cantina Blanca. Parecía un lugar tranquilo.

Pararía por lo menos a tomar una copa y entrar en calor.

AKELARRE

—El destino de los hombres no está indicado en las estrellas, como algunos pretenden asegurar —explicaba el barman a Onofre—, sino que está escrito en sus propias acciones. Las aspiraciones, las metas se alcanzan si uno las persigue con tenacidad, si se empeña en buscarlas. Usted por ejemplo, ¿qué es lo que más anhela en estos momentos? Eso sí —dictaminó a continuación—, dígame lo que más le apetece ahora, lo que le venga a la cabeza en este preciso instante. No lo que desearía mañana, pasado mañana o el mes que viene. Eso no me vale.

Onofre, engatusado por el alcohol y la amena conversación que le brindaba aquel extraño individuo, le comentó que únicamente ambicionaba continuar bebiendo algunas copas más y seguir hablando. Se sentía a gusto. «Lo del trabajo lo dejaría para más adelante», pensó, perezoso. Nadie había tenido una charla atenta y agradable con él en toda su vida. Sin embargo, el camarero, al otro lado de la barra, le estaba explicando cosas interesantes, las cuales nunca había tenido ocasión de hablar. Era como haberse tropezado con un padre afectivo, el padre que siempre había estado esperando. Necesitaba cariño, estima, atención y eso era lo que estaba obteniendo de ese hombre. Onofre flotaba sobre un halo de bienestar, algo a lo que no estaba acostumbrado. «¿En qué había consistido su vida hasta ahora?», se preguntó. Pues básicamente en nada. Solo había sido una gran pérdida de tiempo. Vegetar en el mundo. Pasar desapercibo, sin dejar una mínima huella. Eso era todo. Se asombró él mismo por plantearse cuestiones de calado como esas. Jamás se las había sugerido. ¿Por qué entonces se las estaba haciendo? Era como si su mente explotara de pronto, se abriera al mundo y viera las cosas con mayor lucidez. ¿Por qué vivir muchos años si no se conseguían las metas apetecidas? ¿Cuál era su fin y qué sentido tenía? ¿Cuál su propósito en la tierra?

Ninguno. Ninguno. Ninguno...

Buscó entonces el refugio y la protección de los ojos abrumadores del barman, unos ojos sugerentes que inevitablemente lo atraían, que lo llamaban a gritos, diciéndole:

«Adéntrate en ellos». «Adéntrate en ellos». «Sumérgete y déjate llevar».

A partir de ahí, sucedió una cosa terrible. Fue como un paso a otro lugar. Cruzar la frontera de lo desconocido. O de lo prohibido. Nunca se sabe.

El rayo de esperanza que Onofre creyó ver proyectado en la mirada del barman, la bondad del padre recién encontrado, la felicidad efímera del instante, toda aquella magia se disolvió *ipso facto*, y fue sustituida por un universo de tinieblas, por una oscuridad que lo ahogaba. Onofre se vio abocado a realizar un funesto examen, un cuestionario muy especial que versaba sobre su propio yo. Quiso ser realista consigo mismo, no adulterar las respuestas, pero no fue capaz más que de percibir que era un

ser inservible, un trasto inútil, una pieza carente de valor. Qué absurdo era todo. Qué irracional. ¿Y para una mierda así tenía él que pasar por todo lo que había pasado y sufrir de esa manera? ¡A tomar por culo el mundo, el cielo, el infierno, Dios si era necesario! ¡Y su puta madre también! Anheló entonces la muerte como única salida a tanto infortunio. Su situación se había vuelto insostenible, caótica; era caer en el pozo de las lamentaciones una y otra vez mientras continuara vivo; cometer los mismos errores. Por una vez en su vida se negaba a tocar fondo en el abismo de sus miedos, de sus terrores a lo largo de otros tantos años, sin posibilidad alguna de salir a flote. No le daba la gana. ¡Maldita sea! ¡No lo quería! ¡No! Y deseó cambiar su destino, modificar los acontecimientos hacia una trágica solución final. Como ya le dijera el barman: el destino está escrito en las propias acciones. Y Onofre llevaba escribiendo su malogrado sino desde el mismo día en que nació. ¡Qué razón tenía el barman!

—¡Retiro lo anterior! —dijo exaltado—. Quiero la muerte. Morirme ahora mismo. Desaparecer cuanto antes. ¡Esa es mi voluntad! ¡Mátame, hijo de puta! ¡Aquí y ahora, si tienes cojones! —Onofre gritaba fuera de sí, envalentonado, despojado de toda compasión hacia su propia persona. La piedad se la podía meter en el culo. Ahora empezaba a esclarecerse su destino, a disiparse el nubarrón que no le dejaba ver. Había perdido la fe, su fe, para dar la bienvenida al descreimiento. Lo suyo era morir. Onofre había nacido en el infierno de Sísifo y no quería continuar en ese infierno, prefería que acabasen con él de una puñetera vez, terminar con todo. Se puso a vomitar. El cuerpo arqueado. La boca abierta hasta descoyuntarse casi. Era un vómito bilioso, abundante, entremezclado con el *brandy* recién ingerido. Olía desagradable, como putrefacto. Unos filamentos pegajosos colgaban de su boca, desplazándose despacio siguiendo las líneas de la gravedad. Pura ley física, pura atracción gravitatoria. Onofre sentía agotarse el ánimo entre arcada y arcada, perder la vida con cada bocanada. Sus baterías de larga duración se agotaban. Y es que las había comprado en un chino—. ¡Mátame! ¡Mátame si está en tu mano hacerlo, jodido cabrón! —alcanzó a decir, entre espasmo y espasmo.

El barman, como esperando aquel mandato proferido por boca de Onofre, soltó entonces una carcajada que hizo que el sonido de los truenos pareciera una simple broma a su lado. Luego, levantó la cabeza hacia el techo, alzó los brazos invocadores y profirió un aullido desgarrador que nada tuvo de terrenal. El eco quedó atrapado entre los muros, rebotando en paredes, techos y suelos, sin querer marcharse de allí. Los cuatro se taparon sus oídos intentando que el dolor se hiciese más soportable. Los tímpanos vibraban igual que cuerdas de guitarra a punto de partirse por la tensión.

—¡Hágase según tu voluntad! —anunció el barman. Las arrugas de su rostro se acentuaron de una forma exagerada hasta deformarlo completamente. Eran las arrugas de toda una eternidad. Las sienes, hinchadas, a pique de saltar reventadas; los ojos apenas visibles, comprimidos entre la carne; la boca babeando saliva espesa, rabiosa, aferrándose a las comisuras de los labios y a los pelos cercanos de la barba. Estaba sediento de vida. Su dulce momento había llegado. Era cuestión de ir

poniendo los cubiertos de cocina. Metió la mano bajo la barra y sacó tres enormes cuchillos—. ¡Cogedlos, son vuestros! —le indicó a los tres que estaba sentados.

Agarró del cuello a Onofre y lo levantó del taburete con la misma facilidad con la que se manipula un maniquí de escaparate. Brazos fuertes, poderosos, los del barman. En una fracción de segundo le dio la vuelta y lo colocó de espaldas contra la barra, a merced de aquellos tres que venían a cobrar su deuda. Los ojos de Onofre eran globos desorbitados, protuberantes pelotas de ping pong deseando rebotar sobre el tablero de juego. Su cabeza era incapaz de pensar, de razonar. No había tiempo para desdecirse de frases anteriores. Y para arrepentimientos, menos aún. Mala suerte, amigo. Onofre veía a tres lobos hambrientos ir hacia él. Odios acrecentados, sangre clamando sangre. Aquel pobre agitaba los brazos arriba y abajo sin lograr zafarse del barman, dando infructuosas patadas al aire. «¿Esto que me sucede es real?», se preguntó en un momento de lucidez. «Sí, sí que es real», se contestó. «Ahora entiendo esas miradas al entrar. Me estaban esperando».

Alejo fue el primero en acercarse, aferrar el cuchillo y con un movimiento seco clavarlo en el abdomen, profundizando hasta llegar al tope de la empuñadura. «Esta por mi hija, hijo de mala madre». No esperaba tanta facilidad de penetración. Miró un segundo su mano: estaba roja y había calor en ella. Era el calor de otro, la sangre de otro. Sacó el cuchillo y volvió a hundirlo. «Esta por mi mujer». Y una tercera vez. «Esta por mí». Adentro, adentro, más adentro. Onofre boqueaba sangre igual que una carpa de río recién pescada. Los labios contorsionados, deformes. La respiración jadeante.

Isidro, prisionero de la ira, se lo clavó en el pecho, en un movimiento compulsivo de arriba a abajo. Se topó con las costillas, que las sintió astillarse en su bienvenida con la afilada hoja. Presionó la muñeca con más fuerza y giró a derecha e izquierda, buscando los espacios intercostales. Al llegar al pulmón, no hubo resistencia. El globo se deshinchó. «Muérete de una vez cuñadito. Por todas las que me has hecho pasar, maricón».

Livia, no quería ser menos en su venganza. Rasgó la parte de abajo del mono sin ningún tipo de cuidado, no le preocupaba que el cuchillo se clavara en los muslos de Onofre mientras manipulaba la entrepierna; total, el final iba a ser el mismo o peor, porque el objetivo no era otro que sus genitales. Y consiguió acceder a ellos. Sacó entonces la polla, la agarró con una mano, estirándola, y con la otra dio un tajo certero y rápido hasta desprenderse del cuerpo. Después, no satisfecha del todo con lo que había hecho, en un espeluznante gesto de brutalidad, se la metió en la boca, la masticó varias veces, como quien mordisquea chicle con el sabor de la carne humana y la escupió lejos. La polla dio contra la pared hecha un amasijo de carne irreconocible, dejando un rastro encarnado sobre la pintura. «Ahí quedan tus pertenencias, Sergio. Espero que hayas disfrutado con la misma intensidad conque te gustaba verme sufrir», ironizó mientras se relamía ambos labios.

Onofre chillaba con todas sus fuerzas, igual que un cerdo de crianza sabe que se

aproxima su muerte en cuanto ve al carnicero con el cuchillo en la mano acercarse hacia él. Luego vendrá la puñalada en el cuello y a esperar que se desangre. Cuando eso ocurre, los alaridos del cerdo se hacen ensordecedores. Y en Onofre ocurría un tanto de lo mismo. Había una mezcla de dolor, rabia, impotencia y miedo en sus sentimientos. Pero sobre todo dolor, un dolor corporal insoportable una vez que tomó conciencia de cada puñalada que le asestaban esos salvajes. Y no digamos cuando esa zorra le cortó la polla. Miró hacia abajo unos segundos, en una de las contorsiones de su cuerpo por intentar librarse de los brazos del barman y vio un espectáculo atroz: las tripas se columpiaban trémulas fuera del vientre, salían humeantes por los orificios recién abiertos. No pudo verse el hueco dejado por la polla, las tripas se lo impedían. Fue horrible. Pero cuando las cosas pueden empeorar, empeoran. Y los pulmones se estaban encharcando de líquido, dificultando una respiración cada vez más débil. «Que se acabe de una vez, por favor», pensó. Esto fue lo último que dijo consciente, aunque su corazón siguiera latiendo unos segundos más en un último intento por aferrarse a la vida con uñas y dientes. Es ley de supervivencia en los organismos vivos. Aunque se desee la muerte.

Mientras, los otros tres, encendido el interruptor de los instintos más depravados, se ensañaban con aquel cuerpo que aún presentaba estertores imprecisos, bañándose en la sangre caliente que manaba a borbotones del desgraciado. La cara de Onofre, aunque ya inerte, mantenía una insólita mueca de desvarío. Nada quedaba ya de actividad en ese rostro amoratado, desgajado de vida. Aunque no acabó ahí la cosa en cuanto a seguir ensañándose, no parecían tener suficiente con aquel pobre. Isidro saltó la barra y agarró un hacha contra incendios que se hallaba justo debajo de las bebidas. Apoyaron la cabeza de Onofre sobre la barra, y mientras el barman tensaba de los brazos por atrás, Isidro lanzó un tajo certero a la altura de la garganta. Otro más. Y un tercero. La cabeza se desprendió como una uña recién cortada. A Isidro le dio tiempo a agarrarla del pelo y se puso a increparla. La boca entreabierta, la lengua desprendida, las mejillas flácidas. La cara ya no era la de una carpa de río sino la de un besugo muerto, acabado de pescar y descamado a navaja. «¡Cabrón!... ¡Cabrón!... ¡Cabrón!...», chillaba sin tartamudear, mirándole a los ojos turbios. Ojos mortecinos, apagados.

—Pásame ahora el hacha a mí. Me toca. Yo tampoco he acabado aún —gritó excitado Alejo. Y se lió a hachazos contra el tórax de Onofre, chocando contra los huesos que enfundaban la caja torácica. Su muñeca sufría, sentía un agudo dolor, pero quería a toda costa el corazón de aquel cuerpo, recuperar lo que le había sido arrebatado por el camionero, hijo de puta. Tras varios intentos, terminó quebrando las costillas, las separó ayudándose de las manos, tirando al mismo tiempo hacia atrás para arrancar algunos trozos de huesos, los suficientes para dejar un hueco en el que poder manejarse; después, con el cuchillo, cortó los grandes vasos sanguíneos que lo mantenían sujeto al resto de órganos y lo extrajo. Lo sopesó con la mano y se lo restregó sobre la cara. Su contacto era cálido, agradable, apetitoso. Lo mordió, lo

masticó y se tragó un trozo. La manzana de Eva en el jardín prohibido. Sabía algo salado y estaba duro, muy duro, ese hijo de mala madre. Alejo no tuvo suficiente con aquello, su odio no terminaba de aplacarse, así que se le ocurrió aplastarlo sobre la barra, dándole violentos manotazos, una y otra vez. En unos de estos, el corazón salió rebotado, como si saltara de un trampolín, volando sobre su cabeza. Tras caer al suelo, remató la faena machacándolo con el tacón de su zapato derecho. Punto y final.

El barman, viendo su obra resuelta, ajustada a los requerimientos de protocolo, por fin satisfechos los tres, aflojó sus manos y dejó libre lo que quedaba del cuerpo del pobre Onofre. Hecho un guiñapo, una puta mierda. Hizo un ruido amortiguado en la caída al suelo, un sonido desprovisto de energía y calor, y resbaló sobre su propio reguero de fluidos, desliziéndose como una anguila sobre la cubierta del barco.

Alejo, Livia e Isidro contemplaron el cadáver sin mover el gesto. Vaciadas las fuerzas. Exhaustos. Ahora todo había acabado y cada uno sintió que su afrenta estaba conclusa. El novio de Livia, el camionero imprudente y el cuñado impresentable estaban muertos al fin. La venganza se había llevado a efecto. El resto pasaría a formar parte de sus conciencias. Los acompañaría para siempre.

El barman les dio de beber un último trago, el que en teoría restablecería la normalidad y apaciguaría los nervios de tanta locura desatada. Se bebieron la copa de un tirón y aplacaron la sed, gargantas reseca que pedían ser regadas de alcohol tras una jornada agotadora.

Ninguno hablaba con el otro, sino que permanecían de pie con la vista clavada en el despojo. Entonces se dieron cuenta de que estaban manchados de sangre, sucios, la ropa desastrada. Un sentimiento de incomprensible pudor y vergüenza los invadió. Habían comido del fruto maduro. Los tres corrieron al baño. Querían limpiarse, borrar toda huella de la bárbara actuación.

—¡Eh, no corráis! He de despedirme de vosotros aún —dijo el barman, mesándose las barbas. Dieron media vuelta, pero sin acercarse hasta él. Aquel hombre les provocaba ahora miedo, pánico, terror. No era humano. Mejor mantenerse a raya—. Nuestro pacto se ha cumplido. Espero que estéis satisfechos. Al fin y al cabo era vuestro deseo. Yo me he limitado a cumplirlo —se puso a reír a carcajada limpia, el rostro saturado de malevolencia.

Dejó escapar un clamoroso adiós entre medias. Y se marchó.

Alejo, Livia e Isidro corrieron despavoridos a lavarse con agua fresca y jabón, frotándose manos, cara y brazos insistentemente, rascándose con las uñas hasta lacerarse la piel. Los tres advertían un sentimiento de repulsa en ellos mismos. ¿Cómo habían sido capaces de tamaña brutalidad? La soledad se apoderó del trío, les golpeaba las conciencias, recordándoles a cada momento lo que habían hecho, la horrible pesadilla llevada a cabo. ¿Quién era en realidad el barman? ¿Cómo era posible que los tres vieran a la vez a la persona a la que tanto habían odiado en sus vidas? ¿Que explicación tenía todo? Cada una de esos interrogantes se paseaba por la mente de aquellos tres personajes, de uno a otro, sin conseguir una contestación definitiva o razonable. Luego, sin explicación aparente, les venció el cansancio, experimentando un irresistible sueño. Y se dejaron caer entre medio de las mesas para poder reposar.

Dormir. Dormir. Dormir.

Esa era la necesidad principal. Quizá cuando despertasen, el cadáver destrozado, estacionado junto a la barra, ya no estaría. Y habrían comprendido que lo vivido en las últimas horas no fue otra cosa que un mal sueño. Una simple pesadilla, dejada atrás.

Dormir. Dormir. Dormir.

Y que todo terminase, por fin.

3 Y FINAL

Los primeros rayos de la mañana se colaban en la habitación. Alejo luchaba por abrir los ojos, pesados y legañosos. El dolor de cabeza lo estaba matando, era como si un taladro le estuviese horadando ambas sienes. Gradualmente, sus pupilas fueron aclimatándose a la luz que se deslizaba por la ventana, abierta de par en par. Con las manos se frotaba la cabeza, las mejillas, la frente. Estaba pegajoso y necesitaba una ducha urgente.

Le llegó de pronto un penetrante olor a perfume barato. A su lado reposaba desnuda la cincuentona de labios carnosos que trabajaba en la recepción. Yacía con los pechos desnudos, desbordados de flaccidez. «¿Qué coño hace esta tía aquí?», se preguntó, sin comprender muy bien. Intentó poner orden a sus ideas, si bien no acababa de lograrlo.

Pero entonces... ¿Dónde está Livia e Isidro? ¿Y el barman? ¿Y el cadáver despedazado?

Buscó a tientas una botella que anduviera a sus pies. La encontró. Era de vodka ruso. Le dio un trago largo. El dolor se adormeció por un instante. Todo parecía indicar que los sucesos del Escorpión habían sido producto de una mente enturbiada por el alcohol y el sueño. Sin embargo, no estaba tan seguro, aquellas escenas las recordaba tan vívidas y reales que le resultaba difícil creer que se tratase de una fantasía.

Zarandéó a la mujer para despertarla. Las carnes del vientre se desplazaron blandas, haciendo temblar el ombligo a un lado y a otro.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Hey!, —exclamó malhumorada—, que me vas a matar.

Era innegable que tenía mal despertar. Sobre todo estando de resaca, como aparentaba estar. Bien es cierto que Alejo tampoco puso mucha delicadeza de su parte. La mujer se rascó la cabeza, pensativa, como si se contara los piojos uno por uno. La pintura de ojos se había corrido y acentuaba las ojeras.

—Debo tener un aspecto desastroso, ¿verdad? —añadió.

Alejo ni siquiera contestó. Le preguntó qué diantre hacía allí. Ella se levantó y se dirigió al lavabo, dispuesta a renovar un poco ese demacrado aspecto. Después de echarse agua, mientras se acicalaba el pelo frente al espejo, le explicó que él había llegado al hotel sobre las tres de la madrugada. Le impresionó su manera de caminar, tan envarada, y con la mirada puesta en ninguna parte, totalmente ida. Aun así se decidió a preguntarle si podía acompañarlo hasta el dormitorio. Al no articular palabra, lo interpretó como una afirmación.

—Ya sabes el dicho ese de quien calla otorga —repuso irónica—. Así que me decidí a subir. Imagino que sabrás que tu físico resulta atractivo para las mujeres, a pesar de estar algo castigado —dijo señalando las botellas tendidas en el suelo—. No

es que me moleste que bebas, ¿eh? —volvió a añadir—, que a mí también me va el *triqui*, pero si no lo hicieras tan a menudo lo llevarías mucho mejor. Bueno, a lo que iba —dijo en una especie de monólogo televisivo—, el caso es que me subí a la habitación para intentar... pues eso... jugar un poco con nuestros *bodis* —se pasó las manos remarcando la cintura—, pero lo extraño es que no intentaras nada conmigo, no moviste un dedo hacia mí. Y te pusiste a beber hecho un loco. Así que opté por acompañarte en el juego de la bebida hasta que terminé por caer rendida en la cama. Eso es todo.

—¿Y no pronuncié algún nombre o te comenté algo?

—No dijiste ni mu. Ya te lo he dicho antes: estabas inexpresivo, recostado en el extremo de la cama, con la vista fija en la pared. Tan solo bebías y bebías sin parar.

Alejo determinó vestirse rápido, sin ducharse siquiera y salir de la habitación lo más pronto posible. De hecho, se marchó obviando a la cincuentona, no le dijo ni adiós, envuelto en la confusión de quien es incapaz de pensar con naturalidad. Una vez en la calle, anduvo buscando el callejón. Le costó algún tiempo, pero al fin dio con él. A la luz del sol, no resultaba tan tétrico. Sí, en cambio, continuaba ruinoso, deplorable y en mal estado. Un perro vagabundo orinaba en la esquina. En cuanto vio a Cavalier se fue huyendo a toda prisa, cabizbajo. Se acercó hasta el rincón donde recordaba el bar, movió la cabeza en una y otra dirección, miró en la acera contraria por si su mente le estaba jugando una mala pasada, pero allí no había rastro del Escorpión ni de nada que se le pareciera. Lo único que encontró en su lugar fue un viejo recinto abandonado, con pintadas obscenas en las paredes, el suelo cubierto de cascotes, los rincones salpicados de jeringas y un olor nauseabundo a excrementos. Eso era todo. No había barman ni barra ni sangre ni cadáver de por medio. «Todo ha sido fruto de una mal sueño, de un *delirium tremens* por mi parte», se dijo. Pero un sueño tan lúcido que atesoraba el convencimiento de haber sido real. Dio media vuelta y se marchó.

De regreso al hotel, pasó por una *Snacks Burger* y pidió unas salchichas para engañar al estómago. No tenía ni pizca de hambre, pero le ayudarían a soportar mejor el alcohol ingerido y el venidero. No se acordaba de cuándo fue la última vez que se echó algo sólido a la boca. Los días se juntaban uno con otro y terminaba por confundirlos; ayer, hoy y mañana eran un revoltillo, ingredientes entremezclados sin solución de continuidad. Se sintió más reconfortado con los perritos dentro del vientre. Luego, pasó por una tienda de licores y compró varias botellas. Por el camino iba pensando en los sucesos de la noche anterior. ¿Dónde había estado? ¿Qué pasó durante esas horas muertas prendidas en el subconsciente? Su cabeza era una laguna de incertidumbre, un disco duro formateado, una pizarra con la escritura recién borrada. Tal vez fue a un bar cualquiera a ponerse hasta el culo de *Bourbon* y lo echaron, como en infinidad de ocasiones, optando seguidamente por dormir la mona en el suelo, imaginando aquella extraña historia tan abigarrada, sádica y vengativa. No le cabía otra posible explicación.

El sol empezaba a pegar fuerte. El sudor asomaba bajo las axilas. Alejo aceleró la marcha, ahorraría minutos de calor sofocante. Ya en la habitación, se sirvió una copa. No pensaba demorar por más tiempo su estancia en Cantina Blanca. Aquel lugar se le antojaba maligno y perverso. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Esa misma tarde cogería el primer autobús que saliera del pueblo.

Al cabo de un rato llamaron a la puerta. «¿Qué demonios querrán?». Esperaba que no fuera la cincuentona dispuesta a solicitar batalla, porque de lo contrario la echaría a patadas de allí. Contrariado, abrió la puerta. Se encontró con un muchacho joven y sonriente que traía un paquete, envuelto en papel rojo.

—Es para usted, señor. Si es tan amable de firmar aquí —le tendió un bolígrafo.

Un mal presentimiento se abatió de inmediato en su cerebro. Nadie conocía su paradero. Era imposible, por tanto, que le pudieran enviar un paquete.

—¿Quién te lo ha dado? —se atrevió a preguntar, rubricando de manera inconsciente la nota.

—No lo sé, señor. Me lo entregaron en la agencia junto con otros muchos paquetes. Yo solo me limito a su entrega. Para eso soy el repartidor —se prestó a decir solícito, sin perder la sonrisa en ningún momento.

—Está bien, hijo. Toma, aquí tienes el resguardo —añadió Alejo, mientras le daba la nota y una propina.

—Muchas gracias, señor. Que tenga un buen día.

Cogió el bulto y lo depositó sobre la mesita de noche. Lo miraba de reojo, con miedo, casi horrorizado. Antes de desenvolverlo se sirvió otro trago, tratando de calmarse. «Quizá se trate de una broma de la recepcionista», pensó para restarle importancia al asunto. «Si es así se lo tiraré a la cara a esa fulana. No me gustan las tonterías». Alejo dudaba entre abrirlo o no. Continuaba mirando de soslayo la caja, con mucho respeto. Pero, en el fondo, podía más la curiosidad de ver lo que contenía su interior. «Aunque... espera... aún no...». De nuevo, surgieron dudas. «Me estaré quieto».

¿Acaso no era mejor tirarlo al contenedor e ignorar el contenido?

—¡Pero qué tontería! ¡Pues claro que voy a ver de lo que se trata! —dijo en voz alta, tratando de envalentonarse.

La decisión estaba tomada: no iba a evitar la tentación de ignorar el contenido, por supuesto que no. La caja llevaba una cuerda alrededor, anudada de igual manera que los cordones de zapatos. El pulso le temblaba. Las manos no querían permanecer quietas. Respiró profundo varias veces. Intentar sacar temple a sus nervios era cosa difícil. «Debo calmarme». Se puso a desatar el cordel. Despacio. Su cabeza revoloteaba pensando lo que podría encontrarse. Consiguió quitar el nudo. Una cosa menos. Se puso a desplegar el papel, que tenía la tonalidad del color de la sangre. El envase era una vulgar caja de zapatos. Qué mal gusto, ¿no? De pronto, su cuerpo sufrió una sacudida desde los pies hasta la cabeza, para instantes después quedarse paralizado. Un inmenso ahogo lo invadió. Estaba asustado. La caja de zapatos

permanecía apoyada sobre sus piernas, todavía sin destapar. Hubiera jurado que algo se movía ahí dentro. «¿Y si tiene que ver con la pesadilla?» Imposible. No puede ser. Volvió a llenarse el vaso. Pidió un descanso, un tiempo muerto. Sudaba copiosamente. Se empinó la copa de un tirón. Le vino a la mente las puñaladas que le propinó al tipo aquel en la barriga, una tras otra, hasta machacarlo por completo. Pero aquello no había sido real. Él mismo había sido víctima de sus propias alucinaciones. No había que darle más vueltas al tema, así que tomó la decisión de desentrañar el misterio ahora mismo. Salir de una puta vez de dudas. Cogió la tapa y la levantó, cauteloso. Poco a poco. Varias gotas de sudor cayeron sobre la tapa. El miedo. El miedo, otra vez. Chorros de miedo entremetidos en sus venas. Ya queda menos para salir de esta. Al fin descorrió la tapa por completo. El estómago se comprimió. Las salchichas saltaron catapultadas desde su interior. Varios pedazos hicieron impacto sobre las piernas y en uno de los brazos. Las lágrimas saltaron de sus ojos, abocadas al abismo del infierno.

—¡Dios, no puede ser! ¡No puede ser! ¡Esto es una locura! —gimió con desesperación.

Dentro de la caja había un corazón en movimiento. Las paredes del órgano se contraían y relajaban. Sístoles y diástoles. Como los tentempiés cuando se bambolean hacia los lados. Presentaba una muesca en el borde inferior, consecuencia de una mordedura. La que él mismo le infligió con tanto odio.

Reposaba sobre un jirón de tela. Casualmente la de un mono azul de trabajo.

En el reverso de la tapa venía un mensaje, trazado con rotulador rojo. Decía lo siguiente:

«En recuerdo de nuestro encuentro de anoche. Feliz deseo».

El Barman.